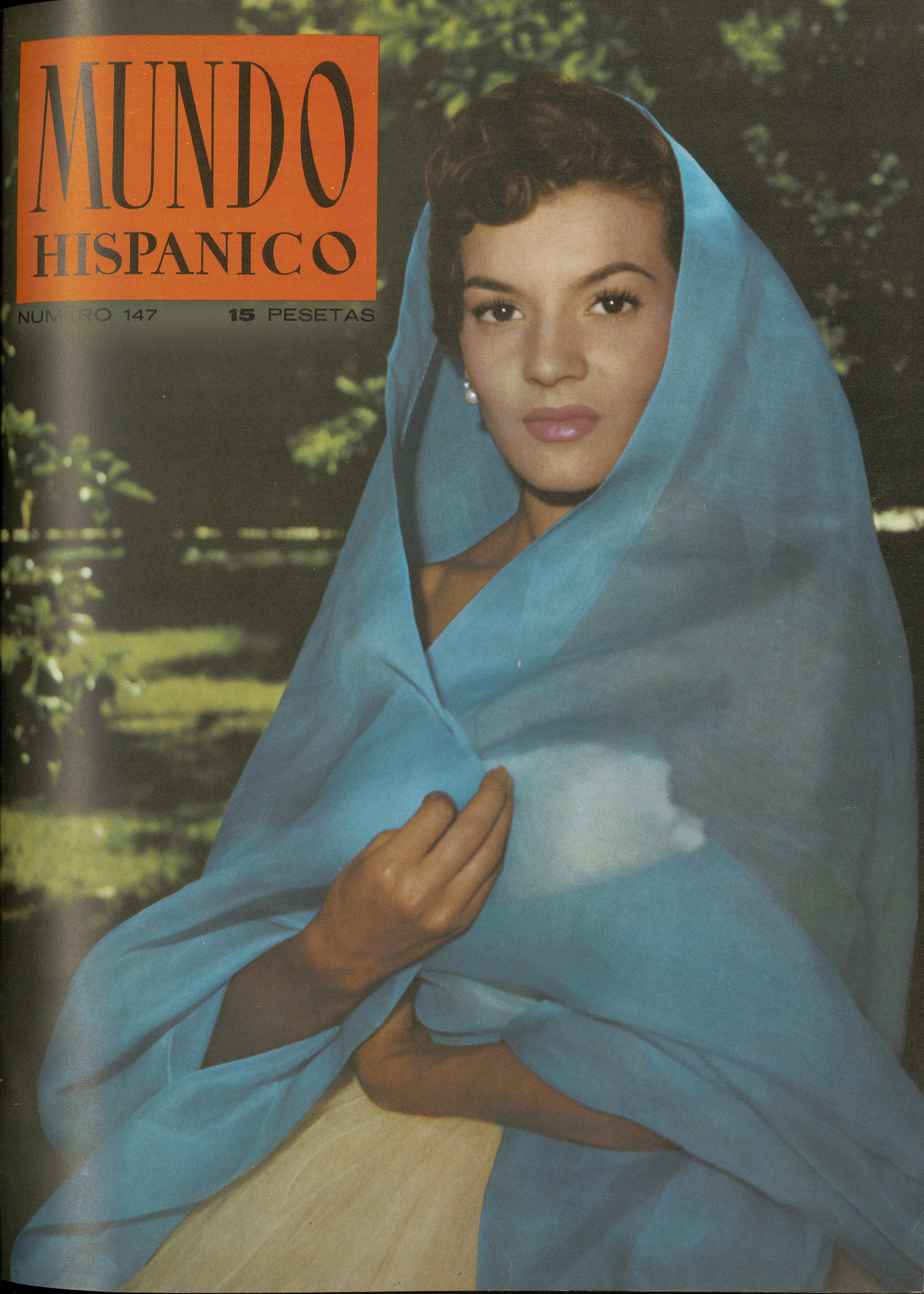

MUNDO
HISPANICO
NUMERO 147
15 PESETAS



MUNDO HISPANICO

DIRECCION, REDACCION Y ADMINISTRACION
Avenida de los Reyes Católicos, Ciudad Universitaria (Madrid)

TELEFONOS:

Dirección 57 32 10
Administración 57 03 12
Administración y Redacción: 24 91 23 y 24 87 91

DIRECCION POSTAL PARA TODOS LOS SERVICIOS
Apartado de Correos 245 - Madrid

EMPRESA DISTRIBUIDORA:
Ediciones Iberoamericanas (E. I. S. A.). Pizarro, 17 - Madrid

IMPRESORES:
Tipografía y encuadernación: Editorial Magisterio Español, S. A. (Madrid).—Huecograbado y offset: Heraclio Fournier, S. A. (Vitoria).

ENTERED AS SECOND CLASS MATTER AT THE POST OFFICE AT NEW YORK. MONTHLY: 1960. NUMBER 147, ROIG, NEW YORK «MUNDO HISPANICO». SPANISH BOOKS, 576, 6th Ave. N. Y. C.

PRECIOS:

ESPAÑA.—Ejemplar: 15 pesetas.—Suscripción semestral: 85 pesetas. Suscripción anual: 160 pesetas.—Suscripción por dos años: 270 pesetas. América.—Suscripción anual: 5 dólares.—Suscripción por dos años: 8,50 dólares.—Suscripción por tres años: 12 dólares.

ESTADOS UNIDOS Y PUERTO RICO.—Sobre el precio de suscripción: 1,50 dólares por año, de gastos de franqueo.

EUROPA Y OTROS PAISES.—Sobre el precio de suscripción: por año, 60 pesetas por gastos de franqueo sin certificar, o 120 pesetas por gastos de franqueo certificado.

Heráldica



José Garzón Sáez. Bilbao.—Los Garzón son oriundos del partido judicial de Villarcayo (Burgos). Don Andrés Garzón del Castillo, vecino de Villarcayo, alcanzó privilegio de hidalguía en 1750. Probaron su nobleza en la Real Chancillería de Valladolid, en los años que se indican: don Antón Garzón, vecino de Herrera de Pisuerga, partido judicial de Saldaña (Palencia) (1545); don Pedro Garzón, vecino de Usebar (1551); don Juan Garzón, vecino de Ojebar, de Rasines, partido judicial de Ramales (Santander) (1589); don Diego Garzón, vecino de Baltanás (Palencia) (1606), y dos José Toribio y doña María Carolina Garzón González, vecinos de Laredo (Santander) (1787).

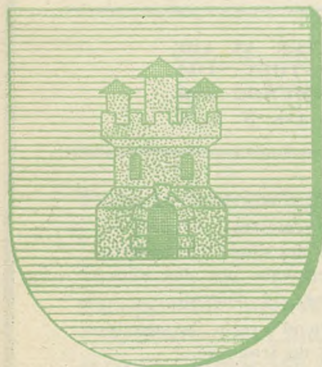
Traen por armas: **En campo de azur (azul), una garra de plata; bordura componada de ocho piezas, cuatro de plata, con una estrella de gules (rojo), y cuatro de gules, con un aspa de oro.**



Luis G. Ventalló Vergés. Tarrasa.—El apellido Ventalló—escrito también Ventayó o Ventallol—es balear, y son sus armas: **En campo de plata, cuatro fajas de azur (azul).**

Juan Méndez Durán. Rosario de Santa Fe (Argentina).—Las facultades de los reyes de armas se encuentran determinadas en las Ordenanzas dadas en El Escorial por Don Felipe II en 23 de septiembre de 1593; en la Real Cédula dada por Don Carlos III en 11 de septiembre de 1761; en la Real Cédula de Don Carlos IV de 16 de junio de 1802 (recogida por la ley 1.ª, título XVII, libro XI, de la Novísima Recopilación); en el Real Decreto de Don Alfonso XIII de 29 de julio de 1915, y en el Decreto de 15 de abril de 1951. Con arreglo a este último decreto, los reyes de armas se denominan «cronistas de armas», aunque sus funciones sean las mismas: distinguir y determinar los escudos de cada linaje, teniendo jurisdicción preventiva con los fiscales de los Consejos para denuncia de las armas y los blasones. Los reyes de armas tenían además pleno derecho para conceder escudo a los elevados a la nobleza en cualquiera de sus grados, como, por ejemplo, las armas creadas por don Antonio Gómez Arévalo, rey de armas de Don Carlos II, en su despacho de 20 de agosto de 1682, a don Tomás Ponce de León y Cueto de la Madrid, marqués de Castilleja del Campo y caballero de la Orden de Santiago, para diferenciar su casa de las demás de los otros Ponce de León.

Navarra, que tanta importancia dió a la «prueba armera», tuvo también la institución propia de su rey de armas, cargo que proveía el rey, a propuesta de su Consejo y Cámara; su función era independiente de la de los otros reyes de armas.



Evelio Ricardo Gómez-Tordesillas. Mérida (Badajoz).—El apellido Tordesillas, muy extendido por toda Castilla, probó su nobleza en las Ordenes de Santiago (1600, 1668, 1669, 1780 y 1845), Calatrava (1620), Alcántara (1653 y 1691) y San Juan de Jerusalén (1566, 1604, 1610, 1614 y 1661). Probaron su nobleza, en los años que se indican, en la Real Chancillería de Valladolid: don Cristóbal de Tordesillas, vecino de Toro (Zamora) (1540); don Pedro Tordesillas, vecino de Barajas (Avila) (1541); don Martín de Tordesillas, vecino de Palenzuela (Palencia) (1554), y don Agustín de Tordesillas y Torres, regidor perpetuo de Valladolid y vecino de Mojados, partido judicial de Olmedo (Valladolid) (1737). Usan por armas: **En campo de azur (azul), un castillo de oro.**

Julio DE ATIENZA

Humanario

ALFONSO REYES

CAMINA mi memoria entre sombras, algunas de las cuales viven ya, sin vida terrena, por el valle de las sombras y otras son sombras al pálido sol de la nostálgica memoria.

Alfonso Reyes es la última grande pérdida del ancho y profundo mundo hispanoamericano. A su muerte siguió un cortejo de fúnebres laureles impresos que se daba cuenta de lo mucho que perdía. Para mí, el escritor o, mejor, el hombre de letras más importante del mundo hispánico.

Mi gran amistad con el escritor y erudito cubano José María Chacón y Calvo, conde de Casa Bayona, me permitió conocerle hacia el año veinte o quizá veintidós. José María Chacón vivía en la madrileña calle del General Pardiñas, y a cuatro pasos de su casa vivía Alfonso Reyes, viéndose los dos escritores casi a diario.

Aunque después le encontré y gocé de su varia conversación con alguna frecuencia, el «impacto de su gran humanísima y humanística personalidad le tuve en mi primera visita a su casa, en los altos del barrio de Salamanca, y aquella primera impresión, teniendo yo dieciséis o diecinueve años, no me huye de la memoria.

Era Alfonso Reyes entonces hombre joven, con un puesto en la Embajada de México en España. Reyes era hombre pequeño y ya entonces más bien corpulento, de vivísima conversación, tan respaldada en el conocimiento como en una agilidad poco común y nimbada de plurales gracias. Tenía ojos vivísimos, para ver el tuétano de lo español lo mismo en sus dechados clásicos que en la permanente vivencia de la calle, de estas calles que él amaba, con sus tertulias literarias, el respingo de lo popular, las librerías de viejo y las conferencias de *lo joven*.

Alfonso Reyes estaba con nosotros desde 1914, cuando Madrid, con la resaca de la primera gran guerra europea, empezaba lo internacional de su universalismo, que todavía padecía languideces del siglo pasado, incrustado en el nuestro. Asistía Reyes a las tertulias literarias, principalmente a la de Valle-Inclán, entonces en el desaparecido café Regina, y a la de Ramón Gómez de la Serna, en la vieja botillería de Pombo. La tertulia pombiana era como una sabática lonja pintoresca y vociferante, y a la de don Ramón asistían casi a diario las mismas gentes: Enrique Díez Canedo, Moreno Villa, Manuel Azaña, mucho antes de que nadie pudiéramos pensar en el papel político reservado a su biografía; García Bilbao, aglutinante sin desmayo de la revista *España*, que luego continuó en *La Pluma* Victoriano García Martí, y algún pintor más o menos episódico.

Mantenía Alfonso Reyes una amistosa relación con alguna de nuestras más importantes figuras; por ejemplo, con el raro Juan Ramón Jiménez y con el hirsuto don Miguel de Unamuno. Ya entonces era uno de los primeros gongoristas.

Del piso de Alfonso Reyes tengo una idea un tanto confusa, en la que destacan detalles muy precisos; por ejemplo, el de las estanterías de su biblioteca, de madera pintada de negro, cuyas tablas tenían en su canto un galón dorado, que hacían recordar los ataúdes y las cajas de bombones.

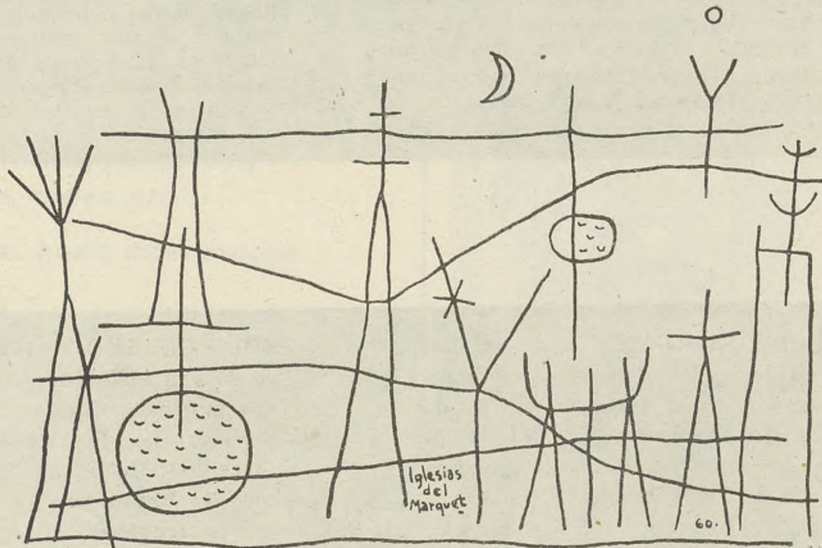
Después, ya por el veintimuchos, le encontré—de embajador o ministro—en París. Acababa de publicar un libro de poesía que se titulaba *Pausa*.

Luego le perdí la pista. Ultimamente le sabía en México o en su casa de Cuernavaca, y algunos amigos me venían a contar de su salud precaria y de cómo, sin salir apenas a ningún sitio, convertido en un extraño y apaisado ídolo, vivía rodeado de sus libros en una de las más sensacionales bibliotecas particulares existentes. Creo que Reyes dormía entre sus libros.

«Pocas veces—he escrito en un pequeño librito olvidado que publicó precisamente Cultura Hispánica—ni América ni el mundo ha producido una mentalidad tan rigurosamente completa como la de este ser, cuya amplia inquietud por todos los temas era raramente extraordinaria. Con él se hace bueno aquel pensamiento filosófico que asegura que Europa ya contaba con América antes de que fuera descubierta.»

Hace poco tiempo murió Alfonso Reyes, justificando plenamente ese tópico, tantas veces empleado con más generosa bondad que justicia, de que «dejaba un hueco muy difícil de llenar».

¡Y tan difícil! Imposible, para hablar con mayor precisión.



CESAR GONZALEZ-RUANO

Los trabajos y los días

DE LOS TRABAJOS EXPLORATORIOS SOBRE los yacimientos de hierro del Cerro de San Isidro, en Venezuela, se desprende que este país cuenta con una de las reservas más ricas del mundo. La investigación ha llegado a los 220 metros de profundidad, contra 175 en Cerro Bolívar. A aquella profundidad, el mineral tiene una riqueza del 63 por 100 de hierro, frente al 58 por 100 en Cerro Bolívar. Hasta ahora, el más rico mineral de Venezuela era el de Pao, que alcanzaba el 62 por 100. El yacimiento de Cerro San Isidro pertenece al Gobierno venezolano, aunque hubo intentos de adquisición por parte de la «Hannan» y la «Republic», compañías norteamericanas, según ha declarado el titular de Minas e Hidrocarburos, Juan Pablo Pérez Alfonso.

UN COMITE PROVISIONAL DE LA ASOCIACION Latino-americana de Libre Comercio, formada recientemente en Montevideo por la Argentina, Brasil, Chile, México, Paraguay, Perú y Uruguay, ha entrado en funciones en la capital uruguaya. El Comité realizará los trabajos preliminares de la puesta en marcha de la Asociación de Libre Comercio hasta que el tratado entre en vigor al ser ratificado por los países integrantes. Aunque el estudio del tratado incluía en un principio a los países del llamado Cono Sur—todos los de Suramérica, menos Colombia, Ecuador y Venezuela—, su firma contó con una baja (la de Bolivia) y un ingreso no previsto (el de México).

LA DIPLOMACIA HA AUMENTADO EVIDENTEmente, en extraordinaria medida, su importancia durante los últimos años. Un enorme número de nuevos puestos diplomáticos ha aparecido desde el final de la segunda guerra mundial, y tendrán que aparecer aún muchos más. Se han unido, para ello, la multiplicidad de los organismos internacionales y la irrupción de naciones recién nacidas. Hasta veinte países nuevos—casi todos en Asia y Africa—han surgido desde 1945, estando anunciados siete más para fechas muy próximas. Los salones de las cancillerías y de las embajadas, en donde antes raramente aparecían diplomáticos no blancos, ahora cobran gran variedad racial: diplomáticos asiáticos y africanos, orgullosos de sus rasgos étnicos, se mezclan con los europeos y norteamericanos. Sobre los hombros de los diplomáticos caen ahora unas relaciones antes mantenidas por militares y funcionarios coloniales. Iberoamérica y España sufren el impacto de este surgimiento de nuevos países independientes, habiendo de poner en marcha, en conjunto, un millar de nuevos diplomáticos, preparados ahora para misiones que afectan a regiones muy distintas de las tradicionales.

EL PRESIDENTE DE LA REpública Argentina, Arturo Frondizi, ha declarado, con relación a su viaje a varios países europeos, que es objetivo destacado de su visita al Viejo Continente el presentar ante éste los puntos de vista de Iberoamérica sobre la unidad económica occidental y la propuesta reorganización de la O. E. C. E., con inclusión de los Estados Unidos y Canadá. Frondizi apunta que, en el nuevo organismo, Iberoamérica debería estar representada por algunos observadores, a fin de evitar todo efecto perjudicial para ésta.

EL TEMA DE LAS RELACIONES ENTRE ORIENte y Occidente, objeto de uno de los proyectos principales de la Unesco, será probablemente tratado a partir del próximo año en unos coloquios internacionales que se desarrollarán en la histórica ciudad de Toledo, marco inigualable para la comprensión de las dos corrientes de civilización. Aparte del tema general—la problemática de estos encuentros Oriente-Occidente—, en el coloquio de 1961 se examinarán los resultados de una encuesta sobre la posición especial del mundo de raíz ibérica—iberoamericano, iberoasiático e iberoeuropeo—, en esta comprensión mutua de los valores de Occidente y de Oriente. El proyecto inicial, concebido por el Centro de Estudios Comunidad Iberoamericana, de Madrid, ha sido acogido por la Comisión española de la Unesco, siendo actualmente estudiado por la organización central de ésta.

SEIS MILLONES TRESCIENTOS MIL JUDIOS VIVEN ACTUALMENTE en el continente americano, de los cuales la mayoría—unos 5.367.000—residen en los Estados Unidos. Argentina y Canadá siguen a éstos, dentro de América, en lo que respecta al número de habitantes israelitas, con más de 200.000 cada uno. En el conjunto de Iberoamérica hay, pues, unos 700.000 judíos. Estos datos acaban de ser proporcionados por el «Anuario Judío Americano», publicado en Nueva York. En él se indica también que la población de su raza en todo el mundo alcanza un total de 12.500.000 personas, de las cuales 3.500.000 viven en Europa, 2.000.000 en Asia, 550.000 en Africa y 68.000 en Australia y Nueva Zelanda. Aparte, la población del Estado de Israel es de 1.837.000 judíos y 225.000 no judíos. De los 3.500.000 residentes en Europa, entre 2.500.000 y 3.000.000 pertenecen a la Unión Soviética y países satélites.

EL NOVELISTA VENEZOLANO propuesto para el Premio Nóbel de Literatura, Rómulo Gallegos, ha hecho una invocación a la unidad de los pueblos bolivarianos, señalando que hoy existe una tendencia muy clara hacia la integración de estas repúblicas, como una respuesta al lejano llamamiento de Bolívar. Las palabras de Gallegos fueron pronunciadas en Roma con ocasión de inaugurarse el nuevo emplazamiento de una gran estatua a Bolívar, que será erigida en la capital italiana.

UNA MAS ESTRECHA UNION ENTRE LAS DIversas organizaciones dedicadas al turismo en Iberoamérica ha sido lograda en el Congreso celebrado recientemente en La Habana por la COTAL (Confederación de Organizaciones Turísticas de América Latina), con asistencia de 500 delegados de 18 países, más observadores de los Estados Unidos y Europa. En la reunión se eligió nuevo presidente, sustituyendo a José Moure Rodríguez, de Chile, por Alfredo Redolta, de Cuba. También se designó como sede del próximo Congreso—que será el cuarto—la ciudad de Buenos Aires.

SOLO CUATRO PAISES DEL MUNDO HISPANIco no han instalado aún emisoras de televisión, aunque uno más, Chile, no cuenta más que con dos experimentales. Los países de mayor número de emisoras son: Cuba, con 24; México, con 19; Venezuela, con 11; Brasil, con 10, y Colombia, con nueve. Los países carentes de ellas son Bolivia, Costa Rica, Ecuador y Paraguay. Aunque la televisión progresa en Iberoamérica mucho más rápidamente que en Europa, es muy difícil, sin embargo, lograr algo similar al sistema de enlaces de la Eurovisión, por los ingentes obstáculos naturales.

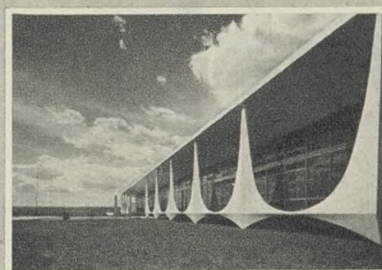
MUNDO HISPÁNICO

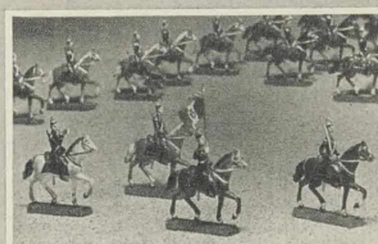
Director: JOAQUIN CAMPILLO

NUMERO 147 - JUNIO 1960 - AÑO XIII

Depósito legal. M. 1034-1958

SUMARIO











Y ADEMAS, EN ESTE NUMERO:
Los trabajos y los días.—«El estanciero», cuento de Hugo Wast.—Heráldica.—Estafeta.—Libros.—Humor.—Consultorio de decoración, etc.

PORTADA: **Fotocolor Lara.**

Fotografías de Enrique Ruiz García, Miserach, Masats, Henecé, Europa Press, Ruiz de Ayúcar, Fiel y Basabe.

Colaboración artística de Molina Sánchez, Aurelio, Iglesias del Marquet y Daniel del Solar.

La tierra de los mayas

—¡Echate, hombre, a lomos del río Usumacinta y navega, río abajo, por el viejo mundo de los mayas!

—Ya estoy requetelisto, señor...

—Andale...

—¿Y cuál es ese pájaro?

—Es el quetzal, el pájaro nacional de Guatemala. Es rabiosamente bonito y vuela como un rey, y cae a plomo sobre Centroamérica. Los quetzales llegan hasta la ciudad de Panamá. Allá, bien claro, donde se separan las aguas y se abre el continente en mitades.

Allá arriba, en los montes helados y negros, violáceos y volcánicos, todavía está intacta una fauna colérica. A poco que se ande aparecen el jaguar y el puma.

—Y el maíz, señor.

Es verdad que sí. En Copan, en Honduras, el joven dios del maíz, de piedra labrada, tiene cara de sol naciente. En el pecho le cuelga, pesada, una cadena que sostiene un animal sagrado, un amuleto o un símbolo. El maíz era la clave de una economía, y la economía también tiene sus dioses.

En las faldas de los montes nacen los olores y los colores juntos de toda la tierra. La selva de la especiaría, rica vainilla dulce. ¿Y qué me dicen del güisquil, del yame, jicama y camotes? Desde luego, los fríjoles se dan negros, casi retintos, pero también los hay rojos, colorados. Y la serpiente, una sobre todas, la *nahucana*, obliga a andar con cuidado y tiento.

—A ver dónde le posa al pie.

Esta tierra entera y ancha de Centroamérica fué el extenso y poderoso perímetro de una cultura pacífica y creadora que llenó de sorpresa los ojos del mundo occidental. Ellos habían llegado al año de trescientos sesenta y cinco días, y sólo al final de su ciclo histórico, cuando tomaron contacto con las culturas de las tribus septentrionales, parecieron aceptar el precio de la sangre por la sangre: los sacrificios humanos.

Universo, punto impresionante de esa historia humana, es la ciudad sagrada de Chichen Itzá, rodeada por la vegetación y las estrellas. Sobre las ruinas se verá, acaso, el insólito *cojolite*, el faisán negro, y el *correcaminos*. Ya estamos en Yucatán, el mero, mero centro maya.

—Y bien que mirando para el cielo se ven las águilas.

Esta tierra ardiente, volcánica, hermosa y triste, es la tierra de los mayas. Bosques de caoba, chicozapotes, cedros tropicales, la palma de corozo y el pimentero cierran el largo horizonte de un imperio que tuvo 325.000 kilómetros cuadrados.

ENRIQUE RUIZ GARCIA

La ventana abierta

LA NUEVA

Vespa

125 c. c. **1960**



está garantizada por una mecánica simple y sólida.

La transmisión es directa del motor a la rueda.

hará deporte, participará en carreras, en rallys, en gymkhanas...

Vespa

Y ADEMAS ES EL SCOOTER MAS ELEGANTE

BRASILIA

OSKAR

21·abril
1960

Comenzada en 1957, inaugurada oficialmente hace unas pocas semanas, Brasilia significa una de las más extraordinarias realizaciones humanas de nuestro tiempo, y su actualidad es permanente. MUNDO HISPANICO, que recogió en su número especial dedicado al Brasil—en diciembre de 1958—el ritmo de la obra, vuelve sobre el tema subrayando sus audaces perfiles: el político, que pronunció el *fiat* sobre el viejo proyecto, y el artístico, que concibió las estupendas realizaciones arquitectónicas y urbanas llevadas a cabo.

a capital do futuro

La ciudad recién fundada



HACE ya tiempo, antes de que la cinta célebre le adjudicase a Brasil un Orfeo no del todo bien identificado con su mito, hablaba yo desde estas mismas páginas de un destino órfico cirniéndose sobre el país de la jungla y la arquitectura. Porque jungla y arquitectura bastan para definirlo. Y porque no hay otra posibilidad de realización del mito órfico que la que se desprende de la lucha entre esos dos elementos en perenne discordia. Igual da descender a los infiernos pulsando la lira del conocimiento que agredir a la selva con el estigma de la geometría; igual da someter a las leyes del arquetipo todas las sacudidas de un Eros subterráneo que convertir en agro a la naturaleza o tener

una conciencia civil en la inminente cercanía de un animismo desbordado. Orfeo es el mito que somete al orden un caos cósmico. Brasil, hoy, es su encarnación.

De cualquier manera, ese destino «arquitectónico» del país hay que verlo mucho más allá de la circunstancia que ahora le convoca. Está instalado en su razón de ser desde el mismo día que decidió, conscientemente, situar la forma de la construcción en lo informe de la creación. Y ahora, en estos días, el país ha convocado a su destino nada menos que para fundar una ciudad. Escribo las últimas palabras y no puedo evitar la vibración de sus infinitas resonancias: fundar una ciudad es el más profundo de todos los posibles actos políticos. Y hay que entender la afirmación si queremos asir desde el principio, ahora que acaba de nacer, el signo de Brasilia.

Fundar es intervenir en el destino. Y fundar una ciudad, proyectar un destino político. En la jungla, el hombre es naturaleza; en el agro, paisaje; en la ciudad, política, esto es, comunicación, proyecto de un futuro comunitario. Toda ciudad—toda política—presupone una arquitectura, y acaso toda arquitectura augura una ciudad, una política. La palabra «arquitectura» se escapa así a los estrechos límites a que la tiene sometida una administración de los significados terminológicos, y viene a ser legislación humana sobre toda efervescencia elemental, orden, numen geométrico, proyecto.

Brasilia, la ciudad recién fundada, es algo más que presencia arquitectónica en el caos de los elementos; es el proyecto de un destino para una comunidad que trasciende sus actuales linderos ciudadanos y todos sus futuros linderos previsibles. Brasilia es la vocación de una política, porque nace como capitalidad de uno de los más vastos países de la tierra.

El Brasil—rarísima cualidad en el mundo del presente—es un gigante cuya estatura no proyecta sobre nadie la sombra de una amenaza. Por eso la fisonomía de su nueva capitalidad la hemos aprendido en placidez venturosa. Aún recién nacida—poderes de la prensa—, tenemos su imagen en nuestra mente fijada con mucha mayor fuerza que las de otras ciudades que ya fueron citadas por Tito Livio. Y hasta, en esta hora fundacional, hubiéramos querido tener también noticias de los augures; haber sabido qué dijeron los vuelos sibilinos de las aves el día que sobre la tierra virgen fué sembrada su primera piedra. Contamos solamente con su fisonomía para el presagio. Porque la ciudad es arquitectura, y esta arquitectura nueva lleva ya impresa la huella de una idea.

Nada puede evitar que veamos en toda arquitectura la materialización plástica de una manera comunitaria de ser, de un estilo colectivo. Volvemos nuestra mirada sobre los templos áticos y vemos confluir en ellos las mismas fuerzas que fueron origen de la tragedia. Ahora bien, la diferencia entre una arquitectura que ya es arqueología y una arquitectura recién fundada estriba en que la primera es sólo proyección de situaciones históricas anteriores, mientras que la segunda es, además, proyecto de una historia.

Sabemos que la nueva capitalidad nace para completar el triángulo de los destinos ciudadanos del país: destino de sus «logos», Río; destino de su «pragma», Sao Paulo. ¿Brasilia es acaso un destino selvático? Que desentrañen eso los indagadores de una política activa; que se pregunten por la significación de esa punta de lanza hacia el vegetalismo virginal, que no significa, en modo alguno, un abandono de su proyección atlántica. A mí me interesa, por el momento, la política que cristaliza en arquitectura.

Pero si la arquitectura es, por definición, la anti-jungla, y si en esa situación «interior» de Brasilia comenzamos ya a presentir, mucho más que un deseo de agresión de la naturaleza con la geometría, un deseo de integración geométrico-naturalista, ¿no anida en todo ello un germen contradictorio de ciudad anti-cívitas, de construcción anti-geométrica, de vegetalismo petrificado?

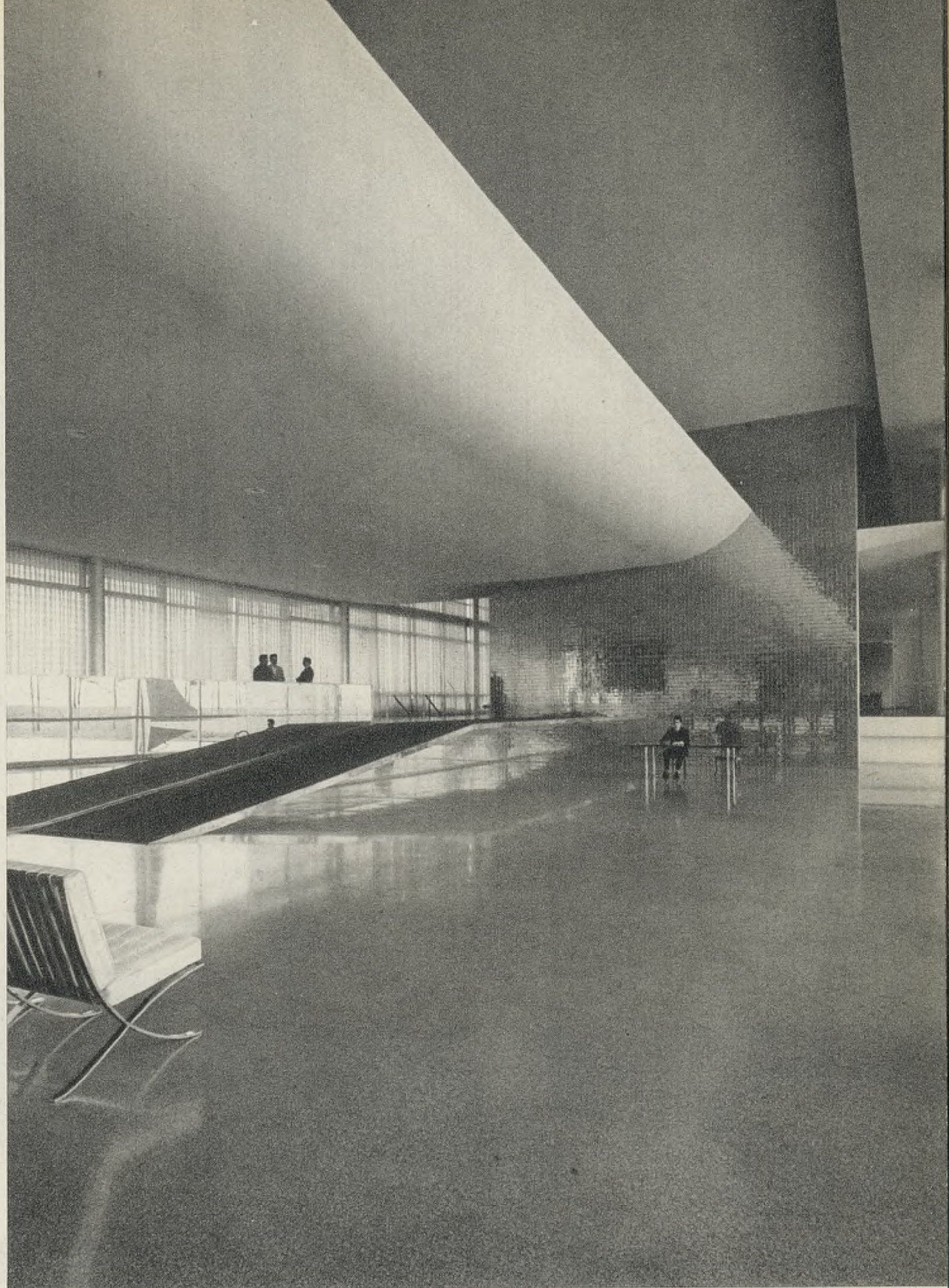
Para posesionarnos de la lógica de su signo, hay que tener en cuenta que Brasilia se produce en la joven América que ya tiene conciencia de su sentido peculiar americano. También, desde estas mismas páginas, esbocé, hace ya mucho tiempo, una ecuación de definiciones—válida, a mi entender—, para una comprensión de la peculiaridad del arte americano. Decía así: «Arte europeo, igual a naturaleza esencial de la forma; arte americano, igual a forma esencial de la naturaleza.»

Si, a renglón seguido, estampo la palabra «organicismo», corro el peligro de que no sea suficientemente entendida. Pues la palabra tiene hoy demasiadas implicaciones de una lógica geométrica, cuando yo quisiera sólo hablar de una lógica «natural». Desconozco sobre el plano la disposición edilicia proyectada por Lucio Costa, pero la adivino eludiendo la ortogonalidad, siguiendo un funcionalismo de las adyacencias de órganos naturales. Conozco, en maquetas y en fotografías, los edificios nucleares proyectados por Oscar Niemeyer. A ellos me atengo para definir mi concepto arquitectónico de la nueva ciudad.

Aquí, en Europa, la arquitectura tiene «su» naturaleza. En Brasilia la arquitectura continúa siendo «la naturaleza». No en vano—aquí no estampo ningún juicio de valor, ni mucho menos una jerarquía—Oscar Niemeyer es el símbolo arquitectónico del Brasil. Sus formas nacen por una inercia autogenerativa, como fluyendo vegetalmente. Son, en sí mismas, vegetalismo petrificado. No otro sentido tiene su permanente elusión ortogonal. Todo en la arquitectura de Oscar Niemeyer es línea o ascensión hacia la curva. Porque todo él es naturaleza, es decir, intuición, poesía. La línea recta es una abstracción de la mente geométrica; la línea curva existe naturalmente. Las construcciones de Oscar Niemeyer en Brasilia continúan siendo «arquitectura» en cuanto definen espacios interiores y en cuanto establecen espacios externos de un urbanismo. Pero no es una arquitectura que viva de sus propias leyes, sino que se rige por una especie de ley de naturalismo fluyente.

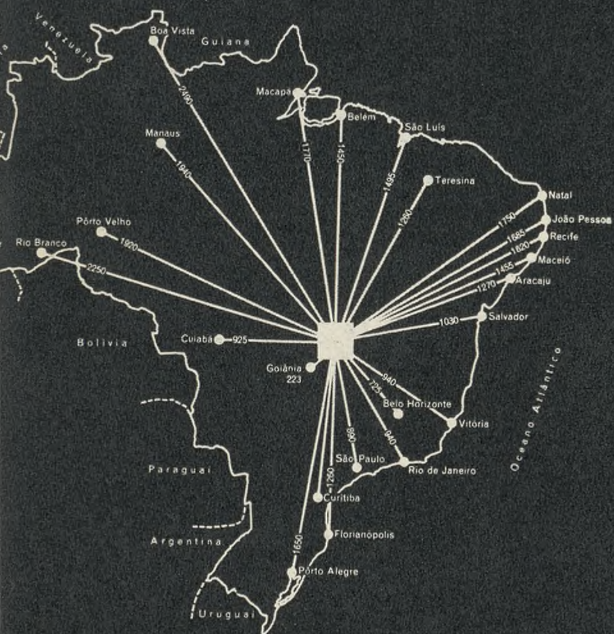
Si lo que tras esa huella parece adivinarse es cierto, el destino que se presagia para el Brasil es altamente original. Parece ser el país que va a enlazar fructíferamente la torrentera elemental con el mundo de la geometría.

JOSE MARIA MORENO GALVAN









BRASILIA CAPITAL

UNA tarde tibia de Río de Janeiro, varios amigos cariocas me comentaban las incidencias de la construcción de Brasilia. Era hace un año. La oposición arreciaba su campaña contra el proyecto del Presidente, y en vista de ello, Juscelino Kubistcheck había decidido crear un museo en la nueva capital para conservar, tras las vitrinas, los argumentos de sus oponentes. Su lectura por las generaciones venideras, pensaba, perpetuaría su mejor desquite. No sé si la anécdota es verdadera; lo cierto es que Brasilia ha nacido de cara al futuro y proyectada hacia lo profundo del país.

A estas horas, Brasilia pasa de los 100.000 habitantes, y llegará en los próximos años a 500.000. El esfuerzo ha sido sobrehumano. Brasilia es el Eldorado del siglo XX levantado a pulso. En las últimas semanas, indios del Amazonas, negros de Bahía, jandeiros del litoral, japoneses y granjeros de São Paulo, políticos de Río, han acudido a la cita para empezar a vivir un horizonte distinto.

Los caminos han acercado la ciudad y han vencido definitivamente al desierto del Norte, la pampa meridional y la jungla tropical. Más de 8.000 kilómetros de autopistas trazadas a lápiz, casi en línea recta, sobre la naturaleza desconocida, enlazan ya con Río, São Paulo, Bello Horizonte y Belem, en la misma boca del Amazonas. Ninguna de las últimas capitales—Ankara, Camberra, Nueva Delhi—pueden compararse a la ambición y al esfuerzo de Brasilia. En la perspectiva del tiempo está borrosa, sin posible paralelismo, el traslado famoso de la corte del faraón Amenhotep IV a Akhetatón, porque la ciudad de Tebas había perdido el favor de los dioses. Más cerca en la Historia, aunque no en el significado, está la construcción de San Petersburgo, decretada por el zar Pedro el Grande para abrir las Rusias al aire de Occidente. El fenómeno brasileño es inverso y original; se aparta de las excusas del exterior y busca en su intimidad recursos inagotables y un peculiar modo de ser.

La nueva capital es el primer encuentro del Brasil consigo mismo, la voluntad decidida de afrontar su realidad. Vianna Moog, en un penetrante ensayo, ha señalado el elemento de inestabilidad en el carácter brasileño, resultado de una falta de seguridad en su personal instalación, incluso física. En el período portugués, el rumbo apuntaba desde las «façendas» coloniales hacia la metrópoli, y en función de ella se vivía con una especie de desarraigo psíquico. Con la independencia, la postura no varió, pues las motivaciones y soluciones seguían buscándose al otro lado del mar, si bien en metrópolis de distintos idiomas. Era un país inmenso pegado a sus costas, con los habitantes arracimados como mariscos. La decisión de Brasilia imprime un cambio de 180 grados en la orientación tradicional. Es un acto de fe nacional en su propio ser y en la fuerza de sus raíces. Cuando las luminarias, en la madrugada del 21 de abril, anunciaron al pueblo la inauguración de la ciudad, el Presidente Kubistcheck estaba repitiendo, sin saberlo, la gesta de Hernán Cortés. Había quemado las naves, y marchaba seguro al interior a la conquista del alma y los recursos fabulosos de su patria.

Brasil estrena su tercera capital. Bahía, junto al lugar del descubrimiento, puerto de salida de los productos azucareros, fué la primera. En el siglo XVII, el encuentro de las minas de oro desplaza el centro de gravedad, en la misma línea de la costa, al sur. Río de Janeiro, lugar de embarque de metales preciosos con destino a la metrópoli lusitana, se convierte en 1763 en capital oficial. Razones de oportunidad ajenas al interés nacional del Brasil jugaron esas dos azarosas designaciones. Mucho se ha especulado acerca del pragmatismo brasileño, herencia en buena parte de Portugal. El beneficio inmediato pesa más que la conveniencia futura, y lo concreto tiene más fuerza que el plan idealmente elaborado. Las ciudades brasileñas, según esta tesis, son fruto de la comodidad momentánea para la salida al mar de sus productos; su distribución urbana es anárquica, y los barrios y edificios surgen acá y allá según las necesidades de cada momento y el interés de cada persona.

La diferencia con los países de estirpe española, en lo que se refiere a este aspecto, es radical. Los colonizadores españoles quieren tierra firme en que radicarse y dominar, y no cabezas de puente donde comerciar. Trazan las ciudades cuidadosamente ordenadas—la plaza cuadrada, la catedral, el ayuntamiento—conforme a una distribución que corresponde a un plan superior de estructuración del continente. Hispanoamérica es el polo opuesto del carácter lusitano, la pretensión absoluta de lo ideal y abstracto frente a la realidad cambiante. Quizá en el término medio esté la virtud. Brasil ha dado el primer paso. Tiene ya una capital pensada en función de las necesidades del país y del tiempo futuro.

Brasilia inaugura la marcha hacia el oeste, la segunda gran marcha en el continente, en el espacio de un siglo, de un pueblo de 60 millones de habitantes, para poner en producción sus reservas. A caballo de la divisoria de las grandes cuencas hidrográficas, abrirá un abanico de penetración combinada de carreteras y vías fluviales: por el Tocantins-Araguaia, a la ancha zona amazónica, necesitada de inversiones; por el Paraná-Paraguay, hacia el oeste fértil, sin cultivar; por el San Francisco, hacia el nordeste, irredento y abrasado. El tejido de esta trama irá destejiendo el duro contraste de las ciudades costeras, beneficiarias de todos los privilegios, y la difícil realidad interior, en beneficio de una mayor homogeneidad nacional.

Desde el punto de vista geopolítico, los Estados Unidos del Brasil van a penetrar profundísimamente en el continente. Hasta aquí, el pueblo brasileño, distribuído en una faja costera de 500 kilómetros. permanecía aislado de sus vecinos hispanoamericanos. Un vasto «hinterland» le alejaba de su propio continente. De ahora en adelante se implicará cada vez más en sus problemas y tensiones. No es arriesgado suponer que esa irrupción del Brasil, grave y poderosa, dará un equilibrio benéfico a la contextura volcánica de Hispanoamérica. Brasil puede asumir en el futuro, si la evolución sigue un ritmo normal, el papel que, por ejemplo, Asunción jugó en el siglo XVI: cruce de los caminos del continente.

Tan importante como la empresa misma ha sido la forma de llevarla a cabo, con entera naturalidad y dentro del orden constituído. Lucio Costa, autor del plan urbanístico, explica su composición: «El diseño de Brasilia nació del simple movimiento de la mano al tomar posesión de un lugar con el trazo de dos líneas que se cruzan.» Una cruz con los brazos en forma de aleta es el esquema de la ciudad. La cruz y el avión son las dos imágenes del proyecto aprobado.

Niemeyer, autor de las construcciones, ha pensado una ciudad «para gentes libres que gusten las cosas simples y puras.» Desnudo de prejuicios, en el altiplano dormido de Goias, trazó líneas y edificios para el hombre y el paisaje brasileños. No es de extrañar que hace poco, en el Congreso Internacional de Críticos de Arte, los arquitectos europeos, con las vivencias de una tradición secular, sintieran un minuto de desconcierto ante el riesgo y la audacia de Brasilia. «Racional como un teorema airosa y viva como una flor—ha afirmado Kubistcheck—, Brasilia será el centro de una nueva civilización y el fruto de un gesto osado.»

Pero Brasilia no salta en el vacío. Da un paso hacia delante desde tierra muy firme. Para Hispanoamérica, convulsa, propicia siempre a las sacudidas violentas, el fenómeno constituye un ejemplo impresionante de madurez nacional. Portugal, la vieja metrólopi que prestó lengua y conciencia, ha estado presente, expresamente reconocida y honrada. Por expreso deseo del Presidente de la República, Brasilia se ha inaugurado bajo el signo de la fe católica. A la medianoche, al cielo raso, pueblo y autoridades congregados asistieron al sacrificio de la misa, oficiada por el legado pontificio, cardenal Gonçalves Cerejeida, patriarca de Lisboa. «Se continúa la historia del Brasil—dijo el legado—porque el Brasil nació cristiano. Fué bautizado en Puerto Seguro. Fué Portugal su padrino. Y el primer nombre que resonó en el mundo para designarlo, nombre y esperanza de libertad y de salvación, fué el nombre de Veracruz.» Lucía esa alborada, en el altar, la cruz que presidió la primera misa dicha en el Brasil por fray Enrique de Coimbra. Ante una multitud de brasileños llegados de todas partes, Juscelino Kubistcheck, artífice de la obra, proclamó: «Bajo la protección de Dios, yo declaro inaugurada la ciudad de Brasilia.»

Esa maravillosa fidelidad a lo permanente, esa difícil ponderación de elementos distintos, es la garantía del éxito en el camino iniciado y explica también el porqué de la pujante dinámica del Brasil. La noticia de Brasilia, voceada a los cuatro vientos, desfigurada entre el torbellino de sucesos mundiales, es la llave que abre las posibilidades pacíficas, todavía guardadas, de un coloso. Tiene consecuencias incalculables, confortantes, por contraste, en esta hora dura, para la humanidad. El Brasil, con Brasilia, además, está más cerca de sí misma y de Hispanoamérica.

José María ALVAREZ ROMERO

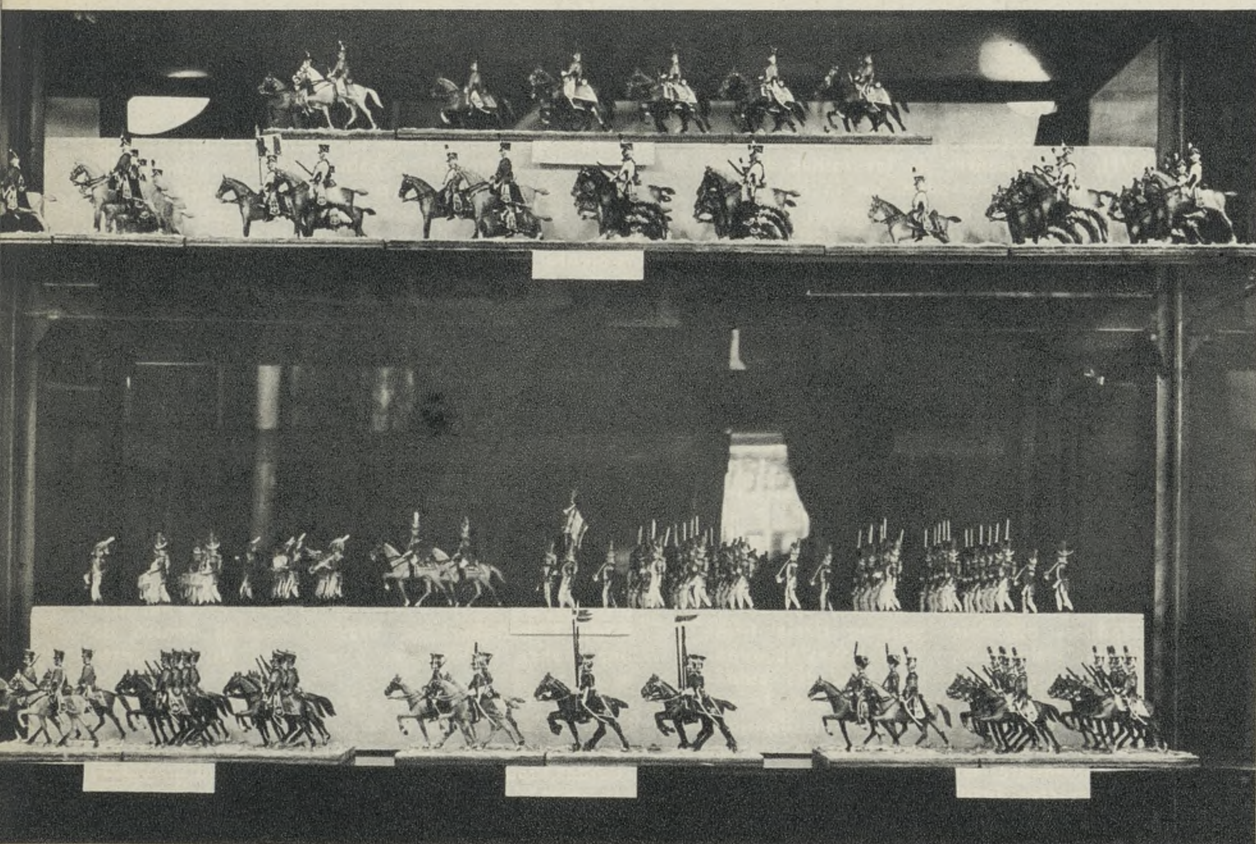


Grandes ejércitos a pequeña escala



Un soldado montado de la Guardia Imperial de Napoleón, ante la improvisada valla alzada con una caja de fósforos, con la que puede compararse la pequeña escala a que está realizada la figura.

GRANDES paradas, desfiles palaciegos, relevos de guardia, batallas, presentaciones de cartas credenciales, toda la historia del uniforme militar, que, en definitiva, es toda la historia del Ejército... Los famosos caudillos que pasaron a la inmortalidad a través de todos los tiempos; escenas de la guerra de la Independencia, con las fuerzas regulares y los guerrilleros; las más destacadas figuras de las guerras carlistas... ¡Qué sé yo! Millares y millares de figuritas perfectamente realizadas son exhibidas en el I Salón de Miniaturas Militares, que se ha abierto en el barcelonés Palacio de la Vireina y que podrá ser visitado hasta mediados de junio. Rigurosas obritas de selección, construídas a escala, preferentemente de 1 es a 30, a 31, a 40 y hasta a 86.



La Guardia Imperial de Napoleón, perfectamente alineada, parece estar esperando la revista del Emperador.

En fin, un conjunto maravilloso, que a su valor espectacular y raro une el mérito del artista, que ha sabido transformar las piezas de plomo en figuras llenas de vida y de colorido. Estas auténticas miniaturas, verdaderos alardes de imaginería que acreditan el arte de sus autores, son un fruto plástico que se perpetúa fragante. Su lozanía nos permite ver el hilo del arte, que se prolonga en el tiempo y que se enreda y se rompe mil veces al hacerse largo. Y en la imperiosa continuidad del vivir, siempre se ha visto que, al reanudarlo, hay que prescindir de la maraña.

El miniaturista no hace rodeos; crea sin miramientos, moldea sin adornos. Va directo a donde quiere llegar; nunca se pierde. El pintor de imponentes cuadros de Historia, por el contrario, se desorienta, enreda las cosas y, en mil encrucijadas, no tiene más remedio que retroceder. Luego, después de abandonar el enredo, acaba por dirigirse a donde el miniaturista le señala.

Aunque parezca un contrasentido, el miniaturista enseña al pintor de cuadros de Historia, pues nadie como él es capaz de mostrar la naturalidad con que debe concebirse fundamentalmente la obra sin injerencias que adulteren su expresión. Y la imagen que del mundo nos ofrecen estas miniaturas del Palacio de la Virreina es transparente. Estas miniaturas nos dejan ver profundidades insondables a través de una claridad meridional. Y uno piensa que la menor coacción del «artista» la empañaría.

«Confundir las miniaturas militares para colección, ya sean de aleaciones metálicas, ya de materia plástica, con los juguetes destinados a los niños, equivale a confundir una perla con un guisante, porque ambos son redondos», arguyen estos confeccionadores de soldaditos de plomo. Su arte nada tiene de infantil. El niño parte del soldadito para destruirlo. Ellos parten de unos elementos básicos para construirlo. Y llegan a crear ejemplares valiosísimos, a los que han dedicado muchas horas de estudio y de paciente labor.

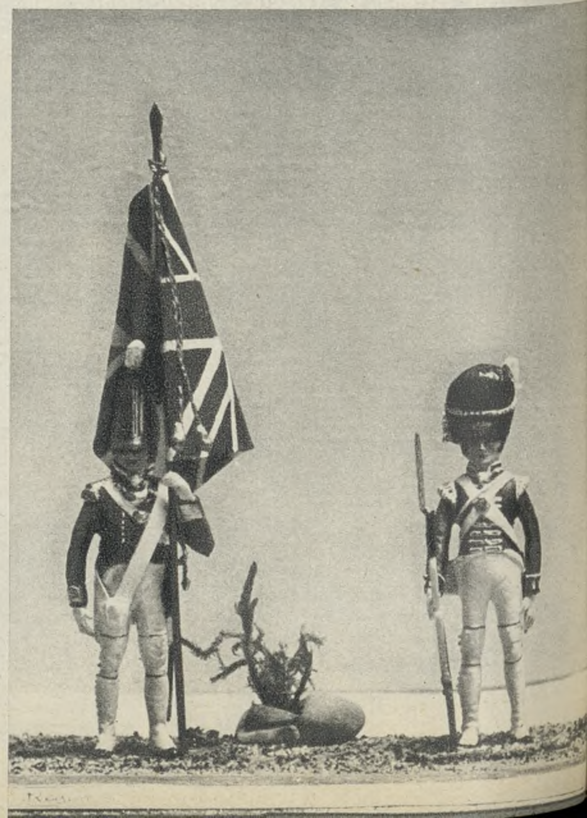
El I Salón Nacional de Miniaturas Militares ha sido organizado por la Agrupación de Miniaturistas Militares, del Fomento de las Artes Decorativas, que acoge a los coleccionistas y aficionados de la Península, resto de Europa y América. Esta Agrupación nació hace un año, y si sólo tuvo 25 socios en el momento de su fundación, éstos sobrepasan ya el centenar. En poco tiempo, pues, esta entidad ha logrado lo que ninguna otra sociedad similar: relieve y vida, palpitación y prestigio. Este I Salón Nacional es una flor más para esta institución.

No es importante, sin embargo, el número de asociados, sino el total de piezas que albergan sus colecciones: más de un millón de figuras. Una selección de estas piezas se exhibe en el Palacio de la Virreina. En el I Salón Nacional de Miniaturas Militares sólo figuran coleccionistas españoles. Son 30 aficionados en total, de Barcelona, Madrid, Lérida, Gerona, San Sebastián, Mallorca y Valencia, que exponen varios millares de figuras de superior calidad, constituyendo una selección jamás igualada en España.

Obvio es subrayar el excepcional alcance de esa imaginación popular, que tiene en la figurilla militar, junto con el mérito artístico, el logro perfecto y abundantes aciertos de expresividad, valorizado todo ello por el especial empeño de los coleccionistas en que todos y cada uno de los detalles que forman las diminutas figurillas se ajusten a una verdad histórica, conseguida en largas horas de estudio, o bien de consulta en museos militares, o en libros antiguos o en importantes bibliotecas.

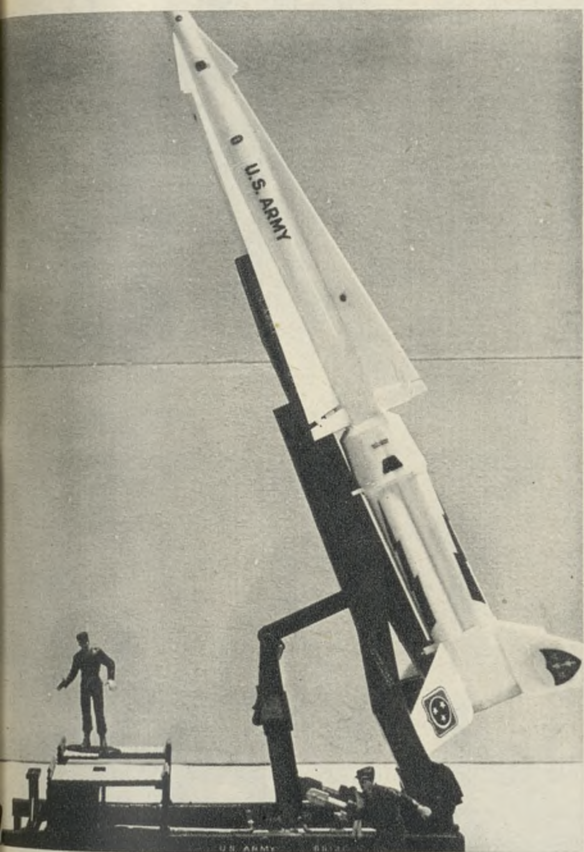
Así, pues, tras las vitrinas del I Salón Nacional de Miniaturas Militares sale a la luz pública una muestra de la más rigurosa antología castrense, todo un curso monográfico de las más diversas armas. Desfilan ante nuestros ojos, en puro pasmo, los tipos más representativos, los uniformes de todas las épocas, que nos hablan de glorio-

Las figuras de plomo vestidas con los uniformes antiguos del Ejército británico constituyen la especializada colección del vicepresidente de la Asociación de Miniaturistas, don Leonard A. Rowe.



sas efemérides. Y siempre la evolución del progreso, con arreglo a los medios combativos impuestos por la perfección de los armamentos, desde los honderos ibéricos hasta las divisiones acorazadas y los proyectiles utilizados durante la última guerra mundial.

Pormenorizar las diversas aportaciones al I Concurso Nacional de Miniaturas Militares desbordaría ampliamente los límites de esta reseña. Tras cada vitrina se oculta la personalidad del coleccionista, personas de gran responsabilidad que ocupan sus ocios en este arduo e ingenuo quehacer, cuyo mérito, para el profano, resulta difícil de comprender. Todo es notable y grato en este Salón, patrocinado por el Ayuntamiento de Barcelona, pero hemos de hacer especial mención de *La Caballería española de 1925*, presentada por el presidente de la entidad, don Jorge Bordas Oiz, obra de arte perfectísima que reproduce a su majestad la reina Doña Victoria Eugenia montando su caballo favorito y vistiendo el uniforme de coronel honorario del Regimiento de Caballería de su nombre, a la sazón de guarnición en Valencia, precedida de la Escolta Real y seguida por el pendón real, el capitán general de aquella región, con su Estado Mayor,



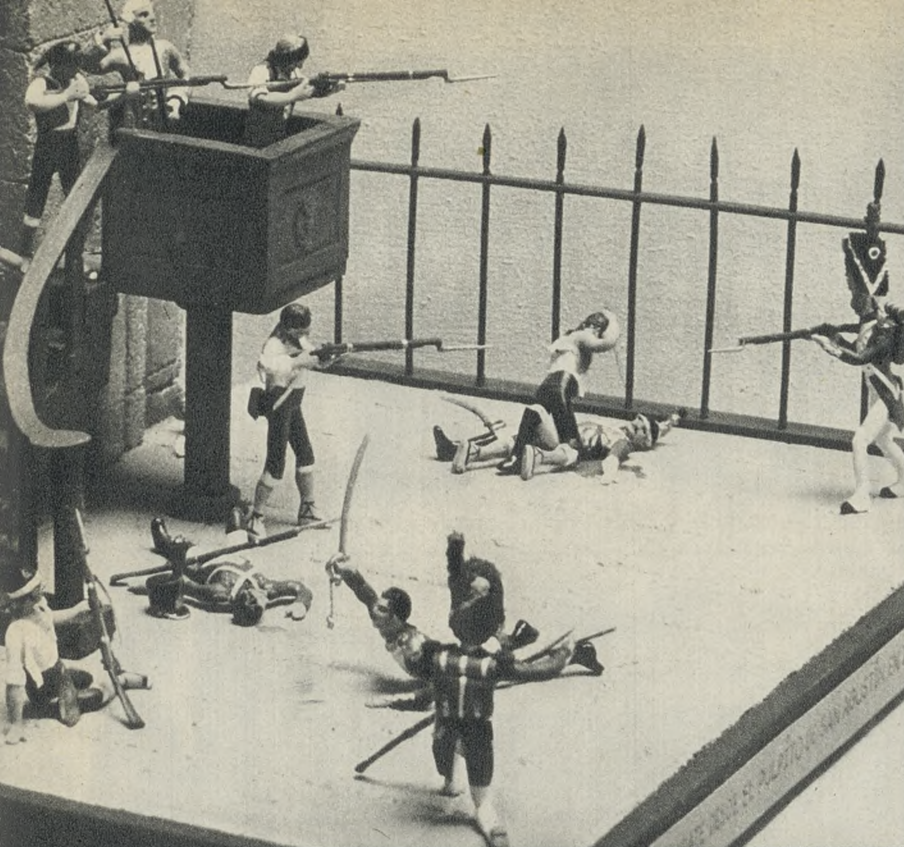
También las fuerzas y armamentos más modernos se hallan representados en este I Salón Nacional. Este es un proyectil dirigido norteamericano.

altos mandos del regimiento y la totalidad de éste.

Merecen destacarse asimismo las aportaciones del vicepresidente de la Agrupación de Miniaturistas, don Leonard A. Rowe —uniformes del Ejército británico—; de don José Almirall, secretario—tropas carlistas de 1835 y caballería española de 1790-1815—; de don José Gutiérrez Compte, vocal, residente en Madrid—caballería española de 1700 a 1909 y uniformes de la campaña de Africa de 1860—; de don Ramón Soler Morell, bibliotecario—la historia del vestuario militar español de los siglos I al XX—, y de don Arturo Llovera, tesorero—Estado Mayor, batallón de infantería, artillería de plaza y la Legión y Regulares de 1926—.

Y así todos los expositores, en número de 30. Algunos presentan maquetas y mi-

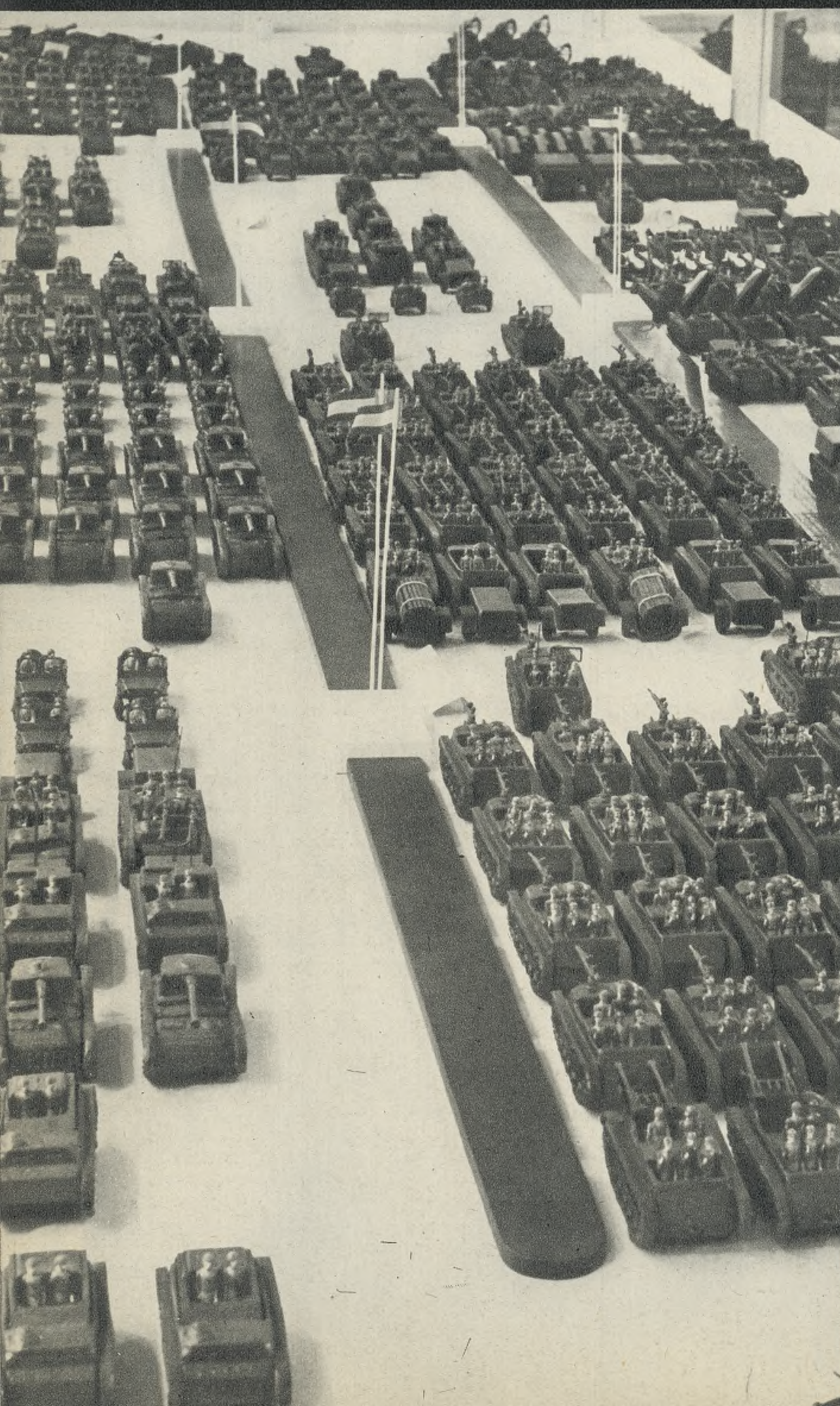
Para los visitantes, grandes o pequeños, la Exposición es como un diminuto y maravilloso museo militar, una colección de juguetes preciosos que no pueden tocarse sino con la detenida mirada admirativa con que este muchacho los contempla. ▶



Una escena de la guerra de la Independencia. El combate sostenido contra los franceses en la iglesia de San Agustín; Zaragoza.

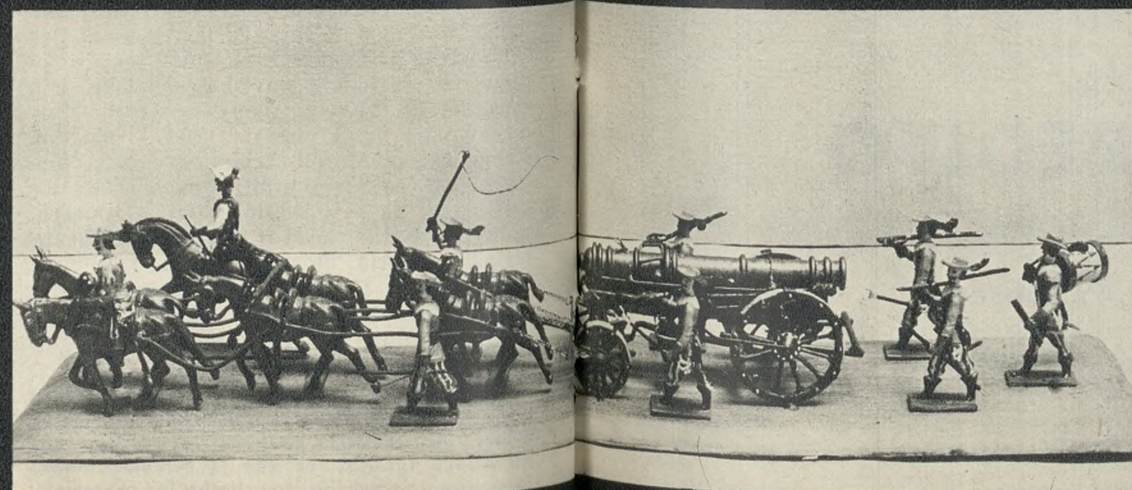
Esta es la gloriosa infantería española en 1926. Este, su material bélico, su uniforme y su perfecto orden cerrado.





He aquí, a escala 1 : 86, formaciones enteras de carros blindados y acorazados, como en una espectacular parada.

Reproducción minuciosa de una unidad de artillería pesada del siglo XVII, de dotación completa.



niaturas tan expresivas como don Angel Comes, con el sitio de Sagunto y el contraataque alemán en Montecassino, o de don José María Catarineu Grau, con la historia en miniaturas desde Adán y Eva hasta Isabel II de Inglaterra, y de don J. García Castresana, con la presentación de cartas credenciales en Madrid.

El mérito de estas obras radica en que, por regla general, cada figura se saca de un mismo molde, dándole para cada caso una expresión determinada, así como la decoración pictórica adecuada. Casi siempre el miniaturista trabaja con aleaciones de plomo, antimonio o estaño, porque son muy maleables, al revés del plástico, que no lo es tanto. Cuando se tiene que hacer una creación de inusitado valor artístico se recurre al metal.

En resumen, exposiciones como el I Salón Nacional de Miniaturas Militares son ocasión propicia para que el gran público se interese por colecciones que permanecían ignoradas, y lleguen al hombre de hoy indumentarias y costumbres castrenses desaparecidas.

EL SOLDADO DE PLOMO EN ESPAÑA

A mediados del siglo pasado aparece en España una fábrica de soldaditos de estaño y plomo, fundada por un italiano, que se casó con una española; fábrica establecida en Barcelona. El tipo de soldado que fabrica es el llamado «Nuremberg», o sea, plano. Esta fábrica existe todavía, establecida en el Pueblo Español de Barcelona, y trabaja a la vista del público. Los moldes son de piedra, curiosísimos.

A finales del siglo XIX, y hasta 1936, funcionan tres fábricas en Barcelona, dos en Madrid, una o dos en Valencia y hasta cinco o seis más en distintos sitios. Es digna de recordar la fábrica Palomeque, de Madrid, que exportó soldaditos al mundo entero, especialmente a la Argentina y México. Esta fábrica estaba establecida en Leganés.

Merece también un recuerdo el taller de los hermanos Sanquez, que estuvo en Madrid unos cuantos años, allá por 1940, y la marca TEO, de Barcelona, que hacía verdaderas maravillas.

Hoy día no existen más que dos fabricantes, uno en Madrid y otro en Valencia, pues los que había en Barcelona hasta hace pocos años han desaparecido como tales industriales.

Desde luego, lo poco que se hace no es juguete para los niños, sino piezas para coleccionistas exclusivamente. Los factores que influyen en ello son varios, pero el principal de todos es el precio que ha alcanzado la figura de plomo.

EL COLECCIONISMO DE SOLDADOS

Después de la guerra de Cuba es cuando empieza a tenerse noticias de coleccionistas españoles en Barcelona y en Bilbao, por ejemplo. Antes, en realidad, no los hubo. Era un juguete exclusivamente. Hoy día, gracias al esfuerzo de un corto grupo de aficionados, se fundó en enero de 1959 la Agrupación de Miniaturistas Militares, residente en Barcelona, que, en el año que aproximadamente lleva constituida, ha logrado reunir unos 100 socios nacionales y unos 60 ó algo más extranjeros. El número de soldados que aproximadamente reúnen entre todos los españoles pasa con creces del millón de figuras.

Barcelona va a la cabeza de los coleccionistas. Son dignas de citar las colecciones del angloespañol señor Rober, con 25.000 piezas, que representan al Ejército inglés de 1900 a 1914. También son dignas de citar las colecciones de los señores Almirall, con piezas hechas, una a una, por el procedimiento antes citado de transformación; Bordás, Sáez, José Tarragó y Pla y Dalmáu. Palma de Mallorca posee dos colecciones extraordinarias: una, la de don Sebastián Feliu, representando todas las tropas del zar de Rusia Nicolás II, y la del doctor López-Ruiz, con más de 30.000 piezas, procedentes de todos los fabricantes del mundo, y más de la mitad españolas.

San Sebastián cuenta con la colección del señor Martín-González de la Vega, con unas 35.000 piezas.

En Madrid hay varios coleccionistas, y son curiosísimas las colecciones de los señores Bartrina, Picardo, Compte, Muñoz, y la de don Manuel Alvarez, con piezas fundidas por los primitivos fabricantes alemanes en 1790. Asimismo, las del capitán De la Brena, señor Femenía Pérez y otras.

ORIGENES DEL SOLDADO DE PLOMO

Las primeras figuras fundidas en estaño o plomo de que se tienen noticias son un legionario romano y dos figuritas del siglo XIV representando un guerrero a caballo.

Luis XIV, a los doce años, poseía un ejército de figuras fundidas en plata, de las cuales no se conserva ningún ejemplar.

Ya comenzado el siglo XVIII es cuando aparece la industria del soldado de plomo como tal industria. Es el alemán Juan Jacobo Hilpert quien, en Nuremberg, en su taller de fundición, crea la citada industria, llevando sus soldados a todas las partes del mundo conocido.

Los tipos que fabricaba eran planos.

Esta industria se extiende a otros países, como Francia, Suiza, Bélgica, Inglaterra, etcétera. Alemania, hasta principios de la segunda guerra mundial, tiene la supremacía en los mercados del mundo. Después de esta guerra, los tratados de paz con los aliados le prohiben fabricar soldados, llegando hasta el extremo de destruirle moldes, archivos y colecciones. Hoy día vuelve Alemania por sus fueros.

PRECIOS DE LOS SOLDADOS

A principios de siglo, el precio medio del soldadito era de 10 a 30 céntimos. Después de la guerra del 14, de 0.50 a 2 pesetas. Hoy día, como juguete, no tiene precio, pues no existe; han sido sustituidos por los de plástico y aluminio. Los precios para los coleccionistas son variadísimos. En España pueden valer unas 20 ó 25 pesetas los que menos, y de los ingleses y americanos, por ejemplo, sus precios oscilan entre las 60 pesetas, sin pintar, a las 2.000 ó 3.000 pesetas, pintados. Así se explica que en Norteamérica e Inglaterra hay colecciones valoradas en millón y medio de pesetas.

Texto: SEBASTIAN GASCH
Fotografías: MISERACHS

Con ojos limpios y mirada inocente

CASI frente por frente a donde don Diego de Velázquez y don Francisco de Goya, amén de otros maestros, tienen abierta su permanente y suculenta escuela de pintura, a la otra orilla del paseo del Prado, itinerario obligado para todos los amigos de la pintura que en el mundo sean, un grupo de muchachos jóvenes, con ojos todavía sobresaltados por la vida, han abierto su aula joven de arte con carácter nacional y por segunda vez.

Doscientas y pico de obras, desde el dibujo a la escultura, pasando por la pintura, constituyeron esa alegre pinacoteca, toda ella ofrecida como un origen de caminos sugerentes y prometedores. Y de ella traemos a estas páginas esta abreviada muestra, que explica, por el trazo y el color, lo que el adjetivo no alcanzaría a decir.

Naturalmente que, antes que una consideración de méritos artísticos, aunque los hay, importa lo que estas convocatorias suponen en orden a la creación de un ambiente, de un clima, de una atención por el arte. En este sentido, todo balance es positivo, y hay que acoger y subrayar elogiosamente la cada vez más frecuente exhibición de estas muestras.

Pero ya, desde el lado puramente creador, es posible también orientarse sobre los gustos y capacidades de los más jóvenes amigos del pincel. Sin coacción de estilos, todavía ajenos a la dictadura que suelen ejercer en los mayores modas y modos, ellos juegan, libremente, a dejar correr, a veces con encantadora impericia,





su rica imaginación, a pintar lo que inventan o a inventar lo que querían encontrar en la realidad. Reveladora de muchos valores y cosas, una exposición como esta refrenda la capacidad creadora, tan habitual en el genio español, y constituye testimonio importante en relación a consideraciones pedagógicas.

Más de 4.500 obras han participado en el origen de este Certamen. Luego, a través de la selección provincial, cerca de 500 llegaron a la fase final. Y asombra, ante algunos ejemplos, la poderosa gracia, esa que, como un amigo, acompaña al joven en todos sus actos. Pintura de niños, infantil, tocada de magia, como rezumando todavía la candorosa estampa de la caja escolar de colores, y pintura juvenil, con atrevimientos, con audacias que hay que aplaudir por jóvenes, con ensayos y decisiones que es posible que lleguen a comunicar algún imprevisto recado a pintores mayores. Porque ya es sabido que las influencias son recíprocas, y que a veces un poeta, un pintor, un escritor consagrado, pueden sentirse llamados desde la creación de un muchacho que dice con desenvoltura cosas que él más o menos anda intuyendo.

España tiene hoy, por fortuna, una nómina tan extensa como valiosa de jóvenes pintores que por el mundo entero han paseado su trabajo, despertando no poco asombro y admiración.

De antiguo les viene a estos muchachos, como al galgo, la raza creadora. Muchos quedarán, lógicamente, en el camino. Algunos, los que pongan empeño, trabajo, constancia, llegarán mañana. Pero, mientras, todos ellos han encontrado en el arte una forma de comunicación. Con ojos limpios y manos todavía inocentes, ellos nos traen noticia de su mundo. Y merece la pena asomarse a echarle una ojeada. Quizá regresemos con algún que otro descubrimiento.

Fotos (color y negro) RAMON MASATS





El primero y segundo premios de escultura del último Certamen de Arte Juvenil, convocado por el Frente de Juventudes, fueron para Santiago Vargas y para Miguel Angel Fraile, respectivamente. Santiago—un muchacho de dieciséis años—consiguió el galardón con la figura «Espigadora». «Fraile leyendo» es la escultura, realizada en piedra, de Miguel Angel Fraile. Ambas pueden verse en fotografía en la página anterior.

He aquí una vista general de los salones donde fué instalada la Exposición del Certamen Juvenil de Arte.

«Santo», mosaico de Antonio Casas, de Barcelona, obtuvo el Premio especial de la Dirección General de Bellas Artes.

El tercer premio de escultura fué para «El arrorró». El autor, José Reyes, de Las Palmas, cuenta dieciocho años.

En esta página aparecen algunas de las mejores obras presentadas al II Certamen Nacional de Arte Juvenil, que se celebró en Madrid recientemente. Encabeza esta selección el óleo de Eduardo López Maturana «San Vicente», que obtuvo el segundo premio. Debajo, el primer Premio Especial (figura) fué conseguido por el óleo de José López Baqué, «Vieja».

Por último, la gracia inefable de la pintura infantil, magníficamente representada en el Certamen, asoma a nuestra página. El «Tiovivo», óleo de José Manuel Sáiz González, de seis años, obtuvo el primer premio infantil. El segundo premio de la misma categoría le fué otorgado a Ignacio Olabarri, de ocho años, por su guache «Basurero».











TRIGO NUEVO DEL AMOR

Para mi amigo Fernando Nuño

Atravesando inviernos, sube el trigo
de los jugos profundos de la tierra;
el trigo siempre trae consigo
pan, paz para la guerra.
No hay nada más sencillo que sembrarlo
y empezar a crecerlo, de manera
que el tiempo vuelva en flor a renovarlo,
el tiempo con su hoz y con su era.
Parece ser que todo el que lo ama,
el que lo guarda o busca con empeño,
verde, será algún día por su rama
vaina pura del sueño.
Un poco de su harina es en la artesa
un plazo más por Dios, que, por ahora,
no es hambre lo que tiene quien lo besa,
sino amor que del trigo se enamora.
Veréis qué verde en mayo cabecea,
qué dorado en los soles y en las horas
de junio segador. El que lo vea,
no tendrá que mirar otras auroras.
Qué difícil resulta ver el trigo
nuevo, logrado en la panera:
un año necesitas, dulce amigo,
para volver—¡qué larga espera!—;
un año como el yero y la amapola
(¡oh, qué humilde floresta!);
un año el sol y el campo, la corola
de agosto en el silencio de la siesta.

La vida está difícil en Castilla,
[illegible] y hombres se pelean.
Solo el trigo es la paz—oh paz sencilla—,
paz candeal para el pobre en su tarea.
Dura y triste es la tierra en el olvido
de tanto invierno, a qué negarlo;
mas a este tiempo oscuro y mal vivido
[illegible] acude el trigo a remediarlo.
Sabéis que el pan tan sólo ha de partirse
familiar y rezarse ante la mesa,
dar un bocado milagroso, abrirse
como una espiga aérea que no pesa,
una espiga pequeña y olvidada
en el rastrojo, un grano que no importa,
un cantero, una hogaza aquí amasada
para saber como esta vida es corta.
Como es corta esta vida para amarnos
unos a otros, como nos pedía
el haz primero que vino a sembrarnos
en fondo y forma de cosecha un día.

Eladio CABAÑERO

ESPAÑA ANTE LA EMANCIPACION DE HISPANOAMERICA

Por JAIME DELGADO

LA autoridad del joven profesor de historia de América don Jaime Delgado es sobradamente conocida de los lectores de MUNDO HISPANICO para que ahora intentemos revelarla. Con el trabajo que sigue—y que es un fragmento de su libro de próxima aparición «La independencia hispanoamericana»—, MUNDO HISPANICO, que tiene el propósito de conmemorar adecuadamente la gran fecha de la independencia de los pueblos hermanos de América, ha querido señalar, en la fecha precisa, uno de los aspectos de la historia común.

La distinta concepción política de los americanos, en general, frente a la de los españoles peninsulares, predispuso ya a la separación de aquéllos, la cual se vió favorecida inmediatamente por la actitud de los organismos de gobierno peninsulares, que no entendieron la razón de la postura adoptada por los americanos.

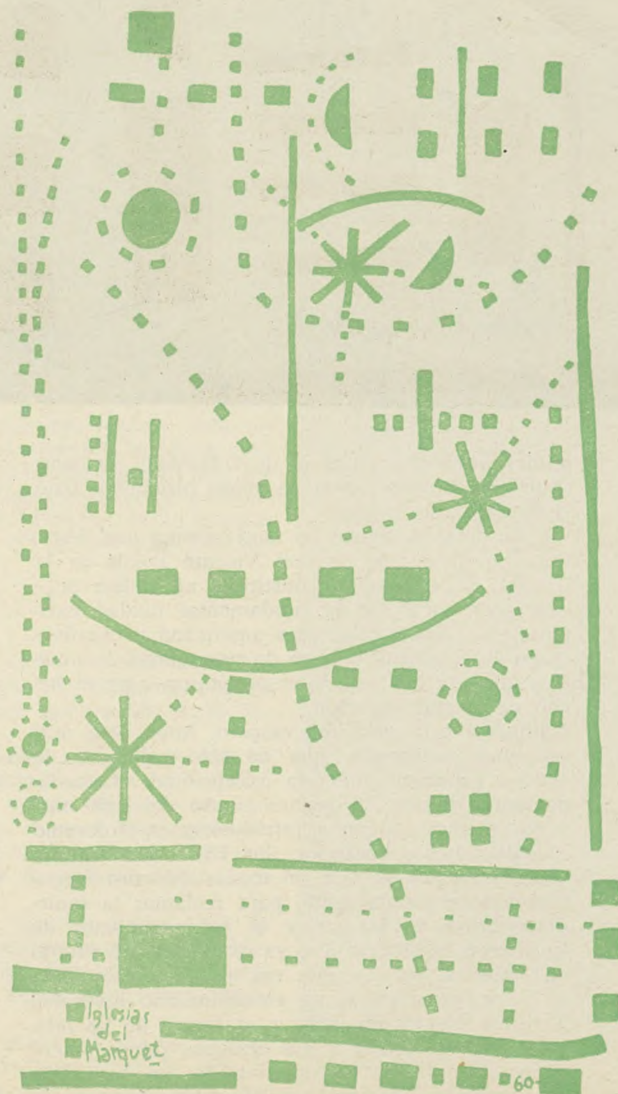
Partía ésta, como se acaba de ver, de unos principios políticos combatidos y derrocados en España por los reformadores borbónicos. Así, quienes en peor situación estaban para entender aquellos principios eran los políticos españoles, y menos aún los liberales, que acababan de imponer su sistema en las Cortes. Los liberales españoles no podían comprender, por tanto, las ideas ni la actuación de los «tradicionalistas» americanos, llamando así a los que siguieron las doctrinas tradicionales en la erección de las Juntas. Pero tampoco entendieron, o menos aún, la posición de sus correligionarios del otro lado atlántico. En efecto, los liberales americanos, que procedían del liberalismo español, compartían todo en ideario con los constitucionalistas de Cádiz. Pero así como éstos eran ideológicamente afrancesados y se opusieron, no obstante, a Napoleón en nombre del nacionalismo, los liberales americanos, aun compartiendo su ideología con los españoles, se opusieron a éstos en nombre de ese mismo principio nacionalista, es decir, en nombre del nacionalismo americano, cuyas más hondas raíces habría que buscar ya en el siglo XVI, pero que tuvo una primera clara formulación en la generación ilustrada de América, hija, a su vez, de la ilustración española. Por eso, los liberales americanos acusaron de inconsecuencia a los liberales españoles y afirmaron que éstos sólo eran liberales para cuanto se refería a los problemas internos de la España peninsular, pero olvidaban su ideario en cuanto dirigían su mirada a los reinos de América.

Cabe, pues, establecer la siguiente lógica proporción: el liberal español era para el liberal americano lo que Napoleón era para el liberal español. Así, el triunfo del liberalismo en España favoreció, como ya indicara Marius André y yo he desarrollado en las páginas anteriores, la separación política de América. En cuanto al liberalismo americano, su triunfo no sólo se debió a su enfrentamiento con el hispano, sino también a las consecuencias que tuvo la reacción absolutista de Fernando VII, que impidió, lo mismo que en España, plantear y resolver el problema político constitucional sobre una base de común entendimiento y superior unidad imperial. Esta ruptura se opera, por tanto, en la segunda fase de la emancipación, es decir, cuando la reacción absolutista fernandina ha demostrado que el rey sólo intentaba retraer las cosas a la situación que tenían antes de 1808.

Por lo demás, las características con que se opera la resolución liberal en ambas orillas atlánticas son semejantes, y ya han sido apuntadas en los párrafos precedentes. Fuera de la disgregación política de América, que obedece a otras causas—extensión del territorio, tradición localista, divisiones administrativas españolas, modelo angloamericano, etcétera—, pueden reducirse, en síntesis, al carácter civil de la guerra de la independencia hispanoamericana y, sobre todo, a la ascensión de la burguesía criolla al poder político, como complemento del poder social y del poder económico, que ya ostentaba.

La similitud señalada entre los procesos históricos español e hispanoamericano queda plasmada no pocas veces en los juicios y exposiciones que los españoles contemporáneos de los acontecimientos dejaron escritos acerca del movimiento hispano contra Napoleón y de la independencia hispanoamericana. Tales juicios revelan tres actitudes fundamentales, que Carlos Seco ha llamado, en reciente estudio, la actitud intransigente, la actitud utópica y la actitud generosa.

Representativo de la intransigencia es, en primer término, el propio rey Fernando, cuyas pretensiones reconquistadoras, bien conocidas, y de las que se ha hecho suficiente alusión en estas mismas páginas, encontraron extenso apoyo en muchos españoles de la época, políticos o no, y en la infanta Carlota Joaquina, a quien se quiso convertir en regente del Imperio para soslayar el problema político constitucional planteado por la crisis monárquica. «Doña Carlota—escribe Seco—percibió con claridad la identificación de las dos revoluciones (americana y española); luchó con denodado esfuerzo contra ambas y suscitó, por ese motivo, una doble hostilidad, perpetuada luego en una tradición historiográfica que sólo ahora empieza a revisarse. Estimo, desde luego, que el fracaso de la reina, al que contribuyeron los recelos de la metrópoli y la malevolencia de la propia Corte portuguesa, tuvo como base el no haber sabido comprender que a la negación revolucionaria sólo puede oponerse con eficacia una rectificación del pasado y no una simple afirmación del pasado. Las aguas no podían llevarse ya al antiguo cauce en 1814; pero ella hizo todo lo posible para conseguirlo.» Véase, en prueba de ello, este párrafo de una de sus cartas—del 12 de julio de 1814—a su hermano el rey de España: «Esto—le dice—no se puede llevar sino a palo. Es preciso que tú mandes fuerzas, y no pocas, de tierra y mar, y cuerpos de caballería, sin caballos, porque aquí los hay; pero que traigan todo lo necesario...»



No necesitaba, ciertamente, Fernando VII este tipo de consejos, pues ya él mismo estaba decidido a poner término mediante ese sistema a los desacatos de los que siempre llamó sus «vasallos rebeldes». Pero tampoco cabe dudar de la eficacia de esas recomendaciones, ya que provenían de una persona muy querida para él, en la que tenía gran confianza y que podía conocer bien, por hallarse en Brasil, la situación hispanoamericana. Por otra parte, los cortesanos y políticos que rodeaban al rey y muchos particulares apoyaron la política intransigente y equivocada del monarca, a quien dirigieron numerosos proyectos, con arbitrios, las más veces, descabellados, para llevar a cabo la que suponían fácil reconquista de América.

La posibilidad reconquistadora era solamente, sin embargo, una pura utopía, por lo menos después de 1826, cuando las grandes potencias europeas habían reconocido a los nuevos Estados de Hispanoamérica. No obstante, los proyectos de reconquista, oficiales o particulares, no escasearon hasta 1833, fecha de la muerte de Fernando VII. Pero incluso doce años después, en 1845, aparece todavía algún escrito de ese carácter. Así, por ejemplo, la exposición dirigida por don Vicente Pujals de la Bastida a don Francisco Martínez de la Rosa, ministro de Estado del general Narváez, donde se lee, entre otros, el siguiente interesante párrafo: «Muchos indios y algunos zambos se retiraron a las montañas, en donde derrotaron todas las partidas de tropa que los disidentes mandaron contra ellos, hasta que los gobernadores militar y eclesiástico se ofrecieron a ser los padrinos de bautismo de las criaturas que les habían nacido en aquellos montes, con lo cual, y perdida la esperanza de que el Gobierno español mirase por ellos, empezaron a volver a sus pueblos, y quedó la provincia tranquila en 1827. Mas después han tomado parte los samarios en cuantas revueltas se han promovido contra los diferentes Gobiernos de aquella república, porque se les hace entender secretamente que se trata de proclamar el Gobierno español. En noviembre de 1843 fué lanceado el gobernador de San Juan de la Ciénaga, pueblo de indios, a siete leguas de la capital de la provincia [...]. Es muy general entre los samarios el presentimiento de que un día amanecerá la capital por España. Algunos indios han comunicado al que suscribe que tienen escondidos entre las peñas los documentos que acreditan sus servicios o sacrificios en pro de la causa española.»

El párrafo transcrito es muy elocuente, como indica Seco, acerca del núcleo racial que encarnaba el fidelismo americano: «El elemento indígena, equivalente en esta zona a las masas rurales españolas, refractarias a la revolución liberal, que nutrirán en la primera mitad del siglo las filas del carlismo.» Pero el documento revela también la base en que descansaba la utopía reconquistadora; a saber: la falta de un dominio efectivo de los insurgentes sobre determinados grupos de población. «Los disidentes—agrega Pujals—no han tenido todavía un dominio tranquilo sobre los samarios, en cuyo caso el honor de la metrópoli, el derecho de gentes, la razón natural, exigen que se exceptúe la provincia de Santa Marta en cualquier tiempo que se reconozca la independencia de Nueva Granada por el Gobierno español. ¿No hará nada la metrópoli en favor de los samarios, que han hecho tanto en favor de la metrópoli?»

La exposición de Vicente Pujals demuestra, por último, el carácter de guerra civil que tuvo la de la emancipación y las complejas reacciones personales a que dió lugar. El autor del escrito era, en efecto, según advierte él mismo, un criollo perteneciente a una ilustre familia de Santa Marta. Por el contrario, quien más interesado estaba entonces en perpetuar la situación derivada de la secesión y la guerra era un español europeo. «El comercio de la Península con la Nueva Granada —dice Pujals—es actualmente exclusivo de Joaquín de Mier, natural de Cádiz, y el mayor enemigo que tienen los españoles en aquella República. Por desgracia, reside en Santa Marta, desde donde manda cada año dos o tres buques con bandera sarda o francesa, que tocan en Génova, Marsella, Barcelona y Málaga o Cádiz. Este comerciante tuvo la habilidad de poner trabas y presentar grandes dificultades a los negociantes españoles que fueron a Santa Marta cuando se abrieron aquellos puertos a la bandera española mercante, y es el más interesado en persuadir que conviene no solicitar o, a lo menos, retardar todo lo posible el reconocimiento de la República por el Gobierno español, porque hay que devolver o pagar las confiscaciones que se hicieron a los españoles.»

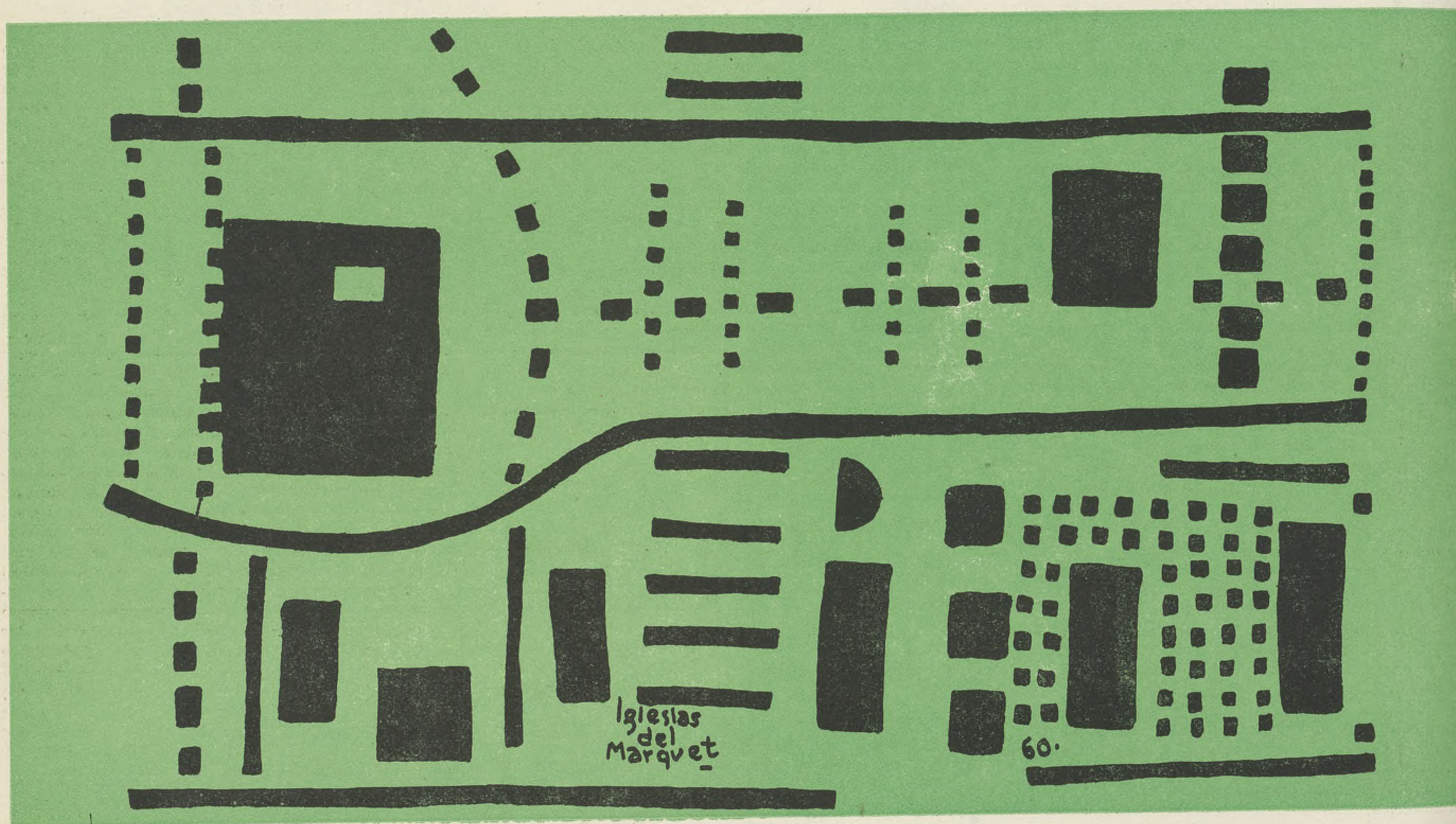
No es difícil advertir en el escrito de Pujals, entre el último de los párrafos transcritos y el anterior, una ligera contradicción. Primero, en efecto, prevenía a Martínez de la Rosa contra la inclusión de la provincia de Santa Marta en un posible reconocimiento de la independencia neogranadina, y ello permite interpretar que el autor del escrito se oponía a dicho reconocimiento. Más adelante, en cambio, culpa a Mier de obstaculizar la conclusión de ese acuerdo, del cual parece mostrarse ahora partidario, pues si lo que convenía era no reconocer la independencia de Nueva Granada o, al menos, la de Santa Marta, no llamaría a Mier «el mayor enemigo que ahora tienen los españoles en aquella República». La contradicción puede aclararse, sin embargo, si se piensa en las razones que pudieron determinar la redacción y el envío del documento, y para desentrañarlas puede resultar reveladora la fecha en que fué remitido a Madrid.

En el año 1845 se producen, precisamente, en la política americanista de España, dos hechos de signo contrario. Por un lado, en efecto, se continúa la política de reconocimiento de la independencia hispanoamericana, iniciada en 1836 con el de la República mexicana, y justamente cuando Pujals escribía, se había pensado en establecer relaciones diplomáticas normales con Nueva Granada. Pero, por otro lado, también en 1845, y bajo la jefatura gubernamental del general Narváez, el Gabinete español había iniciado un intento de intervención en la política interna de algunos países hispanoamericanos; concretamente, en la del Ecuador, mediante el apoyo prestado al general Flores para invadir aquel territorio, y en la de México, a través del embajador de España, don Salvador Bermúdez de Castro, que tomó parte muy activa en la sublevación del general Paredes y Arrillaga, a cuyo éxito colaboró directa y materialmente el representante español. Ambos ensayos intervencionistas, cuyo estrecho enlace no parece arriesgado establecer, iban dirigidos al establecimiento de dos monarquías—en el Ecuador y en México, respectivamente—, en las personas de dos príncipes de la familia real española; y ponen de manifiesto un primer intento, anterior al de O'Donnell, de constituir una confederación de países hispánicos bajo la dirección de España.

Pero, dejando aparte las motivaciones que determinaron el escrito de don Vicente Pujals de la Bastida, su exposición constituye un índice muy expresivo, tanto de la fundamental unidad existente entre las revoluciones americana y española como de la actitud utópica de reconquista de América que muchos españoles adoptaron ante el hecho de la emancipación.

Junto a esta posición, empero, hubo otra más ecuánime y sensata, que ha sido calificada de actitud generosa. Fué ésta excepcional, desgraciadamente, durante el primer cuarto del siglo XIX, y no tan rara, aunque sí infrecuente, en el decenio inmediatamente posterior. En 1821, don Gabriel Ciscar dejó oír su voz, en medio del coro reconquistador e intransigente, para reclamar la inmediata firma de la paz y el reconocimiento de las nuevas repúblicas que ya se habían constituído en América, ya que éste era el único camino, a su juicio, para lograr un entendimiento favorable a ambos bandos en lucha y al futuro de las relaciones entre España y sus antiguos reinos americanos. Ciscar fué, en este sentido, un verdadero precursor, y su postura quedó aislada y preterida durante varios años. Después, otras voces se alzaron en favor del establecimiento de relaciones con las nuevas repúblicas ultramarinas, pero poniendo el acento exclusivamente en las ventajas consiguientes a los posibles tratados comerciales que se firmaran.

Más interés tiene, en cambio, no sólo por lo temprano de la fecha en que se publicó (1827), sino por la previsión casi profética que contiene, la actitud expresada por don Mariano de Sicilia, moderado español emigrado en Francia, en el prólogo de su *Ortología castellana*, donde escribió el siguiente luminoso párrafo: «Para todos los que hablan esta lengua encantadora (el castellano) he escrito estos elementos, tendiendo en mi corazón no tan sólo a mi querida patria, sino también a nuestros hermanos y compatriotas de América, con quienes, después que la razón hubiere puesto un término a las discordias políticas, deberá quedar a los españoles, sobre los vínculos de la sangre y la simpatía nacional, el indestructible lazo de un común idioma. Mientras que llegare aquel feliz día en que estos dos pueblos hermanos vivan en paz y en que la independencia de la América española sea más útil a la España que le había sido su dominación, podría muy bien suceder que, a fuerza de no entenderse ni tratarse los dos pueblos, sufriese la lengua en aquellas comarca no pocas alteraciones, a lo menos en materia de pronunciación. En tales circunstancias, un libro capaz de impedir este daño no puede menos que ser un gran servicio para aquellas regiones, tan interesantes como lejanas. Pluguiese a Dios que entre las medidas de salud, de prosperidad y de gloria que podrían ser adoptadas en el Congreso general de aquellos pueblos, fuese una de ellas el establecimiento de una Academia Americana de la Lengua. Una resolución tan útil como ésta no costaría más trabajo ni más dispendios que concebirla y adoptarla.»



No sólo la medida concreta aquí anunciada, sino el espíritu general que informa esta actitud comprensiva, iba a tardar mucho tiempo en imponerse entre los gobernantes y los ciudadanos españoles a la hora de juzgar la independencia hispanoamericana. El fenómeno, al otro lado del Atlántico, presentó caracteres similares. El erróneo planteamiento de los problemas políticos, las heridas dejadas por la guerra, la larga separación entre España y sus antiguas provincias americanas y el apasionamiento de los juicios son otros tantos obstáculos que han venido impidiendo, hasta hace pocos años, el debido entendimiento entre las dos orillas atlánticas e incluso entre los diversos países hispanoamericanos. Pero la era del nacionalismo parece llegada a su fin. Ello permite vislumbrar, junto con la más objetiva interpretación de las diferencias pasadas, un más recto planteamiento del futuro mediante la unidad de todos los pueblos hispánicos.

LA GIGANTESCA DEMOGRAFIA IBEROAMERICANA

De mantenerse su ritmo actual de crecimiento demográfico, los países iberoamericanos van a llegar a los 300 millones de habitantes en 1975 y, sin duda, a no menos de 500 en el fantasmagórico año 2000.

Si se tiene en cuenta que en el año 1925 la población de estos pueblos ascendía a 92.800.000, y que todo hace suponer hoy que la cifra se centra ya en unos 195.000.000 de habitantes, se comprenderá muy bien la preocupación profunda de los economistas y políticos, puesto que saben muy bien que ese nivel demográfico implica, antes que nada, una enorme presión sobre las estructuras clásicas y tradicionales de la vieja América.

En los últimos veinte años se ha pasado—dirá el *Economic Survey of Latin America*, confeccionado por la O. N. U.—de un 19 por 1.000 de aumento de población, considerando el promedio del quinquenio del año 1930 a 1935, al 25 por 1.000 de nuestro días.

Paralelamente se está produciendo un enorme descenso en la curva de la mortalidad, que, si aún es alta en algún país en los grupos infantiles, se acerca rápidamente a promedios occidentales en lo que se llama, técnicamente, la *mortalidad general.*

MILLONES DE EMPLEOS NUEVOS

Esa inmensa curva de desarrollo humano obliga a la creación de millones de empleos nuevos. Piénsese, por ejemplo, que, de acuerdo con los cálculos de la C. E. P. A. L., la *población activa* de Iberoamérica deberá aumentar en no menos de 35 millones de personas en los próximos quince años. Treinta y cinco millones de personas que no pueden ser empujadas a la agricultura, porque ese sector posee ya, en estos momentos, un enorme excedente de mano de obra que vive, prácticamente, en latente estado de *subempleo.*

Se necesita un gigantesco plan común—las bases comienzan a echarse con la aparición del Mercado Común centroamericano y la Zona de Libre Cambio—que implique la puesta en vigor de medidas superiores a la presente atomización en 20 compartimientos estancos. Por otra parte, y con mucha menos gente que la considerada actualmente como masa campesina, Iberoamérica estará obligada a producir alimentos en una cifra superior a un 120 por 100 con respecto a sus posibilidades actuales. Se debe ello no sólo al crecimiento demográfico, sino al hecho de que, a consecuencia de un mayor desarrollo económico y a la formación constante de nuevas masas laborales, es imprescindible proporcionar alimentos altamente calóricos a los obreros. La producción de máquinas y equipos, en el curso de quince años, tendrá que multiplicarse por veinte, a su vez, para permitir un desarrollo apropiado a cada país.

EL DILEMA AGRICOLA

Pesa sobre la vida de la mayor parte de los países iberoamericanos el gran conflicto de sus estructuras agrícolas. No sólo se trata de reformar, allí donde se producen, los problemas derivados de un latifundismo feudal, sino el arcaísmo de muchos métodos de producción. De acuerdo con el informe de la Comisión de América Latina en la O. N. U., la producción por persona activa es dos veces y media más débil en la agricultura que en los sectores industriales. Unase a ello el hecho de los excedentes de mano de obra campesina, y se encontrará la ecuación y significado, en conjunto, de las cifras anteriores.

El Mercado Común, como la Zona de Libre Cambio, hará evidentes los desequilibrios citados, obligando, pues, a buscar soluciones conjuntas. De todas formas, nadie debe olvidar algo enormemente significativo: que no cabe hablar seriamente de Mercado Común iberoamericano sin disponerse a hacer antes, previamente, una operación básica y fundamental: organizar los transportes y las vías de acceso de las producciones a los mercados, y de éstos, a su vez, a los intermericanos.

Ninguno de los planes anteriores puede resolverse—sobre todo en casos bien concretos—sin ayuda exterior. Pero el ejemplo quedará plenamente explícito cuando se advierta que, por la deficiencia de los transportes y los puntos de almacenaje—frigoríficos, embalajes adecuados, etc., etc.—, las pérdidas anuales—según el informe de la misión Klein-Saks—ascienden a cifras que varían del 25 al 40 por 100 del total de la producción.

LA GRAN OBRA DE UNA GENERACION

Superar esas dificultades, trascender de los veinte compartimientos estancos a una fuerte cooperación entre sí en todos los órdenes, pasará a ser la más grande obra de integración que una generación haya tenido ante sí.

No se puede dudar que, aislados o dependiendo exclusivamente de los mercados internacionales, que imponen la dictadura de sus precios de forma inconcebible, apenas es posible que pueda llegarse a una solución adecuada; más aún si se piensa que el intercambio entre los países iberoamericanos—para llegar a un nivel apropiado al desarrollo requerido—deberá pasar de los 800 millones de dólares actuales a no menos de los 8.000 millones.

Un elemento nuevo debe planear, como un águila, sobre toda la recreación juvenil, es decir, en torno a la interpretación de los problemas iberoamericanos: la imperiosa necesidad, casi higiénica, de llegar a concreciones allí donde sólo se presentaban antes soluciones desde la ambigüedad o la abstracción.

Por eso mismo, cualquiera que arroje un vistazo al mapa sentirá y comprenderá muy bien la importancia del tratado firmado por la Argentina, Brasil, Chile, México, Paraguay, Uruguay y Perú para formar la Zona de Libre Comercio. Este ancho bloque de países representa, en números redondos, tres enormes porcentajes: *a)* 16 millones de kilómetros cuadrados; *b)* 144 millones de habitantes, y *c)* un 70 por 100 del conjunto total.

En estas condiciones, ¿cómo no pensar que ahí está el punto de partida para una operación histórica, económica y política de una envergadura tan grande que exigirá, para su cumplimiento, las energías, la inteligencia y la moderación de todos? En mi opinión, tiene que gastarse en esa empresa la buena voluntad de una generación entera.

Por otra parte, no hay solución mejor y más a la vista, puesto que, dadas las deficiencias interiores—en el orden de la producción—que cada país tiene y, por ello mismo, su dependencia del mercado internacional, el mejor recurso contrario es la cooperación.

E. R. G.

La transformación de la colectividad española

Por MANUEL LIZCANO

CIÑENDONOS al caso de España, aunque pienso que muchas de estas reflexiones pudieran valer también en buena parte para los demás pueblos de la civilización ibérica, es necesario preguntarse, cada vez con mayor apremio: «¿De dónde viene, y adónde va, y con quién, nuestra comunidad histórica?» Porque resultan manifiestas en este sentido varias aparentes contradicciones. No somos, desde luego, un país recién llegado al «mundo moderno», pero tampoco es fácil encontrar un pequeño grupo de personas que coincidan en una versión unánime de nuestro papel en este mismo mundo.

El país que ha sido una especie de cuartel general del espíritu contrarreformista en Occidente, y como tal aparece identificado ante muchos con la idea más peyorativa de la experiencia inquisitorial, no puede decirse de él que haya participado popularmente en el proceso de secularización característico de la sociedad burguesa de Occidente, y muestra incluso en sus promociones humanas más recientes, las de la posguerra civil, un extenso renacimiento religioso humanista, soldado ya en parte con modos de conciencia social que buscan una transformación radical de las estructuras y mentalidad colectivas. Modos de conciencia revolucionarios que eran a su vez patrimonio exclusivo en el país, hasta 1936, de las tendencias políticas—o de los grupos de poder establecidos en el seno del sindicalismo—caracterizadas por una significación extremista, sectaria y brutalmente anticatólica. Experimentos del más puro cuño capitalista son llevados a cabo, de otro lado, entre gentes que han protagonizado la más genuina experiencia antiliberal-capitalista del Occidente en todo el período de los ciento cincuenta años de nuestra contemporaneidad, etc.

Hay quienes piensan así hoy entre nosotros que toda nuestra solución está en volver al pasado, y quienes creen, por el contrario, que debemos limitarnos a copiar todo lo experimentado por Occidente en el camino de su éxito material, hasta llegar a hacernos un país occidental más, con el mismo nivel de éxitos materiales que hoy distingue a quienes nos aventajan en una renta nacional por individuo varias veces superior a la nuestra. A mi juicio, el problema es bastante más complejo. De poco nos serviría, ciertamente, para poner en circulación el cuadro de valores que pueda haberse propuesto desarrollar como meta colectiva el sujeto histórico de los españoles, sumirnos pasivamente en la indigencia y la postración, que lograrían frustrar de modo definitivo a nuestro pueblo como tal sujeto histórico o colectivo. Pero creo que aún sería más desgraciada nuestra suerte como protagonistas de un caso de amnesia, en el que un modo espiritualmente rico de personalidad, y en grado extraordinario, aunque dotado de recursos escasos, viniera a aparecer trastocado prácticamente en otro sujeto de ánimo burdo, mero remedo lejano de su anterior espíritu, aunque, eso sí, muy bien situado económicamente.

Yo diría que España está donde nos la hemos encontrado los hombres de la generación de la posguerra civil, como término de un proceso en el que nuestros antepasados, allá por las generaciones del siglo XVI, desafiaron a Europa: a lo que nacía entonces como Occidente. Los occidentales afirmaban una conciencia secularizada y materialista de la existencia, que se personalizaban en un protagonista concreto: el hombre burgués, que ha desembocado en un inmenso triunfo material contemporáneo y que ha contribuido al patrimonio multimilenario de la humanidad con aportaciones tan decisivas como la ciencia, la técnica y, su consecuencia, la sociedad industrial. Nosotros afirmábamos una conciencia espiritualista y humanista radicalmente cristianas, pero nos fuimos escindiendo en dos comunidades cada vez más abiertamente contrapuestas: la de la oligarquía, reclutada y extranjerizada mentalmente en las cortes extraespañolas de nuestras dos dinastías absolutistas, la austríaca y la francesa, y el pueblo, que lo mismo en aquellos tres siglos de la modernidad que en el siglo y medio último de la contemporaneidad ha visto, si bien nunca resignadamente, cómo pesaba sobre él el poderío sofocante y paralizador, de típica factura «antiguo régimen», de la España de la oligarquía.

Llegamos así al momento histórico presente, teniéndonos que incorporar a un Occidente llegado al cabo de su experiencia histórica: materialmente triunfador, pero gravemente enfermo en el espíritu. Nosotros, con un pueblo apenas sin estrenar todavía históricamente:

Vamos a un tipo de sociedad que resuelva en ibérico, no en anglosajón ni en ruso, no en liberal-capitalista ni en marxista-comunista, nuestros modos peculiares de cultivar la persona, de convivir o de producir. Y vamos con Occidente, por supuesto, pero en condiciones que no puedan contradecir nunca nuestra razón de ser como comunidad. Ese es el problema, no la solución.

De la aceituna, el aceite...



Los tataranietos de los olivos de Noé son ya más de 500 millones. Acaso fueron los olivos jiennenses primigenios los que alargaran sus ramas hacia la paloma del arca para signar la paz del Diluvio entre Dios y los hombres. Leyendas hay que señalan el valle del Mediterráneo como lugar anegado por las aguas del castigo de Yavé. Sea o no, lo cierto es que esta zona mediterránea es la más rica en olivares, y que estos árboles alcanzan tales edades, que sólo unas pocas generaciones los separan de sus paradisíacos padres.

España, millonaria de olivos, cuya principal riqueza la constituye, como se sabe, el aceite, posee 145 millones de olivos. Sólo la supera Italia, que tiene 160 millones, y la sigue Grecia, con 60. La primera provincia española en el cultivo del olivar es Jaén, y sus formaciones de olivos son tan extensas, que po-

dría escribir su nombre en un olivo cada uno de los españoles que aceitunas come. Pero el nombre de estos venerables árboles es muy otro. Es el *oleæ media oblonga fructi corni,* más llanamente *picudo*; *picual,* en Andalucía; *royuelo,* en Alava; *farga,* en Albacete; *picudillo,* en Logroño; *macho,* en Madrid; *tetudillo,* en Granada; *picholín,* en Alicante; *gordal,* en Almería; *cuerno real,* en Badajoz; *pico de grulla,* en Córdoba; *argudell,* en Gerona; *molejona,* en algunos términos de Jaén. Es una de las cuarenta variedades que en la Península se cultivan, la más famosa por su rendimiento, por el poco coste de las faenas de recolección, por su resistencia a las enfermedades

Uno de estos individuos produce, por término medio, unos



13 kilogramos de aceitunas, que, reducidas a aceite, quedan en dos kilos y medio, aproximadamente. Este rendimiento solamente se supera en Túnez, y muy por debajo siguen a España en rentabilidad los olivos de Italia, de Grecia y de Portugal. Pero este árbol comienza a dar fruto a los siete años. Hasta los treinta y cinco no llega a su plena madurez y desarrollo. Desde los treinta y cinco hasta los ciento cincuenta años mantiene su rendimiento, que comienza a decaer gradualmente a partir de esta edad. Así, pues, el elevado coste de las labores de instalación del olivar no se compensan hasta pasados un buen número de años.

Se comienza con la labor de desfondo con las yuntas, el marqueo—al tresbolillo o al marco real—; se abren hoyos, se ponen estacas; se hace la plantación, el abonado, el riego y el gradeo. Pero en el segundo año hay que emprender una nueva serie de trabajos, que se repetirán después en cada nueva temporada. El alzado, la cava, el binar, la escarda, los gradeos, y también la poda y el deshijetado. Una vez maduro, desarrollado, el cultivo sigue siendo laborioso. He aquí las fases: alzar, primera cava, binar, segunda cava, poda y limpia, seis gradeos, tirar abono, desastillar, hacer suelos, quitar varetas, cura de enfermedades, vareado, coger aceituna, transporte, preparación y arrastres de ramón, otoñado y terciar con arado.

Esta es, en síntesis, la dura vida de los que cuidan los pies y brazos de este añoso árbol bíblico, simbólico y venerable. Sobre el esquema de esta nomenclatura en retahila podríamos montar ahora la palpitación humana de las gentes que viven, literalmente, bajo estos olivos, al menos durante una cierta época del año. Gentes que laborean su tierra o que efectúan el vareo y ordeño de la aceituna. Sencillos campesinos—hombres y mujeres, niños y adultos—que, casi como en la antigua Grecia, comen su sobria ración de pan y aceite, en variada fritura, en el intervalo cálido del mediodía.

E. M.

EN ESPAÑA CRECEN CIENTO CUARENTA Y CINCO MILLONES DE OLIVOS

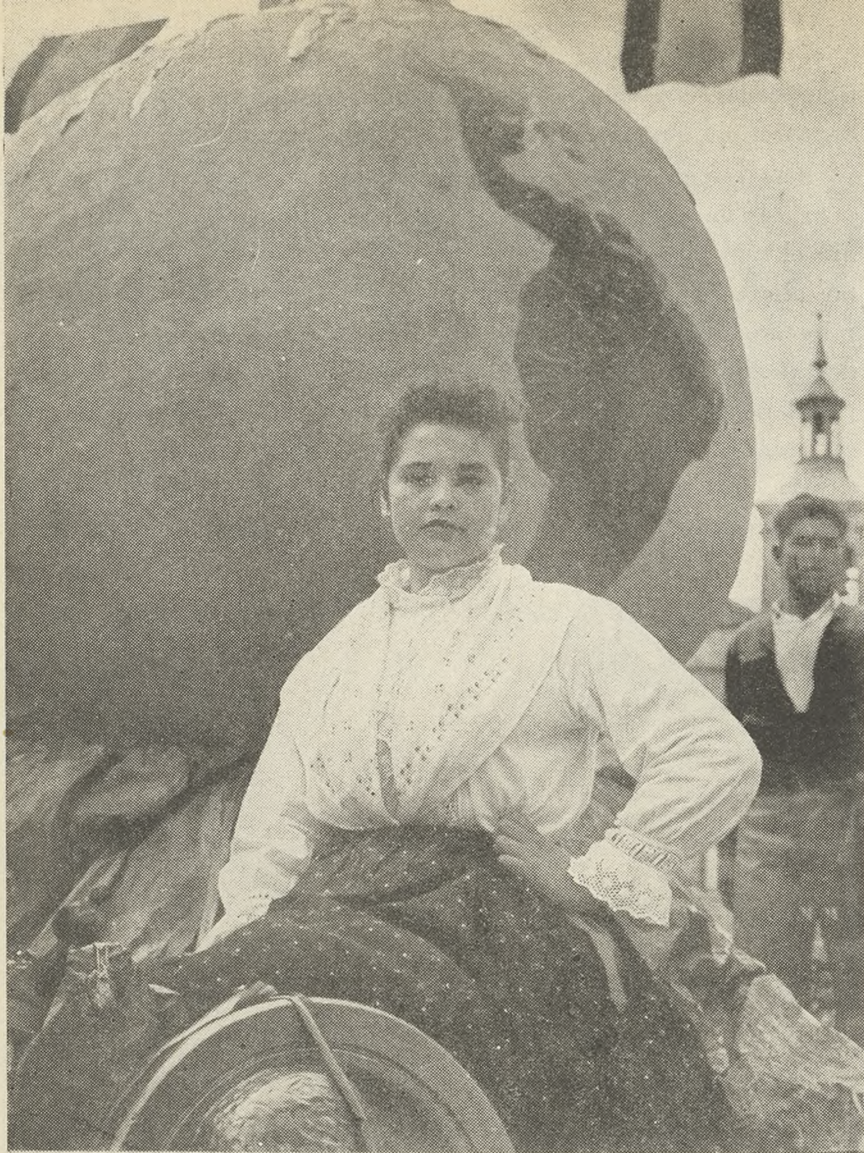
ITALIA SUPERA LOS OLIVARES ESPAÑOLES, POSEE CIENTO SESENTA MILLONES

GRECIA, EN TERCER LUGAR DE LA PRODUCCION MUNDIAL, SOLAMENTE LLEGA A LOS SESENTA MILLONES DE PLANTAS

LA PRODUCCION DE UN OLIVO ES, POR TERMINO MEDIO, DE TRECE KILOS DE ACEITUNA

EL ARBOL COMIENZA A DAR FRUTO A LOS SIETE AÑOS

A PARTIR DE LOS CIENTO CINCUENTA AÑOS COMIENZA A DECAER



UN trozo de Andalucía metido en la Mancha. Esto es Mora, Mora de Toledo; en adelante, Mora del Olivo, si se quiere hacer honor a lo que constituye su principal fuente de riqueza y su razón de vida. Un trozo de Andalucía que participa un poco de las características manchegas y catellanas. Esa parquedad en la exteriorización de su sentir que es genuina en Castilla, esa ensoñadora calma de la anchurosa y casi africana Andalucía, se convierten aquí en un alegre bullicio y exaltación de gestos y rasgos propios. Mora, avanzada del feudo toledano, es, desde la Edad Media, un pedazo de tierra que no sueña, sino que vive con intensidad y vehemencia la fecunda y alegre realidad de sus campos ricos, de su raza fuerte, de su tenacidad y laboriosidad, expresadas en su antigua artesanía.

Mora es historia, lealtad y heroísmo. Aún vive el recuerdo de las 3.000 almas tributadas en sangrienta lucha con los Comuneros. Ahí están los nombres de los 160 caídos de la Cruzada. Mora (12.000 almas) es también cereal y olivo, industria y artesanía. La construcción de romanas se remonta al siglo XV; la fabricación de cencerras goza de fama en todo el mundo; sus tres fábricas de jabones hacen posible la exportación de este producto. Pero la fama le viene a Mora de su aceite y de su vino.

En toda su comarca, un cano huerto, de un verde gris y blanco, sostiene en pie su millón y medio de olivos, jóvenes y centenarios. Difícil resulta imaginar los imperceptibles y misteriosos pasos de este árbol quieto y bíblico que Noé ya contemplara, y que en Grecia tiene casi carácter sagrado, y que en Roma juega un papel importante para la economía del Imperio; que se extiende, paso a paso, por toda la luminosidad de la costa mediterránea, cambiando de forma y de nombre, modi-

La FIESTA del OLIVO

ficando dócilmente su fruto por la imperativa ley del suelo y del clima. Y todavía sigue, el inmóvil y sereno olivo, caminando, desparramando su familia de variedades, que llega hasta cuarenta tipos diferentes. Pasa al sol africano; a veces remonta altitudes de 800 y 900 metros. Llega a Andalucía y se sosiega, soñando otra vez con los seculares hermanos olivos de Mallorca y de Palestina. ¿Qué quijotesca aventura emprende luego hacia la Mancha? Hacia allí va, y allí se detiene. Mora, amorosamente, los cultiva, los poda, los varea, recoge su menudo y valioso fruto y llena sus almazaras. Con la molturación termina el trabajo; comienza el gozo. El amo invita a los mozos, y las mozas inventan la fiesta. Trajes, porfías, desfiles... He aquí el origen de la Fiesta del Olivo: una alegría aunada en la misma causa y en el mismo día.

Mora ha querido hacer, de su razón de vida, una conmemoración, una fiesta grande para todo el pueblo. El programa de la IV Fiesta del Olivo de Mora de Toledo fué bien cumplido. Tres días, con el remate y la solemnidad del domingo, ha vivido Mora en acción de gracias, en acción de júbilo, en acción de enseñanza. Ha sido así como si toda la comarca de Mora hubiera dicho: «Este es nuestro trabajo y nuestra preocupación, nuestra alegría y nuestra riqueza; vedlo.» Y entonces nos ha mostrado a su reina—bella muchacha piadosa, ejecutora de la simbólica ofrenda del fruto en el altar de campaña—, nos ha llenado los ojos con el color y la fantasía de su cabalgata de carrozas, nos ha sentado a su mesa y nos ha contado con sencillez y con gozo la simple y antigua verdad de su tesón en el trabajo, su profundo amor a la tierra y al árbol noble y longevo, símbolo de la paz.

Eduardo MARCO





MORA la de TOLEDO

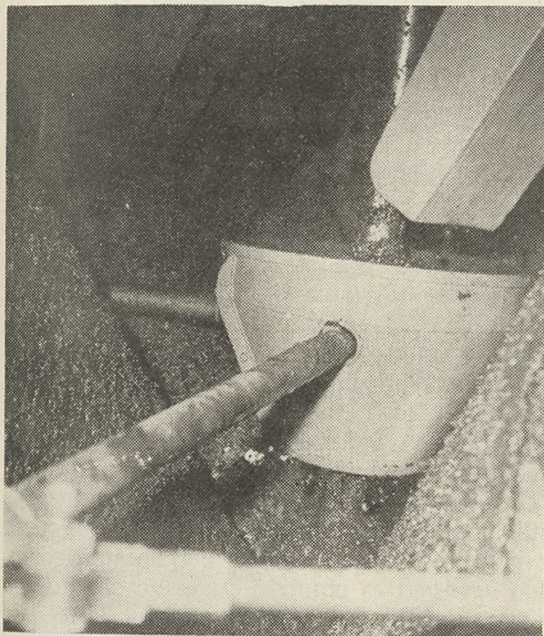
MORA, municipio del partido judicial de Orgaz, provincia de Toledo, tiene 10.500 habitantes. Es población desde la que se expanden por toda España aceitunas y aceite, jabones y manufacturas de esparto. Pero el topónimo Mora se encuentra también en otros lugares de la Península, e incluso muy lejos de ella. Mora es el nombre de un cantón de la provincia de San José de Costa Rica; el nombre de una aldea de Kanabec, Minnesota (Estados Unidos); el de un distrito de la comuna de Cabildo, en Chile; el de un municipio del distrito venezolano de Puerto Cabello, en Carabobo; el de un pueblo del condado de Kopparberg, en Suecia; el de un municipio del distrito de Tovar, Mérida (Venezuela); el de un concejo del distrito de Evora, en Portugal; el de la capital del condado estadounidense de Nuevo México, y el de doce o catorce lugares más.

Esta vez sólo queremos ocuparnos de Mora la de Toledo, cuyo nombre encierra hondos significados y recuerdos. El reverendísimo doctor don Luis de la Cuerda y García, que vivió hasta los primeros años del siglo XIX, fué obispo de Puerto Rico. Más atrás en el tiempo, Gabriel Cano—como el primero, hijo también de Mora de Toledo—fué, en el siglo XVII, uno de los prohombres más notables; llegó a ser presidente de la Audiencia en Chile, y a él se debe el establecimiento del servicio de bomberos en Santiago de Chile. Diego de Mora, compañero de Pizarro, fué uno de los jueces de Atahualpa, destacado experto en lengua quechua.

Mora de Toledo es una ciudad rica, antigua y noble, que hoy nos brinda otro motivo para enorgullecernos: la Fiesta del Olivo, instituída con un profundo sentido popular.

FOTOGRAFIAS HENECE

De la Fiesta del Olivo en Mora de Toledo. Bajo el sol castellano, desfila la belleza de las muchachas sencillas en sencilla cabalgata.—Abajo: Empieza la tarea de la molturación de la aceituna.



El viejo padre Noé, con inequívoco aire de guardarropía campesina, tiene fijos sus ojos en la paloma aprehendida en su vuelo, mientras los «angelitos», ajenos a su papel, miran al fotógrafo.





SOL Y ZARZUELA

Por
Rafael García Serrano

El día es claro y radiante, de radical estío. Ni una nube en el cielo azul, ni un carnero en la mar azul, ni un poco de viento en las hojas verdigrises de los olivos. La carretera ondulada va entre pinaradas y olivares y con frecuencia se acerca a refrescarse al mar. Al fondo, las altivas sierras; primero la del Montalt, luego la de la Greu, después la de Esteve, la del Mar, la de la Batalla. Detrás —¡oh Dios mío, cuántos viejos recuerdos!—se adivina la quietud pacífica de la sierra de Caballs. Por muy tranquila que esté la olla, uno siente el hervor de otro tiempo.

Es hermoso este camino entre Salou y Benicarló. El margen izquierdo de la carretera está jalonado frecuentemente por anuncios: playa Miami, playa Bahía y otras playas, casi todas con nombres exóticos y tentadores. ¿A quién buscan? ¿Al turista o al indígena? ¿A los que vienen de fuera o a nosotros? Son zonas de esperanza, tajadas de paisaje, que se urbanizan con vistas a los futuros veranos; que son apetitosas como las rajas de un melón o de una sandía; que le van guiñando el ojo al que por allí pasa. Son como muestrarios de soleada felicidad. Todas estas playas ofrecen más o menos lo mismo: el mar azul, el cielo azul, los verdes pinos, la rubia arena, el marisco saludable, como una versión gastronómica de las sirenas de Ulises. A las sirenas—ya se sabe—no hay que escucharlas; con comérselas basta; y ellas tan contentas. En suma, todas estas playas ofrecen el panorama antiguo y clásico del Mediterráneo.

Junto al sosiego—hermanos—, la salsa «romesco», el escandaloso alioli, el tierno langostino, las variadas y sabrosas frutas del mar, los pulpitos, los salmonetes rosados, los calamares de oro, los diminutos *mollets*—que son algo así como la degollación marítima y culinaria de los Santos Inocentes, pero en bueno, en bondadoso, en delicado y crujiente—y un vino que hace amigos a los hombres, que llena los corazones de buena voluntad, que cría sangre para el amor, que pone en la cabeza como un techo irreal, como un cielo estrellado, igual que una vía Láctea—con perdón sea dicho—que condujese a la definitiva calma, a la más inmortal y viva de las serenidades. No exagero. Quien conozca este camino lo sabe.

Desde casa Gatell, en Cambrils, parece ejercerse un pontificado gastronómico que alcanza benéficamente a buena parte de los bares, tugurios, tascas, merenderos y restaurantes de esta carretera. Los anuncios de las playas se alternan con los avisos de los *campings*, todos orilla del mar. Se ven motos, y coches, y rulotes, y tiendas de campaña, y también la tienda individual del *stoper* rubio. Calculo yo que ésta es la tierra en que se contabilizan más tipos de diversas nacionalidades por centímetro cuadrado, y en la que el pecho acogedor de un automovilista puede seleccionar más cuidadosamente su compañía a la hora de elegir paquete para el asiento libre de su coche. Casi todas las mujeres van con pantalón largo, de vaquero o de pescador, de pirata o de gondolero; de color azul, de color verde, de color rojo, de amarillo color, del color que ustedes quieran. Yo he visto unos pantalones malva, como un poema de Juan Ramón Jiménez. Los hombres, en general, van de pantalón corto, y el que no lleva gorra de *base-ball* es como si fuese de chaqué. Se pasa el Ebro por Tortosa, tan campantes; o se pasa el Ebro por Amposta, a bordo de una balsa que arrastra un pequeño remolcador y en la que van coches de turismo, carros con paja, unos cuantos campesinos y una pequeña representación del mundo. Espero que, arreglado ya el puente, alguien piense que el paso del Ebro en balsa es un buen motivo turístico. Lo que hace falta es echarle aperitivo, merienda o simple trago. Navegar por el Ebro debe de ser necesario, y, desde luego, es bonito; pero hay que tener en cuenta que el Ebro es el río del vino, de manera que la balsa ha de llevar a bordo, cuando menos, un par de pellejos, y lo demás ya lo irá pidiendo el personal.

Entre Cataluña y Levante, el vino del Ebro firma cualquier armisticio. Yo reuniría a los «grandes»—si de verdad lo son—a bordo de la balsa que cruza el río. Un poco más arriba queda el recuerdo de la guerra, y en ambas orillas, por todas partes, la gran lección de la paz. Luego les soltaría a los «grandes» una zarzuela de Gatell—esa corrida extraordinaria y goyesca de la gastronomía—, con un prólogo de langostinos de Benicarló cociditos a la plancha—y aún mejor, de ambas maneras—, bañados en la salsa que les inventó Ramón Cid, boticario de aquel ilustre lugar. Es una salsa que participa de todas las suculencias de una buena cocina y de todas las gracias, ingenios y talentos, más o menos picantes, de cualquier rebotica. En las reboticas y en las tabernas es donde mejor se juega al mus; de modo que haría que los «grandes»—si de verdad lo son— se enredasen en unos ochos. De allí saldría una paz perpetua, estoy seguro; sobre todo si a los postres se servían los helados que se gasta una confitería de Vinaroz. Los hay de naranja y coco. Los de naranja, además, van envueltos en una corteza de barquillo con la misma forma de la reina de las frutas. El color también es aproximado. Pero, con ser mucho, el color es lo de menos. Se olvida el color ante aquella fresca delicia. Es como si amaneciera abril entre los naranjales. No hay quien lo resista.


aurelio

Escuela de cerámica

Alumnos de todas las edades, de todas las clases, de todas las nacionalidades, acuden a la escuela madrileña de cerámica para aprender el bello oficio antiguo, tan viejo como el hombre, de dar forma al barro con las manos. De este modo se hacen estos bellos y útiles objetos.

Cuarenta y seis años de existencia y 3.123 especialistas trabajando en toda España es el bagaje que ya aporta la Escuela de Cerámica de Madrid. Pero quizá pueda apreciarse mejor su verdadera importancia diciendo que nuestra nación ha podido, gracias a ella, abandonar su carácter de importador de cerámica y tener suficientemente abastecido el mercado. Más aún, hemos comenzado a convertirnos en país exportador.

La Escuela de Cerámica de Madrid, única de España, obedece a una iniciativa feliz de don Francisco Alcántara, que fué acogida entusiásticamente por el Estado. Don Francisco pensó, allá por 1914, que era una verdadera lástima que España, con una tradición cerámica de prestigio internacional como la del Retiro o la Hispanomorisca, careciese de una escuela donde formar artesanos en esta faceta del arte. Y con un grupo de artistas amigos—Zuloaga, Guijo, Moya y Franco—, abrió escuela, en la madrileña calle de Fernando el Católico, para una primera promoción de ¡ocho alumnos!, uno de los cuales era su propio hijo.

El número de alumnos aumentó pronto, y la Escuela fué adquiriendo la solera que merecía. En 1926 don Francisco tuvo la alegría de saber que su obra sería continuada por la persona que más celo pondría en levantarla: su propio hijo, Jacinto. El Gobierno de Primo de Rivera le nombró director de la Escuela.

También bajo la Dictadura se empezó a estudiar la posibilidad de abandonar el viejo caserón de Fernando el Católico y trasladarse a un espacioso y magnífico terreno del número 48 de la calle Marqués de Urquijo (junto al paso nivel de San Antonio de la Florida). Don Fran-



Durante los dos primeros cursos, los alumnos de la Escuela reciben todas las enseñanzas artísticas necesarias.

cisco, que murió en 1929, no pudo verlo, pero su hijo hizo de esta empresa uno de los objetivos de su vida.

En 1935 el nuevo edificio de la Escuela Municipal de Cerámica estaba listo para albergar a las nuevas promociones. En 1936 sobrevino la guerra, y en 1939 no quedaba en pie ni un tabique de la Escuela. Vuelta a empezar, para que al fin, en 1942, pudiese hacerse la inauguración oficial.

Hoy, en 1960, aquellos ocho alumnos primeros se han convertido en 162, y los cinco profesores, en 12.

LOS ALUMNOS PROCEDEN DE CLASES HUMILDES

Pero lo más maravilloso de toda la Escuela es el elemento humano que en ella trabaja y se forma. Procede casi totalmente de clases humildes. Niños de hogares pobres a quienes Dios ha dado el don del arte vienen a la Escuela de Cerámica porque su alma se lo pide y porque necesitan una profesión de enseñanza corta que les permita ganar el pan.

Y lo ganan con creces. Todos los alumnos que salen de la Escuela encuentran colocación. Es más, muchos la encuentran antes de terminar su formación, y han de abandonar las aulas. Son los grandes disgustos de don Jacinto Alcántara, que hace todo lo posible para que sus muchachos reciban una formación sólida.

Por esta orientación que la Escuela tiene hacia las clases económicamente débiles es por lo que la enseñanza es totalmente gratuita. E incluso, para dar más facilidades a los alumnos, hay unas pequeñas becas (principalmente para gastos de transporte), que se conceden a un 98 por 100 de los discípulos.

La enseñanza comprende cuatro cursos. Los dos primeros son de una especie de enseñanza común artística, como dibujo, modelado, etc. Los dos últimos son de especialización, y comprenden decoración, escultura, moldes y reproducciones, maquinaria, esmaltes y colores, vajillería, hornos y laboratorios. Las clases son por la mañana y por la tarde, y a fin de que los chicos pierdan poco tiempo en los transportes (téngase en cuenta que una gran parte de ellos viven en suburbios o zonas de la periferia de la capital), hay un servicio de comedor, que produce grandes quebraderos de cabeza—en lo que respecta

Después de creado el modelo, son vaciadas las piezas en sus moldes, para luego recibir el retocado minucioso.



De sus aulas han salido ya 3.123 *especialistas*

a la cuestión económica—del director de la Escuela. Afortunadamente, hay muchas «ayudas» al simpático centro.

TECNICO Y ARTISTA A PARTES IGUALES

Un buen ceramista está compuesto de un 50 por 100 de artista y otro 50 de técnico. En su formación interviene—según nos dice don Jacinto Alcántara—su sensibilidad, su vocación y una formación dirigida. La Escuela estimula las dos primeras condiciones y realiza totalmente la tercera.

Por todo ello nada se pide a quien desea ingresar en la Escuela de Cerámica. La entrada está abierta para todos. Pero sí hay, en cambio, un período de prueba. Pasado éste, si el alumno no reúne las condiciones necesarias, se le dice



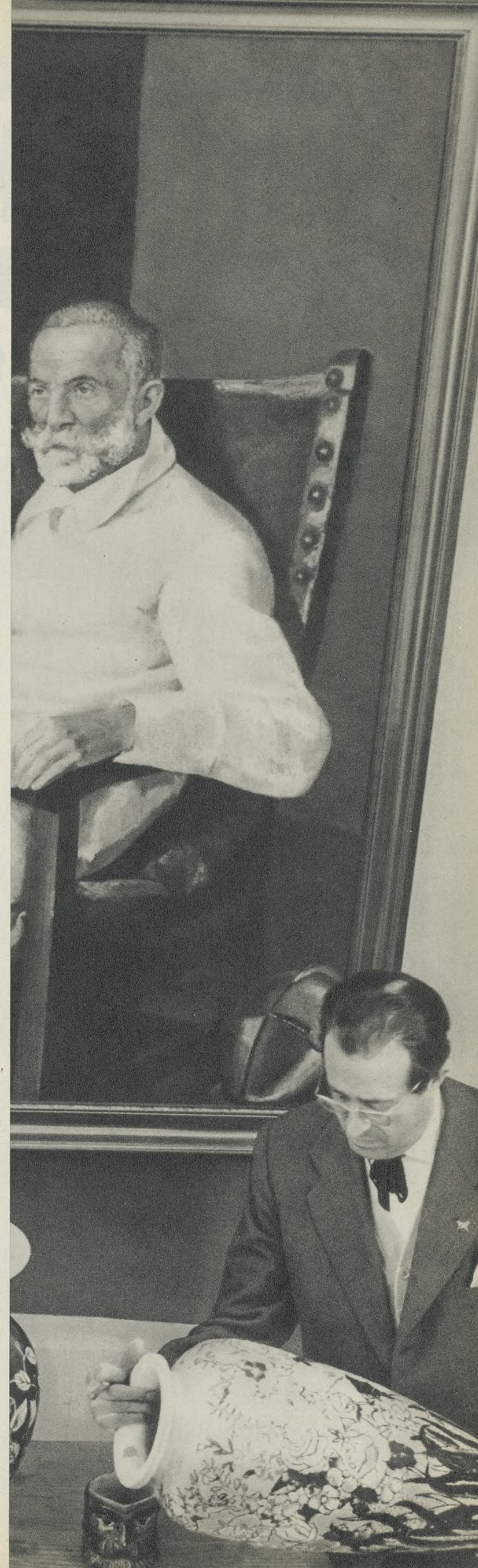
El director de la Escuela, don Jacinto Alcántara, consumado artista y técnico de la cerámica. ▶

sinceramente que no sirve para ceramista. No se puede entretener inútilmente a una persona que necesita aprender con prisa para colocarse rápidamente.

Pero aunque el núcleo central del alumnado procede de clases económicamente débiles, hay otros sectores que han solicitado ser admitidos en la enseñanza. Así, por ejemplo, hay un grupo de la Escuela de Bellas Artes de San Fernando, al que llaman en la Escuela los *existencialistas* y que se distinguen notoriamente por sus dibujos modernistas. Hay también un gran contingente de extranjeros, cada vez en aumento, y que en este curso ha llegado a 33.

La Escuela, en fin, desparrama anualmente por España un personal magníficamente capacitado, que está ayudando a elevar notablemente nuestra industria cerámica, que, con una inversión del orden de los 5.000 millones de pesetas, está moviendo anualmente una producción de los 1.100 millones. España cuenta actualmente con 92 fábricas importantes a plena producción y que necesitan imperiosamente de personal especializado. Este personal sólo puede provenir de un sitio: de la Escuela de Madrid, que creara, allá por 1914, don Francisco Alcántara, ayudado de cuatro amigos.

M. LUCENA SALMORAL
Fotografías: Europa-Press



Flamencos en Tokio

●スペイン文化使節
アレグリアス舞踊団
"情熱"の芸術、英佛にスペイン・ブームをまき起して来日・豪華公演！
アルフレッド・ヒル
ピラル・デ・オロ
ヘスス・ロモ
マリア・カルメン・ラミレス
ルイス・ルエダ
サムエル・マルティン
主催 太平洋テレビ
後援 スペイン大使館
文部省
協賛 八欧電機
正月6·9·10日昼2時夜6時
正月7·8日昼2時夜6時

HACE dos años fué una película —Marcelino Pan y Vino—la que triunfó. Y triunfó además con el «shock» de la sorpresa. La película vino a caer en tierras japonesas yo diría que casi por equivocación. En este país, por donde desfilan las mejores producciones mundiales, no se conocían las españolas. La calidad y belleza de «Marcelino» constituyó por eso una verdadera sorpresa. «¿Por qué no vienen al Japón más películas españolas?», fué la pregunta de muchos.

Ahora, en 1960, el triunfo ha sido no del celuloide, sino de 30 artistas españoles de la canción y de la danza, que llegaron a Yokohama el 4 de enero: la compañía de folklore español Alegrías de España. Más de 2.000 personas se hallaban en el muelle, y allí mismo, entre ramos de kimonos, repiquetearon jubilosamente las castañuelas y se bailaron las primeras sevillanas.

Sin embargo, a diferencia de «Marcelino», su venida al Japón no fué ni por equivocación, ni fortuita, ni nada fácil. El Centro de Estudios Hispánicos de la Universidad «Sofía», de Tokio, interesado en estrechar las relaciones culturales entre el Japón y España, sabe muy bien lo dificultoso que fué encontrar un empresario y cuántos meses de trámites fueron necesarios hasta lograr que España, con sus «alegrías» y con su arte, hiciera su aparición en el puerto de Yokohama. Nunca una compañía de artistas españoles de este volumen había venido al Japón, y los empresarios, ante lo desconocido, tenían miedo al fracaso. Además, el corte y estilo que descubrían no se casaba con la imagen que los japoneses tenían formada de España. En sus programas traían canciones y danzas de Valencia, de Vasconia, de Castilla, de Cataluña, de Galicia, de Asturias... Y nada de esto sonaba a sus oídos. España, para los japoneses, era sólo flamenco y gitanos, sólo flamenco y gitanos, y éstos desmelenados y trágicos. La imagen creada por la ópera «Carmen», de Bizet, y por películas extranjeras: «Orgullo y pasión», «La maja de Goya», etc.

Afortunadamente, el fino sentido artístico y el acierto de los directores y organizadores de Alegrías de España hicieron el triunfo, sin concesiones ni mixtificaciones, con la auténtica danza y canción folklórica del pueblo español. La reacción del público fué en todo mo-

Cartel de anuncio de los bailes y canciones españoles que se presentaron en Tokio. Esta ha sido una de las mejores embajadas culturales españolas de los últimos años por tierras orientales. Los japoneses tienen una fina sensibilidad para captar en este arte las características españolas, que no son tópicas, sino que revelan el auténtico espíritu.

mento entusiasta—a veces delirante—, rompiendo los comunes cánones japoneses en esta clase de espectáculos.

Dos meses permanecieron los artistas españoles en el Japón, batiendo con sus 40 actuaciones el récord de las compañías extranjeras que hasta la fecha han pasado por este país. Una tarde, en Matsuyama, fueron 8.000 espectadores; otra, en Nagaoka, fueron 11.000...

El paso de Alegrías de España por el Japón ha dejado una estela de impresiones y recuerdos que difícilmente se borrará. Los japoneses han podido conocer a España directamente a través de sus artistas y han saboreado el embrujo y la gracia de su arte. Lo que han visto, para unos ha sido una revelación, para otros un desconcierto; el desconcierto del que se encuentra con que es lo que no pensaba y con que tiene que corregir las líneas de una imagen que ha resultado falsa. Por encima de todo, ha sido un triunfo.

No dudamos de que esta corriente de simpatía y acercamiento entre el Japón y España se irá consolidando de día en día, y de que para ello España «exportará» más y más la rica vena de su arte popular.

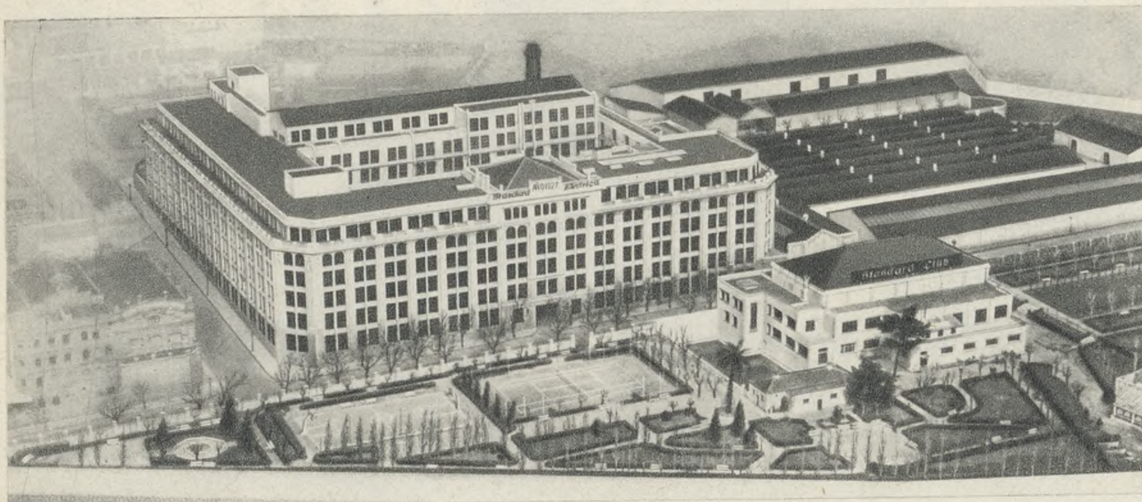
Enrique R. AYUCAR, S. J.

(Director del Centro de Estudios Hispánicos de la Universidad «Sofía», de Tokio)

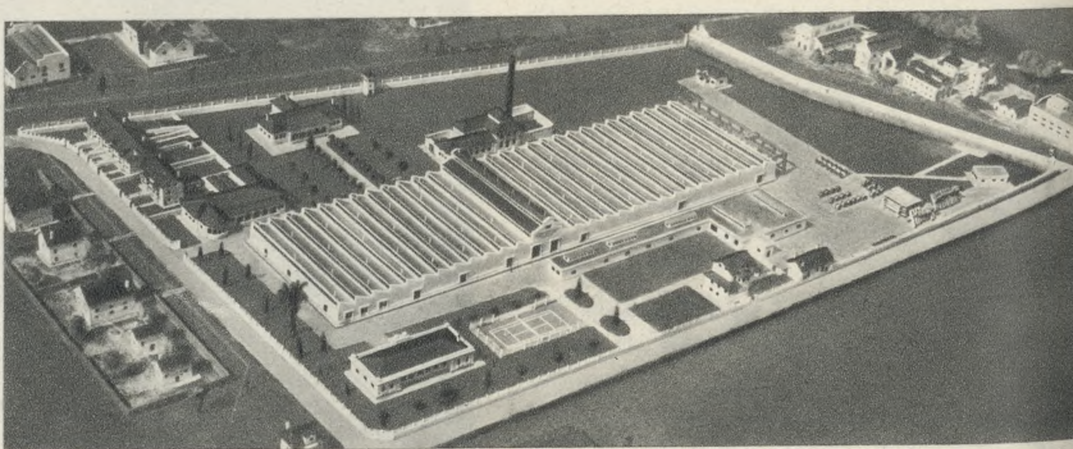




Tres instantáneas de esta interesante andanza española. De arriba abajo: Los artistas del baile y la canción española a su llegada a Osaka, donde cosecharon un ruidoso triunfo.—Lindas japonesitas, ataviadas de kimono, obsequian a los artistas españoles con ramos de flores.—Mari Carmen Ramírez, tiple lírica de la compañía española, firma autógrafos para sus admiradores japoneses.




Teléfonos
Standard
Cables



LA SUCURSAL DEL RASTRO MADRILEÑO

(EXCLUSIVO)



PARA numerosos californianos que viven en la zona de Los Angeles, las tardes del domingo no se dedican al reposo, sino al chalaneo. Resulta que los norteamericanos, tan apegados a la doctrina del precio fijo, tienen una secreta tendencia hacia las delicias de regatear en el mercado. Sin embargo, los norteamericanos no quieren ser consi-

derados profesionales de esta actividad, sino meros aficionados. Por eso relegan su práctica a las tardes de los domingos.

Esta afición está tan extendida y resulta tan provechosa, que muchos cines al aire libre para espectadores que contemplan la proyección desde sus automóviles, o motocines, han encontrado una fuente de ingresos suplementaria, convirtiendo sus recintos, durante unas horas, en algo muy parecido al celebrado Rastro madrileño.

En estos «rastros» californianos los habitantes de aquellas latitudes compran, venden, regatean, chalanean y cambalachean a su placer. Los artículos expuestos son variadísimos, y es difícil que el visitante, después de recorrer los numerosos puestos, se marche con las manos vacías. Allí hay desde zapatos hasta ametralladoras y desde latas de conservas hasta pianos. Pero, como es de ritual en los «rastros» peninsulares o ultramarinos, es difícil que el comprador que va a tiro hecho encuentre lo que busca. Precisamente la gracia de estos mercadillos es ésa: el primer sorprendido de lo que se compra es el propio comprador.

En esta traducción al norteamericano del Rastro madrileño, los compradores y los vendedores se aglomeran en la pista de estacionamiento de vehículos. Junto a los puestos repletos de los más heterogéneos artículos se establecen mesas de juego y merenderos. Hay lugares donde dejar a los niños, mientras sus progenitores se dedican a un *chauchau* que no harían mejor en el más caracterizado de los zocos berberiscos.

Es de ritual no pagar nunca el primer precio pedido ni el segundo, y a veces ni el tercero.

«Entre y regatee», es el lema de todos estos «rastros» californianos. Es indudable que las diferencias de costumbres entre los pueblos no son tan pronunciadas como muchas veces se nos quiere hacer creer.





Los domingos por la tarde, los californianos se dedican a regatear en uno de los muchos «rastros» que se establecen en la zona de Los Angeles.

Cómodamente sentado en el portamaletas de su coche, este deportista californiano exhibe distintos rifles de caza en espera de comprador.

Una aprovechada discípula en el arte del regateo. Indudablemente, será una gran maestra en esta difícil pugna, que es la salsa del comprar y vender.



En los «rastros» californianos proliferan los jugadores profesionales, que practican los más diversos juegos de azar. El azar, claro, es para el público.

4 fotos sueltas





A la izquierda: El director del Instituto de Cultura Hispánica de Madrid, durante el discurso pronunciado para conmemorar la Fiesta del Libro, en el acto celebrado ante el monumento a Cervantes en la capital de España.—A la derecha, y de arriba abajo: Inauguración oficial del primer Consulado de Guatemala en Quebec. Inauguración del monumento a Isabel la Católica en Puerto Príncipe, con asistencia del embajador de España y miembros del Consejo Municipal. Clausura de un importante ciclo de actos culturales organizado por el Instituto Caldense de Cultura Hispánica, de Caldas (Colombia), en la ciudad de Manizales.





"PRÊT À PORTER"

«Dispuesto para llevar.» «Uso inmediato.» Las necesidades de la vida actual han incorporado este nuevo concepto en la manera de vestir. El tabú de las prendas hechas—comprarse algo hecho era inadmisible para nuestras madres y apocalíptico para nuestras abuelas—ha pasado a la Historia.

Aquellas damitas de escasos recursos que gastaban horas y horas sobre el maniquí de mimbre ajustando cuatro trapos para tratar de pasarlos, sin que nadie se lo creyera, como confeccionados por una buena modista, han variado por completo el rumbo.

Hoy las mujeres trabajan en las más variadas profesiones. No tienen que simular sobre su situación, porque ésta está admitida por completo y con elogio. Viven de su trabajo y, en muchos casos, ayudan a su familia... De lo único que suelen andar mal es de tiempo.

Prêt à porter debió de nacer pensando





VISITA EL ZOO

Por HELIA ESCUDER

en ellas; París, la ciudad que más se preocupa por la mujer, en todos los aspectos, se dió cuenta inmediatamente de esta necesidad. No solamente hacía falta crear este tipo de confecciones, sino que, además, era necesario que fueran de buen gusto, modernas y bien hechas; y, desde las *boutiques* de los grandes hasta los almacenes provincianos, miles y miles de prendas se alinean en los colgadores, resolviendo necesidades, haciendo posible que en media hora pueda equiparse una mujer de pies a cabeza, ya sea para un día de *camping*, ya sea para el invierno entero, con fiestas de sociedad y deportes de sierra, todo incluído.

Y como el mundo se nivela rápidamente, en el *prêt à porter* se resuelven necesi-

Modelos "Uso inmediato" de GALERIAS PRECIADOS









dades de los más opuestos extremos sociales. Hoy no es raro ver—sobre todo en las provincias catalanas—a una muchachita llevando su cabra a comer a una pradera vistiendo pantalones y blusa de deporte con tanta gracia, que, con su pradera y su cabra, podría ser una perfecta portada para revista de modas. Y como contrapunto, en el otro extremo, también es muy frecuente que la niña universitaria, dueña de la gran finca de al lado, baje a pescar a las rocas con unos pantaloncitos y una blusa del mismo origen, y que también ella componga una página de *Elle* o *Life*.

Prêt à porter («inmediato uso») trae a las páginas de nuestra revista esta nueva modalidad por primera vez. En sucesivas temporadas volveremos a informar de ello a nuestras lectoras.

Fotografías: BASABE

DORA ISELLA RUSSEL, *poetisa uruguaya*

«Dora Isella parece traer a la poesía americana un acento no escuchado, a la vez vehemente y exhausto.» (Ventura García Calderón.)

VERDADERAMENTE. Se necesita una vocación total y una seguridad de sí misma asombrosa para salir a la poesía, brotar a la poesía, cuando estaba lleno el aire de la voz sin rival de Juana de Ibarbourou y aún resonaban los ecos calientes, sensuales y funerales de la voz de Delmira Agustini. Sólo una poetisa total—ser y forma—podría decir donde aquellas dijeron.

Hubiera podido seguirlas, "intentarse", en el torrente vital o en la tormenta desatada que fué la obra de sus maestras citadas. Mas ello habría demostrado pronto cuán falta de propia personalidad estaba ella, la joven; y como no era así, como Dora Isella sabía lo que quería y cómo, su voz nueva se desgajó de las obligadas ramas, para destacarse, libre y señora, en un ámbito propio.

Lo que indiscutiblemente queda de común a todas las poetisas hispanoamericanas es la fluencia inagotable del verbo, la enorme facilidad para contar y cantar, la generosidad sin límites en el decir. Demasiado jóvenes para conocer, de verdad, el pesimismo de la tristeza y de la experiencia irredenta, mantienen, con palabras maravillosas, con palabras en inagotable nacimiento deslumbrador, el volcán lírico siempre activo. Por ninguna de ellas—ni por Delmira, ni por Juana, ni por Dora...—pasó el frío estremecimiento del "¿para qué hablar después de todo?", que sigue a las auténticas experiencias de dolor estéril. Quédese para los viejos troncos de las razas el aforismo, el condensado "haikai", el lamento breve y pobladísimo de historia del "cante jondo" español. Dora Isella, joven y fuerte, de juventud espléndida y hermosa—como nos cuentan sus cronistas y sus retratos nos prueban—, aunque diga que está sufriendo, que apenas si quiere saber de algo que no sea todo el universo, contiene alegría; alegría de plétora, de fervor, de apasionamiento positivo, de entrega generosa a todo cuanto tocan sus ojos o sus manos. Por eso su poesía, manantial que no se agotará fácilmente, ofrece y ofrece hasta colmar la sed de generaciones.

Si estas palabras mías, de lectora y amiga de Dora Isella Russell, fueran solamente para España, yo tendría que extenderme prolijamente en la descripción de la personalidad de mi amiga, porque, aunque entre nosotros todos se la admira y conoce debidamente, aún nos quedan masas que ignoran a los propios poetas nacionales más puros. Pero mis palabras irán a una revista que tiene como finalidad alcanzar América, y en América todos los que saben leer conocen a Dora Isella. No obstante, al final pondré unas noticias bio-bibliográficas de la autora, para refrescar memorias si necesario fuere. Y una pequeña antología de sus poemas, que estimule a quien no la conozca todavía a buscar sus obras.

Lo más importante de la poesía de Dora Isella Russell es su riqueza, tanto «física» como espiritual. Pues no se trata solamente de riqueza verbal, de ideas, de sentimientos, sino de una vasta riqueza de intuitivos reinos, cuyo dominio se ejerce a través del llanto, cuya propiedad se obtiene gracias al dolor de saber sentir y presentir. No sería poeta importante si su voz se quedara prendida en las cosas amables y visibles que informan nuestra vida diaria; ni si su canto permaneciera adscrito a la queja por todo lo que se nos pierde a cada segundo. Para ella hay misterios que descifrar, en todo; para ella hay provincias inmensas en los silencios y en las soledades del alma; para ella, sensible y alerta a la música de las esferas, hay una larguísima historia en cada palabra dicha por boca de criatura. Y urge desentrañar esa historia; hay que comprenderla y hacerla comprender pronto, arrebatadamente, con la prisa que los elegidos ponen en penetrar el secreto de las cosas.

Desde esta juventud inaccesible,
desde mi tiempo alucinado y manso,
fluye de nuevo el llanto incontenible
del manantial oscuro y sin descanso...

...Busco la soledad que siempre llevo
como fundida en torno de mi historia;
la sola fuente donde acaso bebo
de un agua sosegada y sin memoria...

(*Tiempo de soledad*, «Oleaje».)

Ahí tenéis a una poetisa que en bien poco se parece a sus colegas de las mismas tierras, pues estos versos resuenan como dichos desde un buen siglo de la mejor poesía española, vecina íntima de la mística. El ardoroso trópico—geográfico y anímico—que exaltó a las ninfas líricas de esos jardines sin medida posible, rayanos en selva divina, que pueblan el ultramar, se remansó tanto en Dora Isella que le llegó como base de feracidad verbal; dejándole, ¡ay!, entreabierta la puerta del abandonado paraíso. Y las viejas salmodias eclesiásticas son las que rigen labios adentro; y la eterna experiencia, que para sus hermanas las poetisas hispanoamericanas sonrió y gozó de amor, se remansa en Dora Isella y aflora grave, si no parcamente, en general.

Dora Isella Russell es una luz en camino, permanentemente. Por serlo, rebasa la poesía, rebasa la prosa lírica, y se derrama en ensayos literarios, en crónicas periodísticas, en noticias de seres y de cosas, que su luz ilumina y que su camino alumbra. El exceso de riqueza abarca todos los géneros literarios. La poesía, señoreándolos. Y es un cuadro de Goya, es la conducta de un hombre, es el aprendizaje de una adolescencia, es la contemplación de una calle, de un país... ¿Qué no le diría su mensaje a esta escritora? Porque quiero destacar también de su personalidad la cada día más rara virtud humana: la cordialidad. Una actitud cordial ante la vida y las criaturas; interés por sus problemas, prodigalidad de su afecto en ayudar a resolverlos, expectación vibrante ante el suceso humano que a tantos les cuesta aprender y comprender, condescendiendo. Semejante envergadura moral forzosamente habrá de regar con sus luces de paz la melancolía—por todo, por nada, porque sí; como el *Pablo* de Miró cuando tocaba las rosas deshojadas—de la singular poetisa uruguaya, honor de nuestra lengua.

Resulta simpático comprobar que las poetisas uruguayas viven entrañablemente ligadas a los seres de su familia, como si quisieran hacer de ellos el ancla firme que las sujetara en su vertiginoso escapar hacia el auténtico mundo astral a que pertenecen. Así, nos llegó la noticia de la quizá excesiva ligazón de Delmira con su madre; la abnegada entrega de Juana, y ahora, la unión íntima de Dora Isella con sus padres. Difiero del concepto, no sé si transnochado—y ahora violentamente puesto en vigor—, de que el «artista» debe ser un monstruo de egoísmo y de frialdad humano-familiar si quiere lograrse a sí mismo. Pienso que cuanto más se da, desinteresadamente, más se tiene. Sólo se lleva lo que se deja. Por eso, al leer esta poesía repleta de vida, de ansiedades, de inquietud, de ensueños, de amor, de sufrimiento amoroso, que soporta heroicamente la catapulta de feroz lanzamiento—si se lanzara—, sonrío. Más allá de todo esto hay una raíz hispánica profunda, religiosa, mal que no lo quieran entender o lo nieguen algunos; aunque con esa religiosidad tan pura que es todo un universo mejor que una palabra.

CARMEN CONDE

CREENCIA

¿De qué recuerdo he de valerme cuando,
al fin, mi juventud sea un recuerdo?
Sé que no ha de volver lo que ahora pierdo
ni me darán lo que ahora estoy buscando.
Este es mi hoy; mas vivo regresando,
y estoy en el perpetuo desacuerdo
del loco corazón y el amor cuerdo,
echados al camino que desando.
Los cuatro rumbos a mi sangre pido:
sur del deseo, norte de la pena,
este del llanto, oeste del olvido;
por talismán, un trozo de cadena;
por patria, el cautiverio preferido.
Y acaso creerme que la vida es buena.

BARCO INTRASCENDENTE

Eché un barquito de papel al río.
Tu nombre, escrito al filo de la prora.
Sobre la vela dibujé un «ahora»;
crujió en la quilla un imposible «mío».
Fué por la ruta de mi desvarío;
no llegó al mar ni conoció la aurora.
Sombra, tormenta, desazón, demora.
Y el mismo barco sobre el mismo río.
Algún grumete contará su historia:
«Fué un bajel de naufragios que no pudo
llegar a puerto, conquistar la gloria,
echar el ancla, deshacer el nudo,
y encallado a traición en la memoria,
perdió el marino corazón desnudo.»

LA UNICA VERDAD

Ando libre de pena y de alegría.
Un hueco de silencio por almohada;
una cuota de cielo limitada,
muy parecida a la monotonía...
Decapité la fe, la profecía
de la ventura eterna, la frustrada
rosa de amor en beso amortajada.
Y en mi costumbre de melancolía,
una herida sin tiempo y sin olvido
reabre en desamparo la ironía
de un júbilo ganado y ya perdido.
¿Y dónde aquella sed que renacía,
y la risa dichosa y sin sentido?
Sólo es verdad que moriré algún día.

Dora Isella RUSSELL

Festival Internacional del Cine de San Sebastián

EL FESTIVAL INTERNACIONAL DEL CINE DE SAN SEBASTIAN ha creado para el presente año tres nuevas modalidades en sus manifestaciones: el Mercado del Cine de Habla Castellana, una Competición Internacional de Escuelas de Cinematografía y una Exposición Internacional de la Prensa y el Libro Cinematográficos.

EL FESTIVAL INTERNACIONAL DEL CINE DE SAN SEBASTIAN, aspirando a ser el lazo de unión de las cinematografías de habla castellana, crea el MERCADO DEL CINE DE HABLA CASTELLANA, con carácter particular, para ofrecer a los países hispánicos la oportunidad de ponerse en contacto con el mercado europeo para la venta de sus películas, tanto de largo como de corto metraje, y de filmes destinados a la Televisión.

Los servicios de esta Sección que el Festival pone a disposición de los productores hispanoamericanos son los siguientes:

a) Oficina de INFORMACION, mediante la cual, en todo momento, se ofrece a los productores, exhibidores, distribuidores, técnicos, actores, etc., toda aquella información y datos que necesiten para un posterior desenvolvimiento de sus actividades en Europa.

b) Oficina de RELACIONES PUBLICAS, que, como complemento de los servicios de Información, verificará los enlaces necesarios y solicitados.

c) DEPOSITO ARCHIVO de copias y material de propaganda, a disposición de los que lo deseen, e integrado en los lugares y dependencias preparadas especialmente para este fin, de forma que todo productor o distribuidor hispanoamericano que lo desee, podrá enviar una copia de su producción cinematográfica consignada al Festival de San Sebastián. El Festival se hace depositario de dichas copias, correspondiendo en todo momento su propiedad y disposición a la persona o entidad que las enviara.

d) ALMACENAJE Y VIGILANCIA de las películas durante el período de permanencia en los almacenes del Festival.

e) DEPENDENCIAS ACONDICIONADAS, en las que los productores hispanoamericanos que lo soliciten podrán celebrar reuniones para sus operaciones comerciales.

f) BOLETIN INFORMATIVO quincenal, enviado a todos los países del mundo, y en el que se insertarán título y datos de todo filme presentado.

g) La revista «Festival», a través de la cual se dará noticia de los filmes presentados en esta Sección.

El número de películas que cada productor o distribuidor puede presentar al «mercado» es ilimitado. Será suficiente con que presente una copia de cada filme, acompañada del correspondiente material publicitario e informativo (ficha técnico-artística, argumento, fotografías, etc.) que estime conveniente.

Los gastos de envío y seguro hasta la aduana donde quede depositada la película serán por cuenta del productor.

Películas y material deberán ser enviados a: FESTIVAL INTERNACIONAL DEL CINE (MERCADO DEL CINE DE HABLA CASTELLANA). SAN SEBASTIAN (ESPAÑA).

El Festival organizará las proyecciones comerciales que le soliciten y en la ciudad—dentro de España—que más interese. Para las proyecciones que hayan de efectuarse fuera de España, el Festival se encargará de enviar los filmes a la ciudad o lugar que le sea ordenado.

Para atender los gastos de la primera proyección (en España), correos, telégrafos, transporte de la película hasta la ciudad en que deba ser proyectada, etc., los productores abonarán un canon de pesetas 1.500 por cada film de largo metraje y 500 pesetas por cada filme de corto metraje.

Los gastos originados por sucesivas proyecciones correrán a cargo de los productores que las solicitaran.

Las remisiones de fondos deberán efectuarse a través de los bancos con sede o sucursal en San Sebastián y a nombre del FESTIVAL INTERNACIONAL DEL CINE DE SAN SEBASTIAN (MERCADO DEL CINE DE HABLA CASTELLANA).

La «I COMPETICION INTERNACIONAL DE ESCUELAS DE CINEMATOGRAFIA» tiene como finalidad estimular la formación de valores jóvenes que puedan aportar una renovación del arte cinematográfico, permitiendo a la par establecer contactos de positivo interés para el mejor desarrollo de las escuelas, de sus actividades y de la cinematografía en general.

Se celebrará del 6 al 9 de julio de 1960. Podrán concurrir a ella aquellas escuelas que, reuniendo, a juicio del Comité ejecutivo del Festival, las condiciones propias de los Centros o Institutos consagrados a la enseñanza cinematográfica, sean expresamente invitadas para ello.

Cada Escuela participará en el Concurso con UNA SOLA película, que necesariamente será aquella que sus alumnos hayan realizado como ejercicio final en el actual curso.

Fuera de la competición, y para ser proyectadas a título informativo, las Escuelas podrán enviar hasta tres películas más.

Las películas presentadas en competición deberán reunir las condiciones siguientes:

a) Haber sido totalmente realizadas por los alumnos de cada Escuela.

b) Haber sido rodadas en el presente curso y en banda de 35 mm.

c) Ser presentadas en versión original. Deberá enviarse la traducción íntegra en español del diálogo o comentario si lo hubiere.

d) Los films participantes deberán estar en San Sebastián, en poder de la Dirección del Festival, ANTES DEL 25 DE JUNIO DE 1960.

Un Jurado internacional, designado por el Comité ejecutivo, compuesto por cinco personalidades cinematográficas, otorgará premios a:

Mejor película, mejor dirección, mejor guión, mejor fotografía, mejor interpretación femenina, mejor interpretación masculina.

Las votaciones para la adjudicación de los premios serán secretas y las decisiones se adoptarán por mayoría de votos.

Un diploma de participación será entregado a cada Escuela concursante.

El Comité del Festival podrá rechazar cualquier película que hiera un sentimiento nacional o que no responda a los fines que se persiguen en esta competición.

Una copia de cada una de las películas que hayan merecido alguno de los galardones que se especifican en el artículo 7, quedará como donación en la Filmoteca del Festival Internacional del Cine de San Sebastián. El Comité ejecutivo del Festival agradecerá a los demás concursantes que hagan donación, con el mismo destino, de una copia de la película por ellos presentada.

Todos los envíos de películas, material de información y correspondencia, deberán ser dirigidos a FESTIVAL INTERNACIONAL DEL CINE. Competición Escuelas. SAN SEBASTIAN. ESPAÑA.

Señal de libros

La Editorial Rialp viene publicando una interesantísima serie de obras con el título *Libros de cine Rialp*, de las que hemos dado noticia a nuestros lectores en estas páginas. Hoy queremos recoger otros dos libros importantes, recién salidos a la luz y que hacen los números 19 y 22 de la colección: *La iluminación cinematográfica* y *El guión de televisión.*

Son autores de estas obras A. Golovnia y Angelo D'Alessandro, respectivamente, personalidades conocidísimas en el mundo del cine y de la televisión. *La iluminación cinematográfica* comienza con una historia de la evolución de la imagen en blanco y negro, para tratar después —en seis capítulos y de una manera casi exhaustiva—todos los aspectos de la iluminación aplicada al cine. *El guión de televisión* es, asimismo, de enorme utilidad para entender y aun abrirse paso en este nuevo mundo de la televisión. La traducción de las dos obras es, como en las anteriores, correctísima, y avala el texto una antología de imágenes muy acertadamente escogida.

* * *

El doctor Manuel Pujadas Días se deja leer periódicamente en la prensa diaria puertorriqueña tratando temas de muy variado interés, alternando así su destacada actividad médica con la literaria. Recientemente realizó un viaje por Europa, del que ha dejado constancia a los lectores de habla española en un pequeño libro de gran interés, y que ahora acaba de aparecer en Barcelona. Desde marzo a agosto de 1958, el doctor Pujadas paseó su inquietud por España, Francia, Bélgica, Holanda, Alemania, Suiza, Austria, Italia y Portugal. La obra que ha resultado de este viaje es de una galanura extraordinaria, y los capítulos dedicados a España dejan traslucir el gran amor de este defensor de la cultura hispánica que es don Manuel Pujadas.

* * *

La tradición de los médicos literarios se mantiene firme en nuestros países y nos proporciona, de vez en cuando, obras permanentes, de trascendencia indiscutible o de subidos valores literarios. Es ahora un médico español—el doctor Antonio de la Granda—el que nos ofrece su cuarta obra: *Los fantasmas del doctor Menuchi.* El mundo siempre lleno de interés de la medicina, protagonista de tantas obras notables, aparece aquí de nuevo dibujado por la mano maestra de Antonio de la Granda. Como en un verdadero caleidoscopio en el que el fondo fuese común, *Los fantasmas del doctor Menuchi* configuran, en la gran variedad de sus capítulos, la maestría del autor, su valiente preocupación por reflejar el interés humano de los temas que trata y el sabio conocimiento de la arquitectura literaria, que hace de esta obra del autor una superación de sus tres anteriores: *Barro humano, La mujer de treinta años* y *El desván de un cerebro.* El libro está publicado por la Editorial Victoriano Suárez.

* * *

Los lectores de MUNDO HISPÁNICO conocen ya la maestría descriptiva de la escritora colombiana Judith Porto de González, de la que publicamos, no hace mucho, la narración *Manos limpias.* Ahora acaba de aparecer, editado por la Dirección de Educación Pública de Bolivia, un libro en el que se recogen *Doce cuentos*, los más de ellos «episodios de ocurrencia diaria», que adquieren un singular interés por la forma como son presentados y analizados.

estafeta

VACACIONES EN INGLATERRA.—Archer's Court, Hastings. Tel. 51577. Perfeccione inglés en Hastings, pueblo simpático, habitantes amables, estancia campestre, quince minutos autobús distante población y playa a dos horas tren de Londres. Pensión completa temporada verano, £ 7.7.0 (1.235 pesetas) semanal; primavera y otoño, £ 5.5.0 (882 pesetas) semanal. Dormitorio salón descanso, agua corriente caliente y fría. Biblioteca. Jardines, arboleda, extensos. Escriban vuelta correo. Con autorización de las autoridades locales de Educación de Hastings, facilitamos también entrenamiento de Secretariado Comercial para estudiantes, a precios reducidos.

JUAN VERRALL LUCAS DE FONSECA. Consulado de España. 25 Layards Road. Colombo (Ceilán).—Desea mantener correspondencia para intercambio de sellos, postales, fotografías, etc., con jóvenes de todo el mundo.

AMPARITO GIL. M. Sacramento, 38, principal. Zaragoza (España).—Desea correspondencia con jóvenes españoles e hispanoamericanos.

ATANASIO ARROYO RODRIGUEZ. Andrés Borrego, 5. Madrid-13 (España). Vende números agotados de MUNDO HISPANICO.

ANGEL AREVALO. Sanatorio Los Montalvos, 2.ª U. Salamanca (España). Y JOSE M. ESTEBAN. Sanatorio Los Montalvos, 4.ª U. Salamanca (España).—Desean correspondencia con señoritas de veintiocho a cuarenta años.

MISS MARJORIE ORME LEWIS. 258, Higman Park. Benton Harbor. Michigan (U. S. A.).—Estudiante de veinte años, desea correspondencia con personas de todo el mundo, en francés, español, portugués e inglés.

CARLOS CARDOZA. 115, 13 th Etreet. Pacific Grove. California (U. S. A.).—Estudiante desea correspondencia con españoles de diecisiete o dieciocho años para intercambio de idioma.

MISS LESLEY J. V. DODWORTH. 79, Sylvia Avenue (hatch end). Pinner. Middlesex (England). De diecisiete años.—Desea correspondencia con españoles para intercambio de idioma, sellos, postales, etc.

MARJATTA KAIJA. Fredrikink, 77 A 29. Helsinki (Finlandia).—Desea correspondencia en francés, inglés o alemán con jóvenes españoles de diecinueve a veinticinco años.

PASSEPONT JEANINNE. Collège Modern de Filles. Albi. Tarn (Francia).—Desea correspondencia con españoles de trece a dieciséis años.

M. J. T. POLANCO. 24 Est-Pro. Tampere. Nasilinnankatu, 23B44 (Suomi).—Desearía correspondencia con jóvenes interesados en Filosofía, en español, inglés, finlandés, italiano o portugués.

ANTONIO DEL HOYO ORTIZ. Reyes, número 15. Madrid.—Desea correspondencia en español con señoritas de cualquier país.

ANGEL MARTINEZ. Apartado 267. Cartagena.—Desea correspondencia con jóvenes hispanoamericanos, portugueses o italianos.

RAFAEL CUMBRE PERALES. Sacramento, 53. Cádiz.—Desea correspondencia con señoritas de todo el mundo para intercambio de postales.

HERCULANO G. P. SILVERIO. Rúa Cándido dos Reis, 24. Porto (Portugal).—Desea correspondencia con muchachas de catorce a veinte años, en español e inglés.

MARIA ANTONIA OLIVER MAYRATA. Marqués de la Fuensanta, 194. Palma de Mallorca.—Desea correspondencia con chicos universitarios mayores de veinte años.

ALICIA E. CARPINELLI. Calle 46, número 379. La Plata (Buenos Aires).—Desea correspondencia con jóvenes españoles, sobre las costumbres—poesía, música, pintura, cultura, etc.—de España.

J. PASTOR. Esperanza a Caridad, 45. Caracas (Venezuela). — Desea correspondencia en español con personas de todo el mundo.

LAURA LOPEZ. Independencia, 373. Buenos Aires. — Solicita correspondencia con jóvenes mayores de veintitrés años, de cualquier país de habla castellana, con fines culturales.

IVAN RONGA. Calle 41, núm. 375. La Plata (Argentina).—Desea correspondencia y cambio de opiniones con estudiantes de Arquitectura de todo el mundo.

FELICIA GUERRA. Sola, 402. Víbora (La Habana).—Desea correspondencia con muchachos y muchachas de toda Europa, en español o inglés.

PEDRO DE ARMENGOL. Casilla de Correos, 101, departamento 13. Corrientes (Argentina).—Desea correspondencia con jóvenes y señoritas de veinte a treinta y cinco años para intercambio de sellos.

MARIA BLANCO. C. Arenal, 9. Gijón (Oviedo). De dieciocho años.—Desea mantener correspondencia con chicos de distintos países en español.

G. DIAZ, E. DIAZ y L. DE ZULATEGUI. Apartado aéreo 106. Cartagena de Indias (Colombia). Estudiantes de Artes Plásticas.—Desean correspondencia en español con jóvenes de ambos sexos. Fines culturales.

FRANCISCO USON ROCHE e ISIDORO LORAS. Calle de Doctor Royo Villanova. Zaragoza.—Desean mantener correspondencia con señoritas de veinticinco a treinta y cinco años.

ELENA SANTALA. Avenida de España, 21. Bisbal del Panadés (Tarragona).—Solicita correspondencia.

ENRIQUE RODRIGUEZ MORALES. Círculo de Amistad Hispano-finlandés. Seinäjoki.—Invita a personas y entidades similares de España, Hispanoamérica y restantes países a intercambiar correspondencia, cintas magnetofónicas con programas culturales, diapositivas folklóricas y fotografías de sus países respectivos. Serán contestados en español, inglés, alemán, ruso, italiano y portugués. Escribir a: Lääninsairaala. Seinäjoki. Suomi-Finlandia.

PIRULA FERRAO. Apartado 2683. San Juan de Puerto Rico.—Desea mantener correspondencia con españoles.

JOSE LUIS LANNEFRANQUE ALBARRAN. Paseo de Zorrilla, 130. Valladolid. De veintidós años.—Desea correspondencia con jóvenes de ambos sexos y cualquier nacionalidad en inglés o castellano.

EMILIA BENITEZ. Avenida General Sanjurjo, 16. León. De veinticinco años. Desea correspondencia con caballero de treinta años en adelante.

JOAN TURLAND. University College Hospital. Huntley St. London, W. C. I. (Inglaterra). Estudiante de enfermera de dieciocho años.—Desea correspondencia con español estudiante de inglés para practicar el castellano.

HYACINTHE CHAUVETTE. 1699 St-Trois Rivières, provincia de Sueber (Canadá).—Desea correspondencia con jóvenes en francés o inglés.

MANUEL RODRIGUEZ. Padre Esplá, número 3, 4.º B. Alicante. CANDIDO MENDEZ. Bazán, 23. Alicante. JOSE DOVESA. Doctor Bergez, 34. Alicante.—Desean mantener correspondencia con muchachas de habla francesa de dieciocho a veinte años.

buzón filatélico

J. NIETO. Paseo de la Florida, 63, 2.º A. Madrid (España).—Envíe cien estampillas de su país y recibirá ciento de España y Francia.

JOSE MANUEL TORNERO ALVAREZ. Narváez, 50, 4.º A.—Solicita canje de sellos de todo el mundo. Escribid.

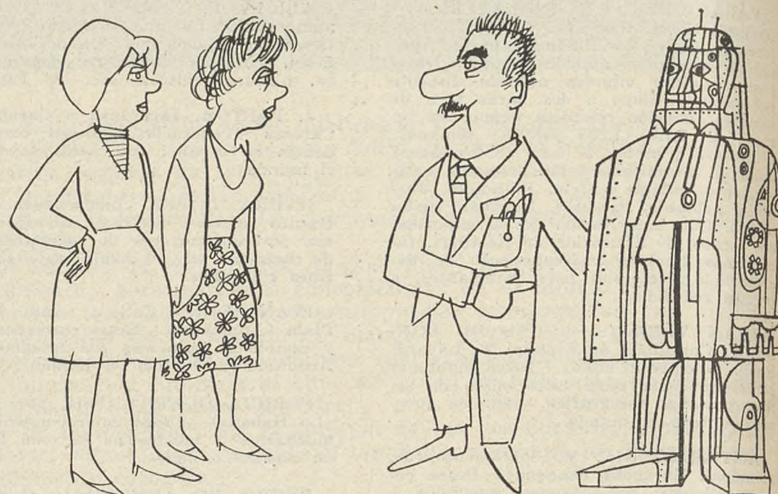
NINFA F. SILVA IPHAR. Catorce de Julio, 437. Tandil (Argentina).—Solicita cambio de sellos de correos.

JUAN M. REYES DIAZ. W. Martínez, 551. Peumo, provincia de O'Higgins (Chile). Acepto canje de sellos nuevos y usados con todo el mundo. También sobre pintorescos y conmemorativos. Vía aérea.

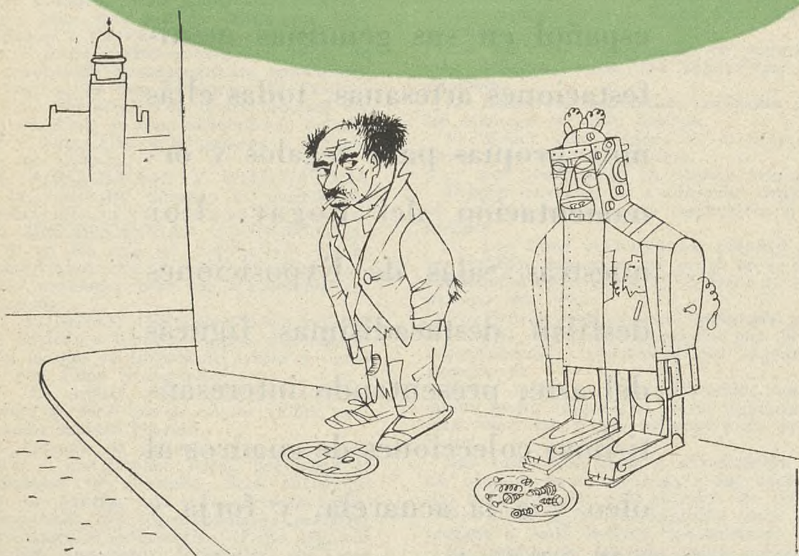
CARLOS LOPEZ RODRIGUEZ. Meléndez Valdés, 43, 1.º Madrid (España).—Envíe cien sellos diferentes de Suecia, Noruega, Dinamarca y Finlandia y recibirá ciento de España e Hispanoamérica.

HUMOR por JULIO CEBRIAN





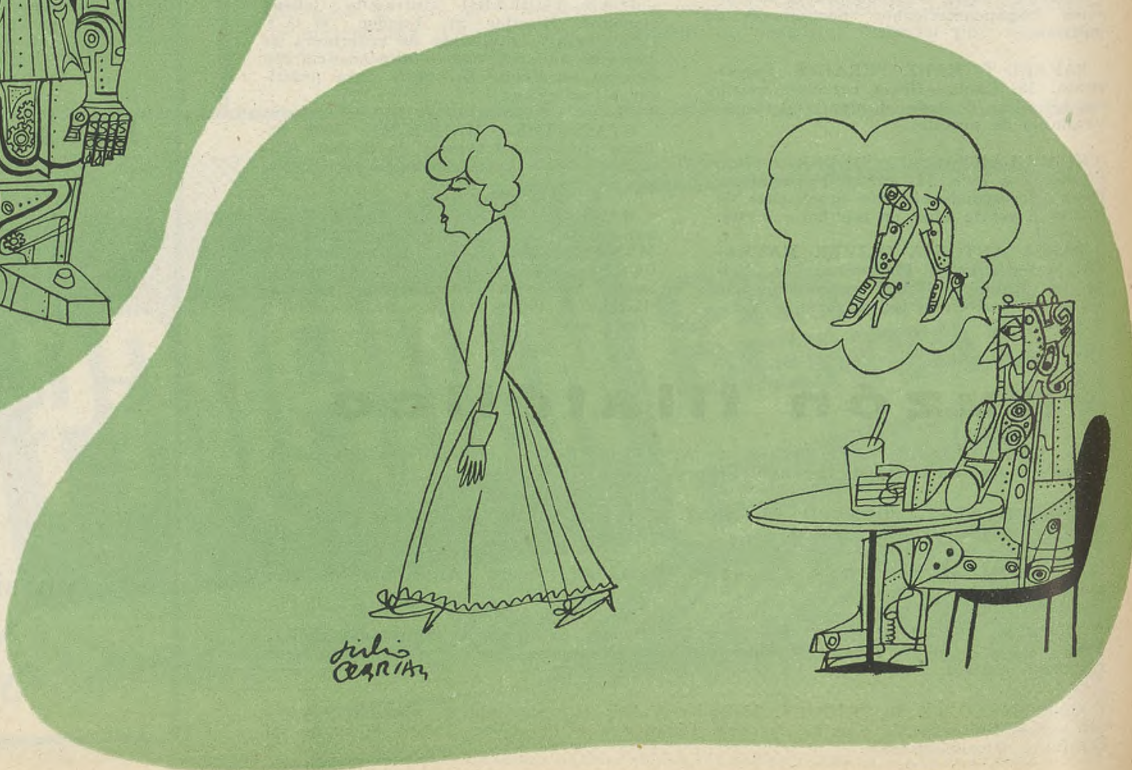
—Os presento a mi amigo Ztkrprkwtx.



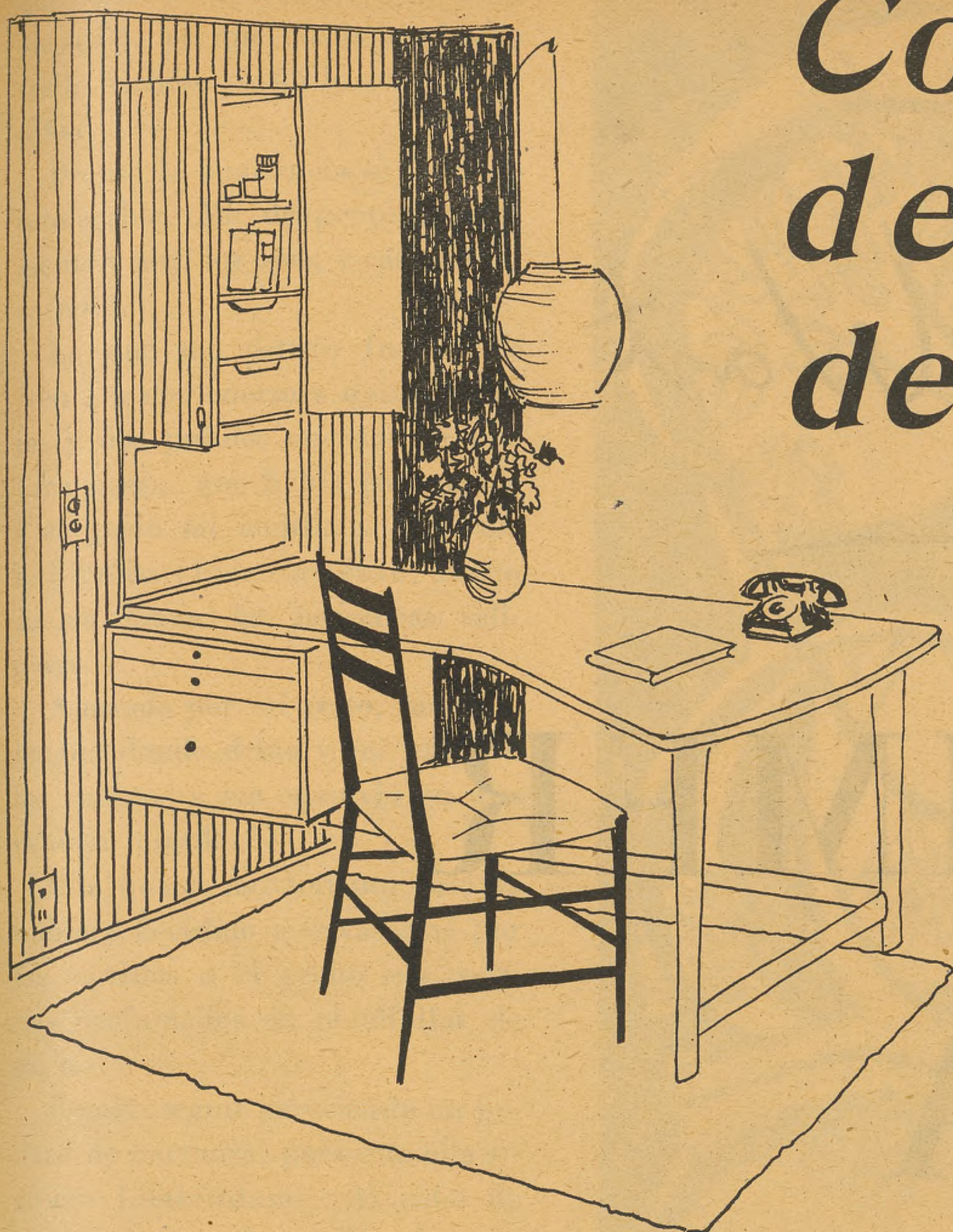


—Está bien, Felipe; no llores más. No te abandonaré.





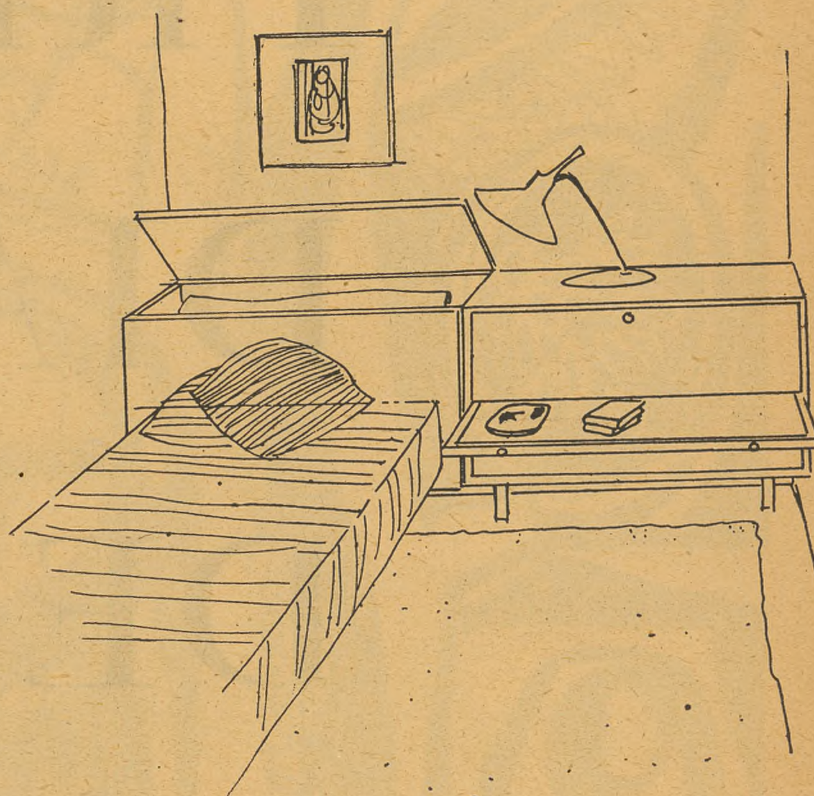
Consultorio de decoración



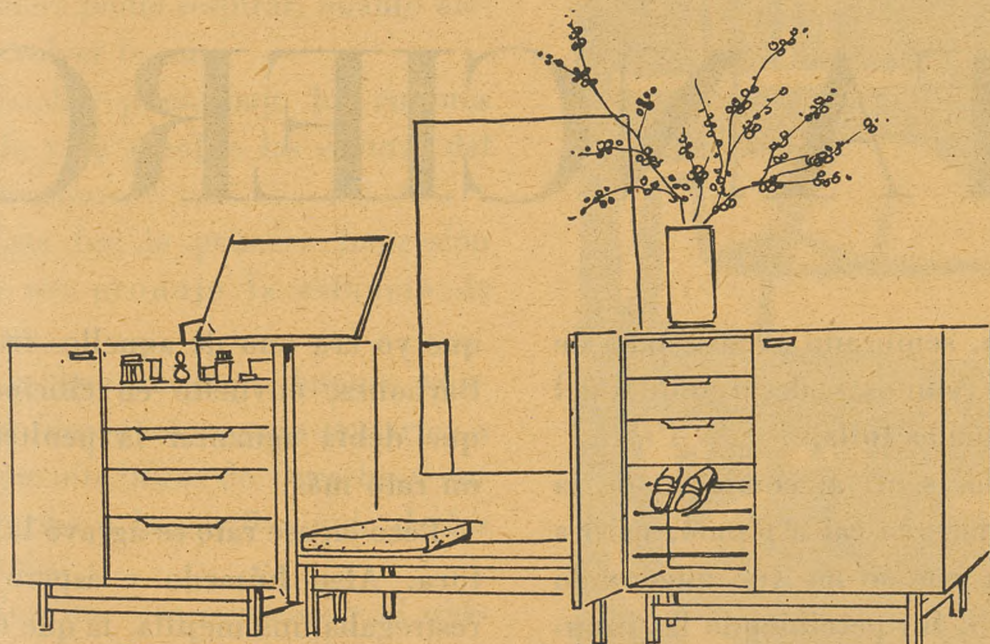
Texto: HELIA ESCUDER
Dibujos: JOSE M.ª TOLEDO

Angelina Saiz, 4.ª del Havre (México D. F.).—A través de su carta, con la consulta que le interesa, veo tanta nostalgia de la patria, para usted tan lejana, que me ha conmovido. Hago firme propósito de tender este puente de correspondencia y hacer todo aquello que en mi mano esté para que usted y todas las mujeres españolas en análogas circunstancias tengan aquí una amiga con quien dialogar siempre que lo deseen.

Y ahora vamos con la consulta. Desde que he abierto esta sección, todas las preguntas giran alrededor del mismo tema: cómo aprovechar mejor poco espacio. Ese lugar—mesa-armario-tablero de dibujo—que necesita para su hijo, creo que puede resolverse en la forma del croquis adjunto. Si la necesidad lo pide, puede ampliar algo el armarito, aunque no mucho, porque el conjunto perdería su equilibrio. No se preocupe, y escríbame cuanto quiera.



Irina (Aranda de Duero).—Como la anterior consultante, usted necesita también un milagro con el espacio de su habitación. Desde luego, sus medidas baten el récord de la escasez. Veremos de conseguir algo práctico con ellas. El testero del fondo, como verá usted en el dibujo, está aprovechado íntegramente para dos armaritos, uno de ellos combinado con mesilla. En el de la izquierda guardará la almohada durante el día para camuflar la cama de sofá. El de la derecha tiene dos compartimientos, y puede servir para guardar objetos de uso personal y constante, como bolsos, libro de misa, guantes, etc. En cuanto a las prendas grandes, tendrá que ponerlas en ese armario del pasillo que me dice, porque en esta habitación no se puede poner nada para guardarlas sin provocar verdadera angustia de estrechez.



Señora de Roda.—Bueno, voy a tratar de interpretar lo que usted me pide: «un armario que no sea armario, que tenga tocador y donde se pueda guardar ropa interior y calzado». Espero que el dibujo sea lo suficientemente claro para responder a la idea que usted tiene del asunto; si así no fuera, amplíeme la pregunta, y volveré a darle nueva solución.

ESCRIBE

Hugo Wast

PRIMER DIA DE ESTANCIERO

La sombra de aquel algarrobo, soberbia reliquia de los bosques desaparecidos delante del arado, era densa y apacible en el bravo día del verano que empezaba; pero el suelo, cerca del tronco, donde me había tendido para dormir la siesta, distaba mucho de ser un buen colchón, sembrado como estaba de ramitas espinosas, desprendidas del enmarañado follaje.

No las sentí al comienzo de la siesta, porque caí a plomo, pero a medida que se me fué aligerando el sueño, fuí percibiendo las innumerables agujitas que se me clavaban en las carnes, y en el duermevela que sobrevino entresoñé que yo era uno de aquellos frailes Barbones, envuelto en cilicios, y que debía aguantar la penitencia un rato más.

Pero en ese rato se agravó la tortura. Algo húmedo y áspero me restregaba una mejilla, la que daba al aire.

Resolví no hacer caso, considerándolo un añadido a la penitencia

que estaba soportando por pura vocación, ya que me había hecho fraile barbón, según lo acababa de soñar.

Pronto la penitencia se me hizo intolerable. Me desperté bruscamente y abrí los ojos, y casi me incorporé.

Lo que me detuvo fué verme frente a dos enormes ojos ardientes y dos pulidos cuernos de una vaca negra, que había encontrado a su gusto mi mejilla y la estaba lamiendo vigorosamente, según suelen lamer las barrancas salitrosas.

Asustada por mi gesto, metió la lengua donde debía y me enristró los cuernos y me envolvió en una rabiosa mirada.

Cualquier movimiento mío la hubiera decidido a envasarme por las costillas o el pecho sus cuernos perfumados en el alfalfar de mi tío.

Resolví seguir pareciendo un pedazo de barranca, para que ella siguiera lamiéndome. Al cabo de cinco minutos de estudio, la vaca se tranquilizó; pensó, tal vez, que había visto mal, y volvió a los lambetazos.

Con gusto hubiera hecho el cristiano ademán de ofrecerle la otra mejilla, porque la que estaba refregando ya no daba más, pero ni siquiera podía respirar, cuanto menos volver la cara.

Estaba, pues, bajo los cuernos de la vaca y sobre las espinas del algarrobo.

Esta fué la primera impresión que me produjo la estancia de mi tío.

Las que vinieron después tampoco fueron como para tentarme a colgar mis libros de Derecho y entregarme a la pacífica vida de los campos.

Con los ojos cerrados y el oído alerta, más muerto que vivo, encomendándome a Nuestra Señora de Aránzazu, patrona del lugar,



escuché los alaridos de una vieja.

—¡Jesús, María y José! La vaca rabiosa se ha metido en el alfalfar y lo está corneando al *niño* Serapio... ¡Corré Abresén a auxiliarlo!

El *niño* Serapio era yo. Tampoco mi nombre me parecía muy lindo, pero correspondía a un verdadero santo, y a él me encomendé para que reforzara mi pedido ante la Santa Virgen.

En esto sentí que la vieja se me

¡Yo estaba salvado!

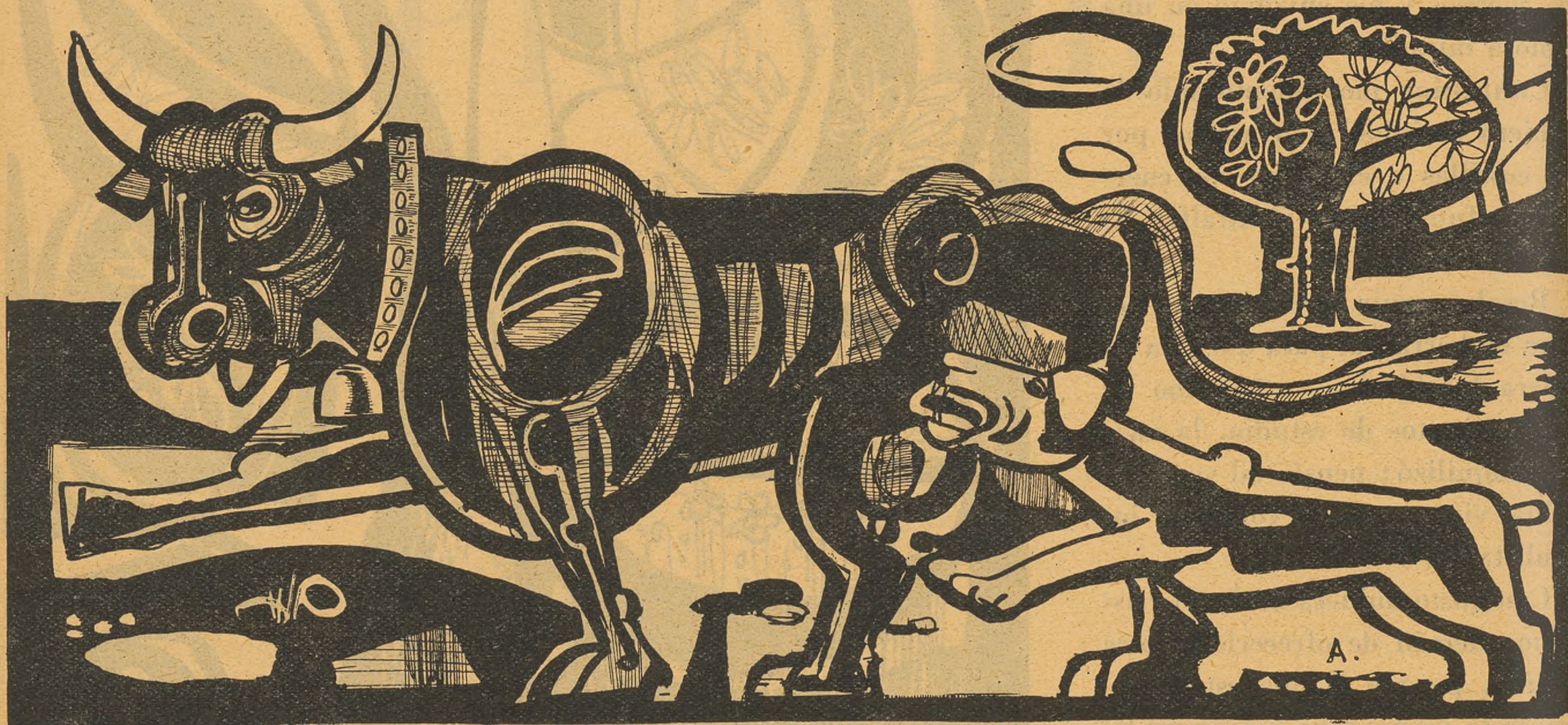
Salvado de la vaca, sí, pero no de *Jueves*, que, sintiéndome vivo después de haberme creído muerto, abandonó la vaca y se me vino al humo.

Yo había oído decir que los perros de buena raza nunca muerden a un muerto; y aunque no había tenido tiempo de averiguar si *Jueves* era de buena o mala ralea, resolví morirme de nuevo, y me dejé caer en el suelo, *come corpo*

pezó a lamer también él—por fortuna, en la otra mejilla—, lo cual significaba un certificado provisional de buena salud que él me otorgaba, es decir, que no me creía cadáver.

Había salido de un abismo y caía en otro. Estaba entre Scilla y Caribdis, como decían antaño los escritores eruditos.

En tal sazón llegó la vieja, que era la señora Escolástica, madre de Abresén, desesperada, temiendo no sé qué catástrofe y tratando de tranquilizarme con buenas razones.



acercaba al trotecito, azuzando a un perro, que tenía también un nombre singular:

—¡*Jueves, Jueves!* ¡Chúmale a la vaca rabiosa!

¡Gran consuelo para mí! ¡La vaca que me lamía era rabiosa!

Se oyeron los ladridos de *Jueves*, cada vez más cerca, y la vaca, que sin duda le conocía los colmillos, volvió a guardar su áspera lengua y, dando un mugido de mal humor, huyó hacia el rumbo opuesto, perseguida por *Jueves*, que la iba garroneando.

morto cade, según el verso de Dante, que se me venía a la memoria con una multitud de otros recuerdos fúnebres.

Jueves vió este cambio tan brusco y se acercó a olfatearme, antes de clavarme los colmillos, pues parece que era un perro de sangre azul, de esos que no muerden a los muertos, raza especial que mi tío tenía para guardianes de su estancia.

Pienso que el examen que con sus narices me hizo no le resultó muy conveniente, porque me em-

—¡Levántese, niño Serapio, si está vivo...!

—¡El perro!—gemí yo, con voz de ultratumba, para que *Jueves* siguiera confuso acerca de mi estado de salud.

—¡No le tenga miedo! Es *Jueves*, un perro mansísimo. No muerde más que un día a la semana.

La tranquilizadora vieja llegó anegada hasta la cintura en el florido alfalfar y cogió a *Jueves* por el recio collar, y lo sujetó con mucho esfuerzo cuando él, con las orejas enhiestas, quiso abalanzar-

se al verme resucitar sobre mis pies.

—¡Gracias a Dios que está sanito!—exclamó doña Escolástica—. No le tenga miedo a *Jueves*; es un pan de bueno. No muerde más que los jueves.

—¿Y cómo sabe cuándo es jueves?

—Porque es el único día que lo soltamos.

—¡Señora!—exclamé horrorizado—. ¡Hoy es jueves, precisamente!

—¡Velay! ¡Es cierto! No me daba cuenta. Pero es lo mismo, no le tenga miedo. Yo lo voy a aguantar por el collar. Es el más manso de los siete dogos que tenemos, uno para cada día, salvo el *Domingo*, que anda suelto toda la semana. Pero tampoco es muy malo. ¿Sabe?; es capón. No hay que tenerlo en cuenta... ¡Se hace el malo!

En eso llegó Abresén, que para acudir en mi socorro, a fuer de buen campesino, que no gusta de andar a pie, había ensillado su parejero y venía bien montado.

Me saludó y me tranquilizó con las mismas razones de su madre, que a mí me parecían poco satisfactorias, por lo cual me animé a pedirle que me dejara montar en ancas, para librarme de entrar en relaciones con esa semana de perros que ella me describía.

Abresén se bajó de un salto, y yo me sentí más seguro una vez enhorquetado en el lomo del parejero.

Me entró a explicar doña Escolástica que ellos se imaginaron que yo me quedé a dormir la siesta en el convento, con hambre tal vez, porque, según dicen, esos pobres frailes tienen una regla muy severa, y viven de legumbres y de pan seco y a lo sumo un cuartillo de vino.

—Sí, sí—confirmé yo—; pero le aseguro que no he padecido hambre, porque hoy me agasajaron como a un rey, saliéndose un poquito de la regla.

—Por las dudas, ya nosotros le teníamos preparado un chivito asado, que si lo quiere comer, todavía está calentito...

—¡No; gracias, gracias!

—Y ocurrió que, cuando pasada la siesta, vine a echar una ojeada al alfalfar, en busca de unas gallinas que se me saben escapar a comer yuyos verdes, lo divisé a usted durmiendo bajo el algarrobo. Y me dije para mis adentros: «¡Bien haya! Lo que es tener buena conciencia y estómago liviano, como el niño, capaz de dormir a



donde quiera.» De pronto vi que no estaba solo, sino en compañía de la vaca rabiosa. ¡Jesús, qué susto! ¡Esa sí que es de cuidado!

—¡Conque es rabiosa! ¿Las vacas se ponen rabiosas?

—No sé, niño Serapio; pero así la llamamos. De un tiempo acá se ha vuelto chacarera, y no hay alambrado que la ataje, así sea alambre de púa, y se mete en las mejores chacras, y hasta se nos viene a la cocina. No es lechera, ni sirve para nada, de chúcara que es. Vamos a tener que carnearla.

Aunque de cuando en cuando me pasaba la mano por la mejilla, que me escocía mucho, yo no pensaba más en la vaca, mientras íbamos acercándonos a las casas, pasito a paso, y Abresén conducía del collar a *Jueves* y su madre marchaba a la par del parejero, ansiosa de conversar con el heredero del tío Jesús, el *niño* Serapio, que ya había cumplido veinte años, pero seguía siendo niño para aquellos viejos servidores.

Se me ocurrió indagar el origen del adefesio de nombre que ostentaba su hijo, y se lo pregunté llanamente.

Me miró con sorpresa y respondió:

—Yo he tenido cinco hijos, y he querido que todos fuesen buenos cristianos, comenzando con el nombre que les poníamos al bautizarlos. Yo misma, sin saber mucho de letras, así que nacían averiguaba si era varón o mujer, pedía el almanaque y buscaba el santo del día, y lloviera o tronase, dentro de la semana se lo llevábamos al señor cura, después de haberlo pasado por el Registro Civil, y le decíamos: «Este chico o esta chica van a llamarse de este modo.» Nunca nos preguntaron por qué ni para qué, y así han ido llamándose. A éste, que es el menor y el último, gracias a Dios, le pusimos el nombre que estaba en la hoja del primero de febrero. A mí también me pareció medio raro, pero hay santos poco transitados. ¡Qué le vamos a hacer! He encargado a todos los vientos una estampa de San Abresén, para hacerle un cuadrito y ponérselo en la cabecera de la cama, y no he podido conseguirlo. Ni los padres Barbones, tan penitentes y sabios, me han sabido dar noticias. Acabé por poner en cuadro la hoja del almanaque, y de ahí no he pasado. A ver si usted, *niño* Serapio, me encuentra esa estampa...

Con esa conversación penetramos en el gran patio de la casa, flanqueado de construcciones, unas

para habitación de los dueños, otras para talleres o depósitos, y piezas en hilera, donde dormían los peones, que a esa hora trabajaban en los campos.

Yo, sin bajarme del caballo, miraba todo con ojos de dueño. De pronto vi siete perreras, todas pintadas de distinto color, para que sus propietarios no se equivocasen al meterse en ellas. Cada una tenía un sólido poste a la puerta con una fortísima cadena, una de cuyas puntas estaba bien amarrada al poste y la otra desaparecía adentro de la casucha.

No tardé en saber lo que había en esa otra punta, pues no bien sonó mi voz en el patio, seis dogos majestuosos surgieron de golpe, curiosos por saber de quién procedía aquella voz nueva.

Suerte para mí que estaba arriba del caballo y que cinco de ellos, que se pusieron a ladrarme furiosamente, no podían ni cortar la cadena ni arrancar el poste. El sexto, que salió de la última casilla, era *Domingo*, el más corpulento de todos, pero, según doña Escolástica, el único verdaderamente manso, como que no tenía poste ni cadena y podía morder todos los días, si se le antojaba, pero no se le antojaba sino rara vez.

—A éste no hay que temerle, aunque ande suelto, porque ya le he dicho lo que le ha pasado. Se hace el malo, nada más...—me explicó la digna señora.

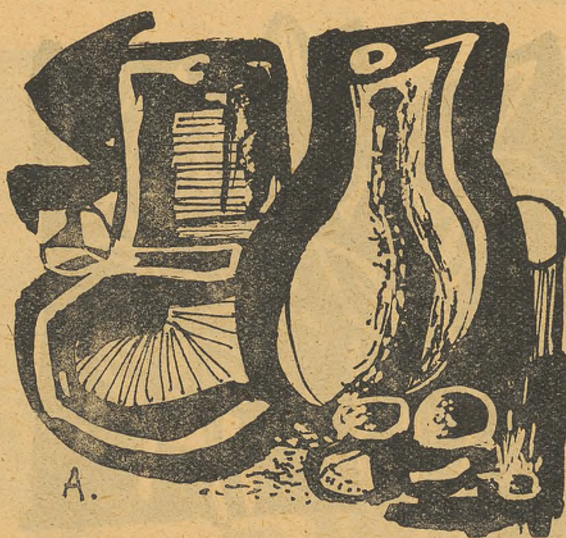
—Y a pesar de ese accidente —pregunté yo—, ¿no puede morder?

—Como poder, sí puede—me respondió con una tranquilidad espeluznante—. Lo que quiero decir es que no tiene día fijo, ni apuro. Se olvida de que anda suelto y se queda todo el día durmiendo en la cucha. Pero aquí me estoy charlando y no lo invito a bajar. Abájese, niño...

—¿Y qué me dice de *Jueves*, que está en su día? Dígame, señora Escolástica, ¿no hay un patio más seguro para echar pie a tierra?

—¡Pensar que nos cuentan que los niños puebleros son muy valientes!—exclamó la vieja con algún retintín—. Abresén, sácamelo de aquí a *Jueves*, mételo en su cucha y llévatelo a *Domingo*.

Por un pasillo enlosado con grandes piedras lajas, y cerrado con rejas a cada extremo, condujéronme a un patiecito interior donde se abrían las puertas de las habitaciones principales.



Allí estaba la que en adelante se reservaría para mí.

Descabalgué contento y seguro de que, aunque me buscaran los siete días de la semana—*Domingo*, *Lunes*, *Martes*, etc.—, y junto con ellos la vaca rabiosa, nada tendría que temer en aquel refugio.

—Voy a lavarme y a descansar un rato—dije a la señora Escolástica, que me mostraba la pieza preparada para mí. Me contempló con cierta ansiedad y añadió:

—Estoy viendo que lo ha flechado fuerte el sol en el lado izquierdo de la cara. La tiene color borra de vino. ¿Quiere que le ponga unos pañitos de agua y vinagre, que es cosa refrescante?

—¡No, no! Quiero que me deje... Con agua sola se me pasará la flechadura.

Un rato después, cuando yo había terminado mis abluciones, apareció don Fulgencio, el capataz, que había salido a recorrer los alambrados, porque en alguna parte debía de haber un alambre roto, por donde se metían a las chacras sembradas las vacas chacareras.

Me traía los librotes de la estancia para rendirme cuenta, porque mi tío le había dado instrucciones de hacer conmigo lo que hacía con él cada vez que visitaba la estancia.

Como era ése el motivo de mi viaje, me puse a la tarea de examinar libros y cartapacios y hasta de recibir dinero en rollos de papel roñosos, que don Fulgencio tenía dispuestos para el caso.

Aunque era un paisano semianalfabeto, echaba las cuentas en el aire, como una máquina calculadora, y gozaba infinito cuando el resultado de su cálculo hecho en un periquete coincidía con las prolijas operaciones que yo hacía, lápiz en mano, sumando, restando y multiplicando.

Al acabar el día, habíamos terminado las cuentas.

En eso llegó doña Escolástica para anunciarme que me había preparado para la cena de esa noche un caldito con arroz, un guisito de mondongo, un pollito asado, una manzanita al horno...

La detuve imperiosamente.

—¡No, no!; ¡muchas gracias! Esta flechadura de sol que usted me ha visto en la mejilla me ha quitado totalmente el apetito. Prepáreme una taza de café negro. Voy a acostarme temprano para que mañana, al alba, peguemos la vuelta en la «viajera» de Abresén.

—¿Tan pronto nos va a dejar?

—Sí, sí, porque mis estudios me reclaman. Dentro de unos días comenzarán las vacaciones y vendré por más tiempo, tal vez con mi tío.

—¡Dios lo oiga!

Me dejaron. Apagué la lámpara, y esa noche completé la siesta de esa tarde, pero libre de cuidados, detrás de las puertas y ventanas, bien trancadas, por las dudas.

Estaba seguro de que a esas horas *Viernes*, a quien le tocaba el turno, andaría husmeando todos los rincones de la casa, ávido de hallar al extraño visitante que había venteado.

No tuve ningún antojo de cerciorarme de ello, entreabriendo siquiera un postigo, ni ganas de contemplar las constelaciones en la noche purísima.

Dormí como una lápida, y sólo desperté cuando las alegres campanitas de la iglesia de Nuestra Señora de Aránzazu, echadas al vuelo, llamaban a misa.

Reflexioné un momento. Aunque no era fiesta de guardar, me hubiera gustado ir a misa. Por la alegría con que repicaban, comprendí que los benditos frailes querían solemnizar no sé en qué forma mi estada allí; y pensé muy cuerdamente que, si me ponía a sus alcances, después de la misa no faltaría algún mísero agasajo a base de rosquillas con chocolate y cien golosinas más, preparadas por las buenas monjitas para los huéspedes de calidad. Y no era cosa de resentirlas negándome a comer de todo aquello.

Junto con este pensamiento me llegó un mensaje para invitarme al mísero desayuno de la comunidad.

Respondí zalameramente que ese día no podía ser, por un compromiso anterior en el vecindario, y empecé a preparar mis valijas, después de beberme un vaso de leche recién ordeñada.

Quería, en menos que canta un gallo, poner media legua de distancia entre el *jeep* y aquellos benditos lugares.

Pronto acudió Abresén en el volante y don Fulgencio y doña Escolástica a decirme adiós.

Viernes quería hacer lo mismo



también, pero ese día, por excepción, le pusieron la cadena antes de que se le venciera el plazo. En cuanto a *Domingo*, que andaba suelto los siete días de la semana, no podía causar ningún temor a nadie.

—Se hace el malo—me volvió a explicar doña Escolástica.

—Más vale así—repuse yo—, pero como los colmillos veo que no se los han cortado, prefiero no acercármele.

—¡Velay los niños puebleros!

Subí al *jeep*, y ella prosiguió:

—Aquí le traigo el cuadrito de mi santo, para que vea que sí está en el almanaque y trate de buscarme una estampa en esa ciudad tan grande, donde debe haber de todo.

—Sí, sí—contesté yo, examinando el cuadrito que ella me entregó.

Era la hoja del almanaque correspondiente al primero de febrero, día lunes, el año en que nació Abresén. Debajo del número, negro y grande, figuraban unos cuantos santos de verdad, pero en letra mayor aquel con cuyo nombre doña Escolástica bautizó a su último hijo.

—¡Pobre muchacho!—exclamé yo a media voz—. En la ciudad hay de todo, pero me parece que estampa de este santo no vamos a hallar.

Debajo del número que señalaba el primero de febrero, había, en letra notable, esta leyenda: «*Abrense* los tribunales de la provincia.»

Lo cual significaba que había terminado la feria judicial, y que los señores jueces volvían a sus despachos a dictar sus sentencias habituales.

Suerte para el pobre muchacho que en la pila bautismal no le pusieron más que una de las seis palabras.

—¿No le decía yo?—exclamó doña Escolástica, recogiendo su cuadrito y besando devotamente aquella hoja que conservaba hacía más de veinte años y delante de la cual encendía una vela cada primero de febrero.

Por no desilusionarla, prometíle buscar la famosa estampa, y di dos vigorosos apretones de mano y la orden de partir.

Pero no bien nos empezamos a

mover, hice parar el motor para una última recomendación:

—¿Me dijo usted que iban a carnear la vaca rabiosa?

—Sí, señor—dijo don Fulgencio—. No da leche y es perjudicial.

—Es machorra—explicó doña Escolástica—. Nunca ha tenido ternero, y por eso es tan chúcara.

—Bueno, yo les voy a escribir con tiempo, para que me la carneen la víspera de mi llegada. Y no la cuereen; vamos a comérnosla con cuero. Daremos parte de ella a las monjitas y a los Barbones.

—Estará muy rica, porque es todavía joven.

—¡Y mala!—afirmó de nuevo doña Escolástica.

—¡Si lo sabré yo!—exclamé, resuelto a explicar el motivo de mi resentimiento—. ¡Miren! Esta mancha roja que llevo en la cara...

—¡Flechadura del sol!—dijo doña Escolástica.

—¡Qué flechadura ni qué niño muerto! Es lamedura de la vaca. Lamió durante una hora. No me moví para que no me ensartara con sus cuernos.

—¡Jesús, María y José! ¡Buen castigo se va a llevar!

—¡Muy merecido se lo tiene!

—Y la lengua háganmela adobada en vinagre.

—Estará riquísima—afirmó doña Escolástica—. Yo sé hacerla muy bien.

De nuevo di orden de partir, y otra vez hice parar el *jeep* para una última recomendación.

—¡Ya me iba olvidando! Por favor, cuando les anuncie que voy a venir, solo o con mi tío, no se lo hagan saber a los padres Barbones.

—¡Ya me imagino por qué!—exclamó doña Escolástica, que tenía una portentosa imaginación.

Me sonreí, y ella agregó:

—No ha de querer que vuelvan a invitarlo a almorzar.

—¡Eso es! No quiero darles esa molestia...

—¡Pobre niño Serapio! Casi lo habrán muerto de hambre..., ¿no es así?

Volví a sonreírme, y partimos. Cuando íbamos ya a unos treinta pasos de distancia, todavía ella me gritó:

—No se me olvide de la estampa de mi santito—y blandía el cuadrito con la mano derecha.

—¡Se lo prometo, se lo prometo!

No hay para qué decir que nunca pude cumplir mi promesa.

HUGO WAST

